

PASOS EN FALSO

[MARÍA SANZ CASARES]

PREFACIO

¿Quién no ha dado un paso en falso en su vida? ¿Quién no ha sentido que el camino que venimos recorriendo desde que somos conscientes de nuestro devenir está flanqueado por una sucesión de desvíos que hemos tomado y nos han llevado a un punto muerto, a un callejón sin salida? En la mayoría de los casos, estos rumbos no los hacemos en solitario, ni los elegimos conscientemente, sino que somos arrastrados por la corriente de los que nos rodean. A menudo, deslumbrados por personas de paso con quienes nos cruzamos en nuestro peregrinaje vital hacemos un alto en ese camino, sea conveniente o no; otras veces pasamos de largo y solo después nos arrepentimos de no haber estado allí, de no haber aprovechado la oportunidad.

Este estado de concienciación de haber tomado una decisión equivocada constituye el núcleo de *Pasos en falso*, en donde se describe, por así decirlo, cómo un grupo de caminantes existenciales, relacionados entre sí por un estrecho entramado social, van tomando conciencia del momento crítico que están atravesando. Para dar voz a todos y cada uno de ellos, *Pasos en falso* se presenta como una colección de relatos independientes y solo a medida que se van sucediendo vemos cómo se van entrelazando mediante una serie de

hilos conductores que hacen que el conjunto resulte una narración de historias cruzadas. Podríamos decir que es una cadena de *spin-offs*, o sea, una serie de relatos derivados que van naciendo como extensión de otro anterior; de este modo, cada nuevo protagonista proviene de otro relato en el que aparecía como personaje secundario, por lo que, en definitiva, cada relato mantiene su propia autonomía, si bien complementa aquel del que procede o es complementado por el que le sigue.

El punto de partida de todos ellos es uno de esos momentos en que los personajes protagonistas alcanzan el cénit de su estado de percepción de sí mismos y vislumbran de un modo intuitivo la auténtica naturaleza de su insatisfacción vital. Les ha bastado con adentrarse en su mundo interior para comprender la verdad que subyace detrás de su estancamiento existencial y del fracaso en sus relaciones sentimentales. Podríamos decir que han conseguido ver la luz, reconocer sus debilidades y sus fortalezas, sus límites y sus potencialidades, lo cual les da la clave para empezar a resolver sus conflictos emocionales. Otra cosa es qué hace cada uno con este conocimiento adquirido.

Todos los diversos protagonistas necesitan hallar ese algo que les permita conectar con su yo interior para descubrir en qué momento empezaron a dar palos de ciego, a dar pasos que no les ha llevado a ningún lado. Sin embargo, aun invadidos por la consciencia de que un día tomaron un camino equivocado, se han acomodado a su nueva situación o se ven atrapados en una parálisis existencial.

Así, *Pasos en falso* resulta una serie de pequeños viajes emocionales que dejan huellas, como si fueran fotos antiguas almacenadas en el disco duro de sus mentes, y a cuyo recuerdo acuden y recurren cuando los invade la nostalgia.

En todo caso, todos los personajes ansían una salida, para lo cual deben mirar hacia adelante, hacia un futuro que está en sus manos, pero el abismo al que se asoman les intimida. ¿Cómo deberá actuar cada uno? Esta es la clave de esta novela.

1

EL RETO

A J.C.

In memoriam

No había pasado un solo año durante los últimos veinticinco en que Enrique, o Quique para todos menos para ella, no pensara en Talía en sus respectivos días de cumpleaños. Veinticinco años, además, viéndola en su mente cada vez que pasaba por delante de la puerta, ya desvencijada, de aquel garaje que había sido la antigua «Peña los Canitos», y ahora, tras diversos usos, tan solo un local semiabandonado. Veinticinco años soñando con ella cada vez que escuchaba «Angie» de The Rolling Stones. Veinticinco años silenciando que aún la quería hasta que Talía le arrebató el secreto tomando café.

Habían quedado, como tantas veces, con una disculpa. No había necesidad de buscarse excusas, pero a ambos les gustaba aparentar que tenían que verse por alguna razón y había muchos motivos por los que verse: para enseñar a Enrique su nuevo coche, para que Talía le hablase de su último proyecto, para que él le prestara un CD, o, simplemente, porque «Talía, dónde te metes, que hace mucho que no sé de ti» o bien: «Enrique, necesito hablar con un amigo que no me critique ni me regañe». En esa ocasión el motivo de su cita fue puramente nostálgico: hablar de los viejos tiempos contrastando las fotografías que cada uno conservaba de aquellas fiestas de 1979 cuando todo comenzó. Las de

ella, casi todas fotos de grupo, también las tenía Enrique, pero, para sorpresa de Talía, él tenía muchas más y, sobre todo, muchas en las que únicamente salía ella, lo cual le resultó un hecho muy revelador.

—¿Cuántos años más tengo que seguir esperando hasta que me digas de una vez por todas que estabas coladito por mí? —le espetó con las fotografías de Enrique en la mano.

—Otros veinticinco.

—Para entonces podemos estar muertos. Sigues siendo un «gallina», perdona que te diga.

—Estaba coladito por ti —respondió él sin apenas sentimiento.

—Lo doy por válido —respondió Talía—. Solo quería oírlo de tus labios, aunque te lo tomes a broma. Al menos, ya puedo pasar página. Todos dan por hecho que estuvimos liados.

—Lo sé.

—Me he pasado la vida desmintiéndolo.

—Yo, no. No merecía la pena. Primero, por aburrimiento. Menudo coñazo convencer a todos que entre nosotros no sucedió nada. Pero también por orgullo; imagínate los comentarios.

—¿Y yo qué?

—¿Tú qué, exactamente?

—¿Cómo quedo yo?

—Como lo que fuiste: la que me rompió el corazón.

—¿Te lo rompí de veras? Tú a mí también. Qué raro que nunca hayamos sido capaces de hablarlo abiertamente. Creo que también nosotros hemos dado por sentado cosas que no eran verdad y hemos actuado en consecuencia.

—Si nos hubiéramos liado de verdad, seguramente ahora no estaríamos aquí. Nunca se sabe. Y tú, ¿cómo explicabas que no fuiste capaz de arrancarme un solo beso?

—No sé. Supongo que diría que no lo intenté.

—Nadie te creería o te preguntarían que por qué, y así sucesivamente. Cuando estábamos juntos, no nos separábamos. Si hasta tu primo David nos sacaba cantares. ¿No te acuerdas? Decías que era un pesado, que te daba mucho la lata conmigo, que si Quique para arriba, que si Quique para abajo, y yo te decía que pasases, que ya se cansaría.

—Es cierto, sobre todo al principio. Sin embargo, en mi caso no era una cuestión de orgullo ni nada que se le parezca cuando yo les decía la verdad. E, ironías de la vida, al final todos te han creído a ti.

—Ya ves que la verdad a veces no sirve de mucho. Pero yo no he mentido. Me he limitado a callarme. Los demás han creído lo que han querido. Allá ellos. Aunque, para serte sincero, tampoco me movía el orgullo; quizá fuera así al principio, pero al final, si no lo negaba, para mí era como si hubiera sucedido —reflexionó Enrique.

—Es que sí tenía que haber sucedido. Aunque estamos a tiempo. Es cuestión de voluntad.

—Por favor, Talía, no me lo pongas difícil... en estos momentos.

—¿Difícil? Creo que te lo estoy poniendo muy, pero que muy, fácil.

—¡Talía!

—Punto final, Enrique.

A Talía le encantaba el tono de impotencia con que él cerraba esa pulsión emocional exclamando su nombre. Era su modo de tirar la toalla en el particular tira y afloja que se había cristalizado con el paso del tiempo. Él tendía a provocarla sutilmente y ella respondía siempre sin tapujos. Enrique, entonces, daba marcha atrás. Era como un patrón aprendido, mecánico. Así, por ejemplo, un día Talía dijo que con ellos se habían trastocado los roles y él respondió que entre ellos nada era «como debería ser». «Pues está en nuestras manos hacer lo que debería ser. No es tarde», añadió ella, y entonces él concluyó exclamando «¡Talía!». Con los años esas actitudes se habían convertido en un juego privado al que no querían renunciar, o eso pensaban ambos, pues resultó que no era una cuestión de simple voluntad, dado que un día ella descubrió que su inocente juego privado no lo era tal, sino que tenía un nombre que lo designaba y unas siglas: Tensión Sexual No Resuelta, o TSNR. Eso cambiaba las cosas. De golpe todo se explicaba. Ya no debían extrañarse de lo que les sucedía, ni pensar que lo suyo era algo único, o que ellos fueran especiales o responsables, ni mucho menos culpables. Simplemente tenían la suerte de vivir las bodas de plata de una maravillosa tensión sexual manifiestamente no resuelta. Sí, veinticinco años después era un privilegio seguir sintiendo la emoción

del deseo cada vez que se veían.

No obstante, a pesar de ser emocionante, convivir con esa tensión tenía sus contratiempos, y no solo por la propia represión en sí a la que se sometían; haber llegado a esta conclusión de que lo que les sucedía era inevitable e incontrolable, pero no factible, tenía como contrapartida que los condenaba al inmovilismo. Estaban seguros de que, si algún día llegasen a dar el paso, se estropearía su relación. Es más, él estaba convencido de que antes o después la decepcionaría y todo acabaría, así que era mejor dejar las cosas como estaban, dado que su amistad era preciosa, de lo mejor que tenían.

En ese momento en que estaban reunidos intercambiándose fotos y recuerdos, sus vidas privadas no atravesaban precisamente por el mejor momento. Las relaciones con sus respectivas parejas eran frías, como todas (decían), pues qué pareja no tiene altibajos ni pierde la pasión después de tantos años de matrimonio, concretamente, dieciocho ella y dieciséis, él. Daba la casualidad de que sus parejas eran colegas, ambos médicos que trabajaban en el hospital, si bien en diferentes especialidades, por lo que solían coincidir en los ascensores, los pasillos y la cafetería. Santiago, el marido de Talía, era cardiólogo y últimamente se mostraba más distante de lo habitual y se concentraba tanto en su trabajo que parecía que era lo único que le importase, a pesar de haber sufrido un infarto recientemente y de necesitar llevar, lógicamente, un ritmo de vida más pausado. En todo caso, apenas se veían y, cuando lo hacían, siempre estaba agotado, por lo que Talía debía ocuparse ella sola de sus hijos adolescentes. Esto habría sido más llevadero si no fuera porque hacía tiempo que sospechaba que su marido se veía con la logopeda que había tratado el trastorno del habla de su hijo mayor, Diego. Afortunadamente, esa mujer se trasladó a otra ciudad, lo que dificultaba enormemente que la relación se mantuviera en pie, pero, en todo caso, el alejamiento de ella no sirvió para mejorar en nada su relación matrimonial.

En cuanto a Soledad, la esposa de Enrique, era otorrinolaringóloga. Talía la conoció porque fue quien diagnosticó la dislalia de Diego y quien derivó al niño a la logopeda. A pesar de que tenía un buen trabajo, un buen horario y una vida cómoda, Soledad, según él, no había logrado

superar el no poder tener hijos, y esto le hacía sentirse vacía, y para llenar ese hueco se pasaba las tardes y las noches leyendo novelitas rosas, así que la convivencia resultaba muy silenciosa. De hecho, era curioso que él se quejase de que su esposa estaba muy poco comunicativa.

—Quizá te olvidas de que tú tampoco eres un gran comunicador —le dijo un día Talía—. La comunicación es una vía de doble sentido. Yo te recuerdo siempre encerrado en tu cascarón. Había que arrancarte los sentimientos y yo no fui capaz. Seguro que Soledad lo intenta, o lo ha intentado, y ha desistido.

Incluso así, decían, sus vidas privadas eran bastante normales, a juzgar por los estándares de normalidad de las relaciones de pareja que observaban en sus amigos y familiares. Simplemente tenían sus más y sus menos, es decir, que eran más o menos monótonas, más o menos carentes de pasión, más o menos un estar por estar porque es lo cómodo. Sin embargo, esto que les sucedía a ellos dos era diferente. Era algo grande que surgía y... surgía. Como cuando se hincha demasiado un globo y ¡crash! Inevitable. Otra cosa era cómo frenarlo. O sea, que una vez aflorado uno de esos «episodios» de TSNR, a pesar de que daban un paso adelante y otro atrás para acabar en el punto de partida, ya nada era lo mismo, dado que quedaban afectados por esa fuerza inexplicable que los impelía el uno al otro, que los atraía como imanes, y cuyos efectos visibles ambos luchaban por contrarrestar cambiando de tema, para lo cual empleaban frases lapidarias del tipo «¿Te pido otra consumición?» o «Perdona, me voy un momento al baño a retocarme los labios», las cuales les servían por el momento para intentar apagar el fuego o, al menos, para no avivarlo más. Era preferible una retirada a tiempo que una batalla perdida, se sobreentendía. O quizá sería más preciso decir que se trataba de una huida hacia delante, una especie de acuerdo tácito para salir del paso de esa situación comprometida que nunca la llegaban a resolver adecuadamente. Dadas las circunstancias, no les quedaba más remedio, y así su relación discurría chisporroteando en cada encuentro. Bellísimo.

Por todo ello, en el momento que nos ocupa, detectado por ambos el

fogonazo de un nuevo episodio de TSNR, su huida hacia adelante consistió en retomar el tema de la foto en cuestión que había hecho saltar la chispa.

—En esta foto... —dijo ella— ¿dónde estamos? No lo recuerdo.

—En las fiestas de Cuéllar. No te acuerdas porque estabas *colocadísima*. Te acababa de dejar Canito y lo estabas celebrando por todo lo alto.

—Yo nunca he estado con él, así que es imposible que me dejara.

—Bueno, digamos que se sabía ya que estaba con Maite. Y tú decías que así, al menos, te lo quitabas de encima.

—Eso es otra cosa, pero, la verdad, no lo recuerdo. ¡Qué memoria la tuya!

—O qué falta de memoria la tuya. Yo anduve toda la noche como un falderillo detrás de ti cuidándote.

—¡Tendrás cara de decir eso! Seguro que fue al revés. El que a veces se pasaba con la bebida y los *petas* eras tú. Y yo la que te cuidaba.

—Ese día te habías tomado unas dexidrinas y tenías un subidón de la leche. No parabas de reírte. Por cualquier cosa. Te tenía que sujetar para que no te cayeses. Y ni siquiera así te mantenías. Te recuerdo tirada por el suelo muerta de risa. Estabas de anfetás hasta arriba.

—Si fue el año de las *dexi*, empiezo a situarme. Desde entonces, no las he vuelto a tomar. Menudo bajón tuve al día siguiente. Mortal. ¿Y tú?

—Yo no tomé. A ti te las había dado no sé qué amigo de un amigo, las habías repartido entre tus amigas y ya no tenías cuando te encontré.

—¿Me encontraste? ¿No venías conmigo?

—No. Estabas con tus amigas de Valladolid, no con nosotros. Nos encontramos allí.

—¡Qué casualidad!

—Yo no diría tanto.

—Bueno, Cuéllar no es tan grande como para no encontrarse.

—Sobre todo si alguien te buscaba.

—El caso es que, al final, sí que estuvimos la peña juntos. Recuerdo que mis amigas después me dijeron que estabas por mí, que no te separabas de mí.

—¿Lo ves? Hasta ellas lo notaron. Fui tu perrito faldero. ¡Y para el caso que me hiciste!

—Entiendo, entonces, que no te agradecí que me cuidaras. Lo siento, pero es que por entonces yo pensaba que pasabas de mí.

—Nunca he pasado de ti. Nunca. No sé por qué dices eso, ni sé qué más explicaciones necesitas.

—Me temo, Enrique, que muchísimas. —Miró el reloj—. Yo hoy tengo tiempo para escuchar unas cuantas. ¿De cuánto dispones tú para darlas?

* * * *

Todo comenzó en 1979 cuando Enrique tenía quince años y era un recién llegado a la pandilla. Su familia se acababa de mudar al pueblo y él aún se sentía el forastero. El 9 de septiembre, mientras preparaban la peña para las inminentes fiestas de la exaltación de la Santa Cruz, la comidilla del grupo fue que esa noche llegaba Talía. Todas las miradas se dirigieron al supuesto líder, Mario Cano, apodado Canito, quien se daba aire de satisfacción. Era la primera vez que Enrique escuchaba ese nombre tan extraño, lo que unido a la expectación que generaba su dueña excitó su curiosidad.

—¿Quién es Talía?

—Una prima mía —dijo David.

—Está como un tren. No te atrevas a acercarte a ella —añadió Mario, y ahí se cerró el tema. Su tono y su actitud le habían enviado el mensaje de «Talía es mía, chaval». Enrique no tenía la más mínima intención de acercarse a nadie, y menos a nadie tan cercano a ese pánfilo, así que no pudo prever la sacudida que la joven le iba a producir desde el primer momento que la vio, justo al día siguiente.

Se encontraba solo en la peña a cargo de la limonada que estaban preparando cuando entró una chica sonriente. Supo al instante que era ella.

—¡Hola! ¿No hay nadie aquí? —«¿Es que yo soy *nadie*?» debió de manifestar él con su gesto de estupefacción, puesto que ella añadió—.

Además de ti, claro.

—Como ves, estoy solo.

—¿Eres un canito?

—¿Un qué?

La expresión de perplejidad de la joven le devolvió al aquí y ahora cuando le señaló el rótulo a su espalda con la inscripción «Peña Los Canitos». Lo ponía, además, en la puerta. Había sido un *lapsus* inexplicable, salvo por el hecho de que la forma de mirar de Talía le perturbaba. Aunque no era necesario, Enrique aprovechó para girarse hacia donde ella señalaba y disimular su turbación. Habían adoptado ese ridículo apelativo simplemente porque el local pertenecía a la familia de Mario Cano y en el pueblo se referían a ese lugar como «el garaje de los Canitos», por lo tanto nadie se planteó llamar a la peña de otro modo. Lo malo era el protagonismo que adquiriría el imbécil de Mario. Hasta entonces, aparte de Canito, ese muchacho no tenía más sobrenombres ni adjetivos que lo distinguieran, pero a raíz de su intervención con respecto a Talía la tarde anterior, cualquier calificativo destructivo le valía a Enrique para humillar al dueño del local y de la chica.

—Sí, soy de la peña —rectificó, sin usar el apodo, antes de que ella dijera nada más.

—Es un nombre estúpido, ¿verdad? —dijo ella.

—Bastante.

—Canito solo es Mario y su familia. No sé por qué a los demás les gusta llamarse Canitos en las fiestas. Por cierto, no te lo he dicho: soy Talía.

—Lo sé. O sea, me lo imaginé.

—Eso significa que habéis hablado de mí. Cosas buenas, espero.

—Poca cosa. Que eres prima de David y que venías hoy.

—¿Sólo eso? —No obtuvo respuesta—. ¡Qué desilusión!

—¿Qué esperabas?

—No sé. Digamos que causar un poco más de expectación. ¿He llegado a tiempo de hacer la limonada? Me encanta hacerla.

—Ya está prácticamente terminada.

—Mala suerte. Tenía que haber venido ayer. —Dijo ella. O «hace un

mes», pensó Enrique. No llevaba ni un minuto delante de ella y ya le fascinaba—. ¿Sabes dónde está David?

¡Bien! no preguntó por el pelma de Mario.

—Vendrá enseguida. Ha ido a la tienda con *Canito* y la pandilla. — También se alegró de que Talía no se inmutase al escuchar el ridículo apodo que él había soltado como cebo—. Están comprando algo de picar para esta noche. Vamos a cenar todos juntos.

—Lo sé —Talía le miraba de frente y le sonreía con los ojos. Él trataba de esquivar su mirada.

—¡Claro! Te lo habrá dicho...

—Lo hacemos todos los años —atajó la muchacha, aunque no sabía qué necesidad tenía. Posiblemente lo vio torpe. O tímido. Se quedó pensativa unos instantes antes de continuar—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Quique.

—¿Quique viene de Enrique? —Él asintió—. ¿Te importa si te llamo Enrique? Me gusta más y te sienta mejor. Es que, además, conozco un perrito al que llaman Quique. —Él se quedó sorprendido, sin saber qué contestar. Hizo un gesto de indiferencia con los hombros indicando que le daba igual cómo le llamase, pero lo suavizó con una sonrisa involuntaria, por lo que ella prosiguió—: Entonces, empezamos de nuevo. Hola Enrique —Talía se acercó a darle dos besos, como si nada de lo anterior hubiera sucedido y percibió claramente su rubor—. Chico, ¡estás ardiendo!

Lo dejó fuera de combate. Enrique para Talía, Quique para todos los demás, dio por hecho en ese preciso momento que la iba a odiar el resto de su vida. Nunca, nunca, le perdonaría a esa chica de nombre raro que le provocase semejante sofocón. Bajó la vista y le dio la espalda.

—Así que eres de la pandilla. ¡Qué bien! Cuantos más seamos, más divertido. —Él no se inmutó—. ¿Vives aquí o eres familia de alguien?

—Vivo.

—¡Qué suerte! Y qué raro que no te conociera.

—Sólo llevo un mes.

—Entiendo. Yo suelo venir tan solo unos días por las fiestas y siempre

me parece poco.

Silencio. Enrique se giró para volver a estar de frente a ella, pero seguía molesto y respondió escuetamente, con frialdad, cuando no con gestos, al curioso interrogatorio al que fue sometido antes de que llegaran los demás. Cuando Talía se cansó de intentar mantener una conversación normal, renunció:

–Tomo nota. No quieres hablar conmigo. Te caigo mal. Voy a buscar a los demás –concluyó, girándose hacia la puerta.

–Espera. –Le salió tan de dentro, tan suplicante, que ella se detuvo–. No me caes mal.

–Quién lo diría, pero me alegro.

A Enrique se le escapó una sonrisa e hizo un esfuerzo por recuperar la conversación.

–Nunca había oído tu nombre. ¿De dónde procede?

–Es griego. Me gustaría decir que fue un capricho de la naturaleza, pero me temo que fue tan solo un capricho de mi madre, una loca apasionada de la cultura grecolatina. Mi hermana lo tiene mejor; se llama Diana, que es el nombre de la diosa romana de la caza, pero no tiene que dar explicaciones. Yo sí. En la mitología griega, Talía era una de las hijas de Zeus y fue la musa de la comedia y de la poesía bucólica, aunque también era la mayor de las tres Gracias, o sea, diosas del encanto, la belleza, la naturaleza, la creatividad humana y la fertilidad. Total, que Talía encarna la festividad.

–¡No está mal! Podría ser peor.

–Dirás que vaya discursito te he soltado. Es que me lo sé de memoria por la cantidad de veces que lo he tenido que contar. Mi madre aspiraba a llegar lejos poniendo nombres a sus hijas. ¿No crees?

¿Era una pregunta retórica? Porque lo cierto es que Enrique no sabía si tenía que contestar o no, y tuvo una nueva sensación de planchazo. Afortunadamente, esta vez no tuvo que hacer nada por arreglarlo porque ella se le adelantó.

–Nadie ha oído mi nombre, pero sólo unos pocos preguntáis por él. Eso me gusta.

–Supongo que Canito también te preguntaría por él.

–¿Mario? Te equivocas. De hecho, si él ha hablado de mí, te habrás

dado cuenta de que ni siquiera lo pronuncia bien.

—No recuerdo que pronunciase tu nombre.

—Pues me cambia el acento. Lo pone en la primera ‘a’, como si fuera tan difícil decirlo bien. Para algunas cosas es muy cortito. Más tarde pasó a llamarme Tali. A ti ni se te ocurra llamarme así.

—No pensaba.

No obstante, ¿qué tenía de malo Tali? A él le gustaba, y también prefería que ella lo llamase Quique, como todo el mundo. Pero después de lo del perro..., mejor dejarlo. Y, si además Canito era el único que la llamaba así, mejor dejarlo también.

—Antes le corregía, pero ya me da igual. Me he acostumbrado. Su última ocurrencia es escribirlo en inglés, o sea, con ‘th’, porque dice que me da todavía más caché.

—Eso es porque no le has explicado el caché que tiene tu nombre griego. ¿Cómo era eso? Musa de la comedia y la poesía y diosa de la belleza. ¿Y qué más?

—No te rías.

—No lo hago. Me gusta el nombre.

—Sé que Mario lo hace por hacerse el interesante, pero, en lo que a mí respecta, ese memo puede decir o hacer lo que quiera.

Por el modo tan despectivo con que ella se refería a ese chico, Enrique dedujo que algo no encajaba, que las cosas no eran como le habían hecho creer, aunque no tuvo tiempo de analizar más la situación porque *ese memo* y los demás entraron en ese preciso momento. Al verlos, ella saltó de alegría y los fue saludando uno a uno lanzándose a su cuello con el mismo entusiasmo con el que se lanzaría de pequeña hacia la colección de nuevos juguetes el día de Reyes. A Mario lo saludó cuando le llegó su turno sin establecer diferencia alguna. Todos estaban contentos; ella jubilosa.

Protegido por el bullicio creado por la llegada de la dichosa Talía a la peña, Enrique no despegó la vista de ella. Y viéndola tan alegre, tan desenvuelta y tan guapa, rectificó su primera suposición y comprendió dos cosas: una, que nunca la odiaría, a pesar del sofocón del principio, y dos, que nunca sería suya. Observaba con despecho cómo Mario le

rodeaba la cintura y cómo ella le retiraba el brazo disimuladamente, pero debía de ser un brazo mecánico, un resorte que volvía al punto de partida. A quien iba a odiar sin remedio era a Mario. ¿Cómo soportaba Talía a semejante pulpo?

No obstante, lo insalvable no fue Mario, sino el hecho de que Talía tenía 17 años, una ventaja de un año y medio que le hacía sentirse más inexperto de lo que era. Eso no impidió que Enrique se convirtiera en su sombra, pegado como estaba siempre a ella, hasta el 18 de septiembre, cuando, terminadas las fiestas, se despidió de todos con abrazos y mucho teatro, como si, en vez de a Valladolid, se fuese a Japón para nunca más volver. Mario no estaba, afortunadamente, lo que le dio a Quique la oportunidad de acompañarla hasta la casa de su abuelo, donde se alojaba.

—Bueno, Enrique —dijo ella ante la puerta—. Esto se acaba. Siempre que se terminan las fiestas me siento fatal.

—¿No puedes quedarte unos días más?

—Ya ha empezado el instituto. ¿Tú no tienes clase?

—Sí.

—Entonces, como te decía, esto se acaba —y le dio otros dos besos—. Como tarde te veo el año que viene, espero.

No tuvo que esperar tanto, porque Talía apareció inesperadamente el fin de semana siguiente. Y se vieron de nuevo al mes siguiente con motivo del cumpleaños de Enrique, que lo celebró en la peña. De ese día conservaban una foto especial riéndose y mirándose muy cariñosos y el recuerdo de «Angie». Mario había estado haciéndose el interesante al lado de Talía, llamando su atención como un payaso e intentando quitar el protagonismo a Enrique. Todo cambió cuando sonó esa canción y ella lo agarró del brazo y le dijo:

—Baila conmigo, Enrique. Me encanta esta canción. —Y en voz baja añadió—: Será mi regalo de cumpleaños hasta que te haga otro.

—Cuidado dónde pones las manos, chaval. Te voy a estar observando —dijo Canito en voz alta para que todos se rieran.

—Ni caso —le susurró Talía—. Es un imbécil.

—Pero estás con él, ¿no?

—¿Eso quién lo dice? ¿Él?

—No lo ha dicho nadie. Pero es lo que parece.

—Te lo parecerá a ti.

Se sintió estúpido. Era lo malo de estar con Talía, que, sin pretenderlo, continuamente le hacía sentirse un metepatas. Pero esa sensación desapareció en el mismo momento en que ella le anudó los brazos alrededor del cuello y acomodó la cabeza sobre su hombro. La canción avanzaba y Enrique quería estrujarla, besarla. Pero se guardó las ganas. Allí estaba Canito, espiando.

—¿Te gusta mi regalo? —le susurró Talía, con voz tan cálida como su aliento.

—Sabes que sí —balbuceó. Se moría por besarla.

Pero la canción terminó y todo volvió a la normalidad de sus vidas. Ese baile fue un hecho aislado, un oasis al que se llega para abastecerse de agua y sombra y después dejarlo atrás.

A partir de entonces, Enrique se hizo muy amigo de David y ambos iban a ver a la prima Talía de vez en cuando, salían a dar un paseo por Valladolid y todo marchó sobre ruedas hasta el fatídico 9 de junio, el cumpleaños de Talía. Por primera vez, ella lo celebraba en la peña y estaba muy ilusionada. Todo iba bien y nada hacía prever un giro de 180 grados: ellos dos se habían sentado juntos, Canito les dejaba bastante en paz y todos bailaban, fumaban, bebían, comían y reían con los chistes de turno. Pero en medio de la fiesta y entre las risas de los demás, Enrique se atragantó. Cuando comprobaron la seriedad del asunto, se hizo un silencio mortal solo roto por los fortísimos golpes en la espalda que le estaban propinando por turno David y Mario en un intento por socorrerlo. Debatiéndose entre la impotencia de su situación y la angustia de la asfixia, Enrique la miraba insondable mientras ella, impertérrita, no movía un músculo, como diciendo: «¿a qué viene este numerito en mi fiesta?». Nada más lejos de la realidad, por supuesto. Uno de esos fortísimos golpes resultó certero porque consiguió que expulsara una bola de jamón. Pasado el susto, parecía que todo había vuelto a la normalidad, sin embargo, no fue así.

Una vez que Enrique recuperó el color y el bienestar, aunque no las ganas de seguir comiendo, hablando, bailando o riéndose con los chistes

de ninguno (todos respetaron su apatía, ¡cómo no!), la fiesta siguió como si tal cosa y no se volvió a hablar del tema. Pero él no se lo perdonó a Talía. Como si ella hubiera sido la culpable de su situación, o como si hubiera estado en sus manos salvarlo y ella hubiera declinado el esfuerzo. Inexplicablemente, arrastró ese resentimiento durante años. Además, él le llevaba de regalo una cinta casete personalizada en la que le había grabado sus canciones favoritas de The Rolling Stones. Era una excusa para volver a bailar «Angie». Incluso, si podía, para besarla furtivamente, dado que Canito seguía creyéndose con el derecho a gozar en exclusiva con la muchacha. Pero estaba tan enfadado que se guardó la cinta. No llegó a dársela; tampoco a bailar con ella. A cambio bebió tanto que, con el estómago semivacío y la creciente ansiedad, terminó vomitando detrás de la peña. Fue su primera gran borrachera y allí estaba Talía, viéndolo todo, mirándolo:

–¿Estás bien? –le preguntó con voz tenue.

–¿Te parece que estoy bien? –gruñó él.

–Sólo quería ver si te podía ayudar –dijo Talía, cariñosa, tocándole la espalda.

–Puedes, quitándote de en medio.

No había pretendido ser grosero. Tampoco despedirla de un modo definitivo. Simplemente quería decirle que estaba muy desilusionado con ella y que en esos momentos él prefería que no estuviera allí viéndole vomitar, una situación humillante agravada por el hecho de que no podía hacer nada por él. Pero dijo lo que dijo y no había marcha atrás, ni modo de borrar las palabras, y Talía, ofendida, dio media vuelta y entró de nuevo en la peña.

Como en otras ocasiones, dentro de Enrique se repitió la sensación de desatino. Su inesperada agresividad hacia ella le provocó una nueva arcada y volvió a vomitar una mezcla de rabia y de bilis. Le dolía el estómago y la vida. Cuando se sintió con fuerzas para entrar de nuevo en la peña, lo hizo decidido a disculparse y darle la cinta casete de The Rolling Stones, pero la encontró bailando con Canito la canción «*Love hurts*», ‘El amor hiere’, de la banda escocesa de rock duro Nazareth, cuyo LP le acaba de regalar el pulpo que la tenía en sus brazos. Verla ceñida por él, contoneándose a su ritmo, le volvió a paralizar. El amor

hiere. Enrique sólo entendía esta parte de la canción que escuchaba por primera vez, pero no necesitaba saber más. El amor lastimaba. Intensamente. Estaba sintiendo en propia carne lo profundamente que el amor dolía mientras observaba cómo Talía bailaba con la cabeza apoyada en el hombro de su rival y, por turnos, a medida que se iban girando, ella lo miraba triste y desafiante, como diciéndole: «Esto es lo que te estás perdiendo, imbécil», y cuando le daba la espalda y tenía de frente a Mario, la expresión de él seguía insistiendo: «Por más que lo intentes, chaval, *Tali* es mía». Fue más de lo que pudo soportar. Cuando la canción concluyó, se acercó a la joven para despedirse, aduciendo que se encontraba mal. Ella aceptó su marcha de su fiesta de cumpleaños con un simple «vale» que lo hirió aún más profundamente. ¿Qué esperaba? ¿Acaso que le suplicara que se quedase? Era evidente que todo iba mal. Por eso, cuando volvieron a verse en las siguientes fiestas sin haber mantenido contacto desde entonces, él jugó a evitarla y Talía a no consentirlo. Cuando ella se cansaba y optaba por ignorarlo, él reculaba y se acercaba. Parecían jugar al ratón y al gato, por lo que ese año Talía se marchó sin despedida privada y completamente desilusionada. Enrique se quedó mortificado. La había perdido *por imbécil*. No había otra explicación.

Durante los años que estuvieron en la Universidad se vieron con relativa frecuencia. Ser prima de su mejor amigo era la tabla de salvación de esa amistad que parecía necesitar de apoyo para mantenerse a flote. Después ella dejó de ir por el pueblo y se distanciaron, aunque se veían de vez en cuando. Pasado el tiempo, Talía se casó primero, después él, y seguían viéndose esporádicamente y charlando animadamente como harían dos amigos de toda la vida. De hecho, él decía que ella era la única mujer con la que podía hablar como si fuera un amigo. Eso solo sería verdad si no fuera capaz de sincerarse del todo con sus amigos varones, porque era un hecho que, ni siquiera cuando cada uno tenía ya marcado el rumbo de su vida, fueron capaces de afrontar lo que sucedió durante aquellos primeros años. Cuando se veían, siempre hablaban de sus situaciones presentes, de sus alegrías, de sus tristezas, de sus temores, de sus problemas, de sus familias, de

sus trabajos, de sus vacaciones, de sus viajes. Pero nunca abordaron el pasado, o sea, su fallida relación a lo largo de 1980, cuando Talía presentía que él estaba loquito por ella.

* * * *

La incógnita sobre aquel pasado que ya parecía remoto se despejó con sólo hablar de ello. El café de esa tarde dio mucho de sí. Enrique al fin entendió por qué Talía soportó que el pulpo hubiera alardeado de ella y le manoseara el trasero en público. Por deferencia, dijo, por no dejarlo en ridículo, porque lo conocía desde siempre, pero, sobre todo (acabó confesando), porque el año anterior había tenido un «rollito» con él en la peña, donde todo sucedía en aquel entonces.

—¡Dios, qué asco! —apostilló Enrique—. ¡Te comiste al pulpo! Es para vomitar.

—Pues no, mira... —iba a decir que no se lo comió, pero lo pensó mejor y añadió, resentida—: no vomité. No como otros, que vomitaron sin comerse una rosca. —Se miraron y se rieron cómplices. Ya estaba dicho.

También se explicó la reacción de ella el día de su cumpleaños cuando él se atragantó:

—Me quedé en estado de shock. No me puedo creer que pensases que no me importaba lo que te estaba pasando. Fue puro pánico. Cuando te empezaste a congestionar y te pusiste rojo, rojo, y me mirabas y yo no sabía qué hacer, y todos estaban a tu alrededor asustados, paralizados, y David dándote esos golpes en la espalda... Yo creí que te morías, y me bloqueé. Y seguí bloqueada incluso después de que expulsases aquello con lo que te atragantaste. Y luego..., qué quieres que te diga, me trataste fatal, y yo no sabía por qué. Simplemente quería estar a tu lado. Me moría por abrazarte, por bailar contigo «Angie». Había comprado el disco y pensaba darte una sorpresa. No te puedes imaginar las ganas que tenía.

—Y yo te había grabado mis canciones favoritas de los *Stones*.

—Te fuiste sin dárme las. Pero eso fue lo de menos. Lo grave fue que te marchaste sin ni siquiera un beso de despedida. Me costó muchísimo

perdonarte. Sobre todo porque no entendía nada. Fue la peor fiesta cumpleaños que he tenido. Me la estropeaste.

—Lo siento. Pero, si te sirve de consuelo, lo he pagado carísimo.

Por fin, muchos años después, se contaron todo aquello que, por alguna razón, no fueron capaces en su momento y había quedado en «pendiente». Así, sin más, cuando ya era tarde para todo menos para hablar, hablaron.

Talía descubrió que aquellos reiterados y aparentemente fortuitos encuentros del principio no fueron casuales, sino que él la buscaba y lo hacía desesperadamente. Ahora Enrique se lo contaba con naturalidad, tanta que Talía no paraba de sorprenderse. Se mostraba tan locuaz, tan diferente de la persona que ella creía conocer que no acertaba a responderle, ni era capaz de estar a su altura. Por primera vez se sentía obtusa a su lado. Las noticias la superaban.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? No lo entiendo.

—No lo sé. Supongo que fue por eso de que el amor hiere y a mí me había herido de muerte. Lo último que esperaba de ti era verte bailar esa canción con Mario cuando más te necesitaba. Pero estabas en tu derecho. No hiciste nada malo en sí, eso lo he tenido claro desde el principio, aunque prefería pensar que eras una idiota. Ésa era la excusa que yo me daba. Pero, por mucho que te quisiera culpar, la causa fue siempre la misma: mi maldita timidez. Contigo me resultó imposible superarla.

—No me creo que me rechazaras por timidez.

—Yo no te rechacé.

—Digamos que me perdiste.

—Sólo se pierde algo que se tiene. Y yo nunca te tuve.

—Me tuviste pero no me *cogiste* —apostilló Talía—. Yo no tenía ni idea de lo que pasaba por dentro de esa cabecita tonta que tengo delante —concluyó cogiéndosela entre las manos y acercándosela hacia la suya, hasta tocar frente con frente.

—Nunca has dejado de ser Talía, mi Musa de la comedia y mi Gracia de la festividad.

—¿Lo recuerdas? ¡Qué memoria!

—Imposible olvidarlo. No creo que hubiese oído a nadie hablar así hasta ese momento. Y menos explicando el origen de un nombre. Esperaba que me dijeras que era árabe, o vasco o griego, y vale. Pero esa explicación... ¡cómo olvidarla!

—Te parecería una creída.

—Me pareciste increíble.

Talía le dio un suave beso en los labios y le retiró las manos de la cabeza. Se despidió más tocada de lo habitual. Más de lo esperado.

* * * *

Después de esa conversación Talía pasó varios días recomponiendo los fragmentos de aquella historia dormida, no olvidada. Mirando las fotografías, de su interior surgía un Enrique adolescente, fresco, siempre sonriendo, siempre a su lado. Y empezó a desearlo irracionalmente. Para sentirlo cerca, escuchaba a The Rolling Stones una y otra vez hasta que el sonido de todo su repertorio de aquellos años desató reminiscencias olvidadas y le invadieron las ganas de él, las mismas que tuvo en aquella ocasión en que bailaron «Angie» y, con los ojos cerrados, revivía el calor de la respiración de Enrique sobre su pelo y la leve presión de sus cuerpos abrazados, y, al igual que entonces, deseaba ser besada. ¡Cuánta confusión había mediado entre ellos, cuánto estúpido recelo! Y cuando todo se aclaraba, ¡qué fuera de lugar estaba lo que renacía de aquellas semillas enterradas en su juventud!

Actuando con la cabeza fría, Talía reprimió sus ganas de buscarlo, de llamarlo, de enviarle mensajes. Hasta entonces habían mantenido una relación armoniosa, cada uno en su sitio, y no pretendía seguir destapando la caja de Pandora que liberaba los males que habían contenido hasta entonces. Pero, como en el mito griego, ya era demasiado tarde, y Talía solo pudo cerrarla justo antes de que se le escapara la esperanza. Pero necesitaba verlo y encontró la excusa perfecta: el inminente cumpleaños de Enrique. Quería hacer que ese encuentro fuera especial y, para ello, se propuso darle veinticinco regalos, uno por cada año que la llevaba queriendo.

Comenzó pensando en lo fácil: una botella de vino, aunque no

lo beberían juntos; y menos solos. Por alguna inexplicable razón, nunca habían comido o cenado a solas; era algo que iban aplazando como si fuera una cita prohibida. Lo descartó y decidió que los regalos debían ser simbólicos. Haciendo memoria de todo aquello que le recordase a Enrique, pensó en la música de los viejos tiempos y, excluyendo a los *Rolling*, el disco que mayor valor sentimental tenía era *Wish You Were Here* de Pink Floyd. Con sólo pensar en esas canciones comenzaron a aflorar, en este orden, una viva nostalgia de aquel pasado junto a él y un irresistible deseo de escucharlas a su lado, pero sabía que eso también era improbable, además de peligroso, así que de nuevo lo descartó. La cuestión musical le hizo recordar que aún conservaba la entrada de cuando fueron al concierto de The Clash en Madrid en la que él había escrito: «Ojalá haya más *Clash* en mi vida». ¿Conservaría él la suya? Seguro que sí. Quería enseñársela, y al buscarla, se encontró con una olvidada cajita metálica llena de «costo» que ella le robó porque no soportaba verle colgado tras fumar «esa mierda», como ella llamaba al «chocolate». Enrique estaba tan irritado por haberla perdido que Talía dio por hecho que en algún momento se arrepentiría de su hurto y acabaría devolviéndosela. Luego dejaron de verse una temporada y el tema y la cajita cayeron en el olvido. Había llegado el momento de que volviera a las manos de su legítimo dueño.

Si le daba todo lo que tenía de él se quedaría sin los pequeños detalles de su pasado en común. Desechó la locura de los veinticinco regalos. No tenía sentido. Uno bueno valdría por todos. Lo que quería de verdad era regalarle su parte de la historia, y optó por escribirle una carta. A Talía se le daba bien escribir, pero ésta tenía que ser más que buena; debía ser perfecta, precisa, conmovedora.

El día del cumpleaños él se pidió la tarde libre para pasarla con ella. Después de brindar, Talía sacó de su bolso un paquetito envuelto en papel de regalo.

—No te alegres tanto. No es un regalo, sino, llamémoslo así, una «reparación». Algo que te robé hace muchos años y que debería haberte devuelto.

—Que yo sepa sólo me robaste el corazón.

Talía sonrió. Enrique estaba tan cambiado, tan cariñoso.... Le acarició la mejilla.

—Yo diría que no tienes un corazón tan pequeñito. Es algo que, en su día, deseabas más que a mí.

—Eso es imposible.

—Ya verás como sí que fue posible. Ábrelo, ¿a qué esperas?

Su expresión al ver la oxidada caja no tuvo precio.

—¡Te mato! —dijo—. Siempre supe que alguien me la había quitado, pero nunca sospeché de ti. Eché la culpa al pulpo y me costó perder un amigo. Estaba convencido de que fue él.

—Lo siento por Mario. En el fondo siempre fue un buen chico. Nunca haría una cosa así.

—¡Qué mala fuiste!

—Espera y verás de lo que todavía soy capaz. Toma. —Le entregó dos paquetes más de regalo. Uno, por la forma, parecía un CD. El otro era un sobre cerrado, de tamaño folio, con una frase escrita de su puño y letra. La leyó en alto.

—«Te juegas la vida» —la miró con expresión atónita.— ¡Joder, Talía, no me imaginaba que fuera tan fuerte!

Tras unos segundos en suspense hizo ademán de abrirlo con cuidado. Ella le sujetó las manos.

—No lo abras ahora.

—¿Es una carta bomba?

—¡Exacto! Y no puede explotar aquí. Lo comprendes, ¿verdad?

—No entiendo ni una palabra.

—Es algo que he escrito para ti. Sé que no te gusta leer, pero no te desilusiones tan pronto. Esto es especial porque lo he escrito yo... y porque es una travesura.

—¿Tan malo es? —dijo, mirándola.

—Perverso. Por eso sé que te va a gustar.

—¿Tan segura estás?

—Ya te lo he dicho, contiene una bomba. Si aceptaras una apuesta, te apostaría lo que quieras a que lo vas a leer con ansia en la primera oportunidad que tengas de estar a solas.

—Yo no apuesto sobre seguro. Aquí no hay reto. Los dos sabemos

que ganas tú.

–En ese caso, podrías elegir qué quieres perder...

–No dejas pasar ni una, ¿eh? Siempre provocándome, *jodía*.

–No puedo evitarlo. Especialmente porque sé que no vas a ceder. Y eso me estimula.

–Si sigues así, espera y verás. Estás avisada. Algún día...

–Sí, cuando estemos en una residencia para la tercera edad. Eres el hombre más resistente que he conocido.

Resistencia no era la palabra adecuada. Enrique lo veía de otro modo. Él utilizaría otros adjetivos: cobarde, sensato... Como era de esperar, no aceptó la apuesta.

–Me lo temía. Pero dicen que la esperanza es lo último que se pierde –dijo ella.

–No es cierto. Lo último que se pierde es la vida.

–Entonces, mientras viva seguiré esperando. Quizá algún día aceptes perder o ganar una apuesta conmigo.

–Algún día.

–Espero que no sea demasiado tarde. De momento, tienes otro regalo que sí que puedes abrir ahora.

–Sé lo que es –dijo mientras rompía el papel de regalo y sacaba el CD de los grandes éxitos de Tracy Chapman. Evidentemente no era lo que se esperaba-. ¡Pues no! Me he equivocado. Supuse que sería un disco de los de nuestra época.

–¡Vaya! No pensaba que me tuvieras por una mujer tan previsible. Y, además, supongo que tienes toda la discografía de entonces. Este es especial, aunque solo sea por una canción.

Enrique giró el disco para leer los títulos de la parte de atrás y encontró pegado un sobrecito con las palabras «*Baby Can I Hold You*».

–Significa ‘cariño, puedo abrazarte’, pero verás que no tiene signo de interrogación, aunque en inglés tiene la estructura interrogativa. De todos modos, está a medio camino entre una pregunta y afirmación.

–Puedes, si quieres. Tienes vía libre.

–Ya, luego, si acaso. Lo que quiero decirte es que es el título de una de las canciones de este disco. Siempre que la escucho me acuerdo de

ti. Es como si Tracy Chapman la hubiera escrito pensando en nosotros. Supongo que la incomunicación, que es de lo que trata, es una situación muy habitual entre las parejas. Pero dado que tu inglés deja mucho que desear, te he copiado la letra y te la traducido.

Abrió el sobre y sacó el papel que estaba en su interior.

—Me va que ni pintado. Aprovecho para decirte que tienes razón. Lección aprendida —dijo después de leerlo para sí en español, y a continuación lo resumió a su manera—: Lo siento; es todo lo que puedo decir. Los años pasan, pero todavía hay palabras que me cuesta decirte, como lo siento, o perdóname o te quiero. Pero, cariño, quizá si te dijera las palabras adecuadas en el momento preciso, serías mía. Aunque puedo empezar por decirte, *Baby Can I hold you?*

Le ofreció los brazos para abrazarla, pero ella se los sujetó con ambas manos.

—Creo que me estás malinterpretando. No es solo por ti. Soy yo la que te quiere decir esto. Yo tampoco he sabido nunca decirte que lo sentía, ni perdóname, ni te amo. No te hablé nunca de mis sentimientos, y de veras que lo siento. Tú dabas pasos, como si eso no significase nada, cuando lo era todo, y yo sentía que hablabas diáfano con tu sola presencia a mi lado, con tu actitud, pero yo necesitaba algo más de ti: palabras, como si las palabras lo fuesen todo. No sé, a lo mejor lo eran, porque a mí me faltaban. A lo mejor, si en algún momento te hubiera dicho que te quería, aunque solo hubiese sido una vez, hubiera cambiado... Sé que me faltó decirte algo tan sencillo como que quería con todas mis fuerzas que me abrazases. No te imaginas cuánto. Pero también abrazarte. Solo nos ha faltado decirlo y todo hubiera sido posible. Así que quizá las palabras sí son tan importantes como yo creo, no son simples hálitos que se lleva el viento. Son fuerzas,... son energía que nos conmueve, que nos impulsa a actuar...

Talía estaba emocionada.

—El silencio ha sido cosa de los dos, Enrique. De nuestra inexperiencia. Éramos muy jóvenes.

—Sobre todo yo. Pero, ya que nos lo hemos dicho, anda, cálmate y abrázame. No te reprimas.

Y se abrazaron, por primera, como ellos querían.

* * * *

Antes de despedirse, ambos fueron al coche de él para escuchar juntos la susodicha canción de Tracy Chapman. Luego, estando ya solo, él la escuchó nuevamente de camino a casa. Escuchó todo el disco, en realidad, y llegó a casa hecho pedazos. Aún estaba pendiente la carta-bomba, pero, siendo algo tan importante y estando como estaba, no debía apresurarse. Necesitaba estar sereno, pero la impaciencia lo consumía. La primera oportunidad que tuvo de leerla fue inmediatamente después de cenar. Siendo día laboral, no estaba prevista una sobremesa nocturna de celebración junto a Soledad, así que, alegando que había quedado con unos amigos para tomar una cerveza, se fue a un bar tranquilo, casi vacío, y, como si temiera la anunciada explosión, extrajo con sumo cuidado el contenido del sobre: un texto titulado, para sorpresa suya, «El reto», en lugar del esperado «Te juegas la vida» escrito en el exterior. Las primeras palabras, «Querido Enrique», le dieron a entender que no se trataba de una historia ficticia, sino algo personal, y deseó que estuviera escrito de su puño y letra, como el sobre. Nunca antes Talía le había escrito una carta.

Titulándose «El reto», no es de extrañar que comenzase diciendo que se trataba de un juego y que iba en serio. Para jugar, debía ir aceptando una a una las tres apuestas que le iba proponiendo antes de seguir leyendo el texto que iba a continuación de cada una. Le pedía ser honesto y no hacer trampa. La primera apuesta, decía, era fácil: una comida juntos. El lugar lo elige quien gana y la paga quien pierde. Perdía él si era capaz de leer las tres primeras páginas sin sonreír una sola vez. Al leer eso Enrique sonrió de forma involuntaria pensando «¡Esta Talía...!», y al instante se dio cuenta de que acababa de perder la apuesta aun antes de haberla aceptado. Le pareció una forma ingeniosa de forzarse a comer juntos, algo tan natural entre amigos y, sin embargo, ellos no lo habían hecho jamás. Habría comida. Elegía

ella, pagaba él.

No obstante, sonrió varias veces más mientras rememoraba en esas tres páginas las escenas graciosas que habían vivido juntos. En un momento dado apareció la segunda apuesta: un beso después de la comida. En este caso, el ganador lo recibe, el perdedor lo da. Ganaba él si, llegado al octavo folio, no tenía la sensación de mariposas revoloteando dentro de él.

Esta vez ella había perdido porque, aunque algo le recorría por dentro desde el principio, no eran alborotadoras mariposas, sino arañas atiborrándose de su ansiedad. Sintió miedo a reencontrarse con su debilidad pasada, pero aceptó la apuesta, sabiendo que en el fondo también la había perdido y que debía exponerse al primer beso de ella, un sueño aparcado, nunca desechado.

Lo que leyó a continuación le azoró, le turbó..., o como se llame eso que sintió en la zona del diafragma. Talía le contaba cómo le había querido, cómo se despreciaba por dejarse acariciar delante de él por quien él más odiaba, pero le ofreció «Angie» como una declaración de amor y deseo de él. Y había supuesto que él lo entendería y reaccionaría de otro modo. Pero se quedó atrás, siempre se quedaba atrás, mientras Mario daba pasos adelante, hasta que un día, no recordaba cuándo ni qué circunstancia concreta lo produjo, su hastío tocó fondo y por amor propio decidió alejarse de él, de Enrique, para siempre.

Talía debió de pensar que la sola mención de esta canción desataría el baile de mariposas, por ello a continuación llegó el reto final. Esta vez la apuesta tenía doble filo: si ganaba ella, bailarían «Angie» en el lugar y con las condiciones que ella determinase; si perdía, y en esto debía ser honesto, se anularían las dos apuestas anteriores. Ganaba Enrique si no seguía leyendo lo que venía a continuación. El reto parecía sencillo, pero el precio era muy alto. Miró el sobre y comprendió las palabras escritas a modo de presentación: Te juegas la vida. Tenía en sus manos la posibilidad de realizar su sueño y... Respiró hondo una y otra vez, como si al inspirar pudiera asfixiar con un exceso de aire al ejército de arañas que lo mordían en su interior, mientras por su mente pasaba la película de lo que era su vida, de lo que estaba en juego. Se jugaba esa existencia insípida, pero tranquila, sin traumas ni

desasosiegos. Su mujer, su casa, su estabilidad. ¿A cambio de qué? Pasaría de una Soledad a otra, más profunda, y suya propia. Lo que intuyó que se avecinaba, lo que ella le proponía, le perturbó de tal modo que le costaba pensar, decidir.

Si no aceptaba, no pasaba nada. Su vida seguiría igual. Insípida, pero tranquila, sin traumas ni desasosiegos. Y si Talía no se evaporaba ante su cobardía y le seguía dando la oportunidad de verse, de tomar café con ella, seguiría viviendo a su lado esos chispeantes momentos de tensión sexual no resuelta. Eso era vida. ¿O esa vida también se la estaba jugando?

Sobreviviría. En cualquiera de los casos sobreviviría. A menudo, el precio por *vivir* es demasiado alto. Enrique decidió no jugárselo todo a una carta.

«Lo siento, amor mío», se dijo. «Ya es tarde. Gano yo. Me quedo con mi Soledad».

En un instante de absoluto pánico, rompió la carta en pedazos y, con ello, despedazó sus sueños.

2

EL JARDÍN DE LOS LIRIOS

Santiago se despertó durante el segundo movimiento del *Concierto N° 6 de Brandenburgo* y el primer hálito de conciencia le hizo saber que seguía en el tren y que el diálogo de violas y violonchelo que sonaba en su cerebro, sosegado como una declaración de amor, se lo enviaba el MP3 que Amanda le había regalado el verano pasado cuando la visitó en su casa de Elche. La voz metálica de las ruedas deslizándose sobre las vías –dulcificada por los auriculares que aminoraban los sonidos externos y con los que había pretendido aislarse– parecía decirle: «¡Despierta, vamos, despierta, que ya falta poco!». Pero no quería, o, mejor, no podía, abrir los ojos. La noche pasada en vela y el arrullador traqueteo del tren, meciéndolo levemente en el asiento en el que dormitaba, se lo impedían.

Su cuerpo, en esos instantes, le urgía a estar con Amanda. Allá donde fuera, su ausencia lo invadía de nostalgia, como la buganvilla violeta que envolvía los muros de la casa alicantina de su amante, abarcándolo todo. A sus ojos, al igual que el joven renacentista de los sonetos de Shakespeare, Amanda era un eterno verano. La recordaba en su terraza tomándose un *gin tonic* aromatizado con frambuesas y romero frente a esos arbustos de buganvilla violada que lucían en su máximo esplendor, como la propia Amanda, que le resultaba un compendio de aromas y

colores, además de esa armonía de instrumentos de cuerda que ahora interpretaban a Bach. No es que ella amase la música. Ella misma era música. Unas veces vibraba como un violín de Vivaldi, otras penetraba como un Oboe de Mozart, otras le envolvía como un nocturno de Chopin. Todo un abanico sensorial, pura sensualidad.

Miró el reloj. Las diez y media. Amanda ya estaría esperándolo en el aeropuerto. La escapada a Florencia con ella, sin otro propósito que visitar el fascinante *Giardino dell'Iris* con motivo del concurso internacional de iris que se celebra cada mes de mayo, era la excusa perfecta. Buscar justificaciones para lo que no se necesita era una de sus peculiaridades. Para Amanda, una cita furtiva tenía que ser irrepetible, y para ello elegía cuidadosamente el momento y el lugar de modo que el esfuerzo de los preparativos nunca implicase un desgaste de energía, sino una recarga emocional. Pero, para Santiago, esto era secundario. Lo especial de sus citas era ella misma, y en consonancia, cualquier contexto en que estuviese con ella. Si necesitaba Florencia no era para deleitarse con la belleza multicolor de los iris primaverales, por no hablar de sus bulliciosas calles y miríficos monumentos, sino simplemente para estar junto a ella lo más lejos posible de Talía, su esposa.

Talía era increíble cuando la conoció, cuando se casaron. Vivaracha, complaciente... ¿En qué momento se acabó el encanto? Recordaba que cuando nació su hijo empezó a quejarse de la poca ayuda que recibía de él. «Diego es de los dos», decía, o «No valoras mi trabajo, pero es tan importante como el tuyo». Pero al final asumió que el trabajo de Santiago era a tiempo completo y las horas del día no daban más de sí por mucho que se empeñara. Últimamente, sin embargo, siempre estaba seria, a veces de mal humor sin motivo aparente; total, que en ningún caso podía decir que su esposa fuera la alegría de la huerta. Tampoco él. Los años quemaban y ambos se habían abrasado. ¿Qué quedaba entre ellos, salvo las buenas formas? Trabajaba mucho, era cierto, pero compaginar el hospital con la consulta privada conlleva ese esfuerzo, y ella lo supo desde el principio. Dieciocho años después ya no lo aceptaba. Ahora la cantinela era la contraria: «tanto trabajo te va a matar»; «para qué queremos más dinero si no nos está dando felicidad»,

«el ocio y el descanso son oro». En su favor, Santiago tenía que reconocerle que ella decía la verdad y que estaba muy cansado. Amanda personificaba ese oro. Solo pensar en ella, hablar con ella y verla de vez en cuando le hacían sentir bien, le demostraba que aún existía vida fuera del hospital, de la consulta y de las obligaciones conyugales. Y por eso había cogido ese tren. Para convencerlo de que este era uno de esos viajes perentorios que no podían perderse, Amanda le había comentado que se trataba de un jardín con cientos de variedades de iris, o lirios, «como docenas de arco iris a ras del suelo –añadió de su propia cosecha–. Imagínatelo. Tiene que ser delicioso ver tantos lirios y todos diferentes». Deliciosa, en todas sus tonalidades, era ella. Y por eso estaba ahí, rumbo al jardín de las centenares de variedades de lirios, rumbo a ella.

«Necesito escapar», quizá pronunció en alto de la pura fuerza de su pensamiento. Pero lo que Santiago necesitaba no era cambiar de lugar, sino de vida, ese despojo de existencia al lado de una esposa que ya no le comprendía ni le apoyaba.

La noche anterior, mientras preparaba la maleta para lo que se suponía que era un rutinario congreso de hipertensión arterial en Sevilla, Talía insistió en acompañarlo, pues podía coger unos días libres y nunca habían estado allí juntos, pero él se mostró tajante en su negativa, por lo que ella se enfurruñó. «¿Qué pasa, que va a estar allí *esa Amanda?*», interpeló con el aire inquisitorial de quien no requiere respuesta, porque, contestara lo que contestara, ella tenía ya una opinión formada. Fue tal el impacto que le produjo esa inesperada pregunta que no supo salir del paso de modo convincente.

Esa Amanda. Por el tono despectivo, parecía que no hablaba de la misma persona. *Esa Amanda* fue en otro tiempo, para su mujer, la admirable y cariñosa doctora Salgado, la logopeda del equipo de otorrinolaringología de Soledad Hurtado que había tratado la dislalia que sufría Diego, o sea, su modo erróneo de pronunciar los sonidos. Cuando la doctora Hurtado comprobó que el trastorno del habla del niño era debido a un mal funcionamiento de los órganos articulatorios y no a un daño o lesión de los mismos, lo derivó al servicio de logopedia. Y

de este modo Amanda se convirtió en el centro de atención de la familia, muy apreciada por todos.

Esta situación cambió cuando coincidieron en un cotillón de fin de año, y tras la cena, las doce uvas y el brindis con champán, su marido no se separó de su colega, como si ambos estuvieran aislados en ese abarrotado salón. Ahí comenzó la complicidad entre Amanda y Santiago y los perseverantes celos de Talía, quien ya no soportaba las citas periódicas para controlar la evolución del habla de Diego debido a la «sonrisa de bruja que se le escapaba a esa Amanda cuando lo veía entrar». Además, aunque aparentemente fuera del todo normal que su marido la acompañara a las revisiones de su hijo, resultaba curioso que fuera lo único para lo que hacía un hueco en su apretadísima agenda. Para todo lo demás (como las citas con los tutores escolares) no disponía ni de un minuto libre. El destino le sonrió a Talía cuando Amanda Salgado sacó su plaza en propiedad en el Hospital Virgen de los Lirios de Alicante. Lo que no se imaginaba era que los cientos de kilómetros de distancia no serían suficientes para separarlos.

Se hizo un silencio profundo e inmediatamente dio comienzo el *Concierto para dos mandolinas* de Vivaldi, y mientras su mente, ya despierta y excitada, vagaba juguetona y lujuriosamente por los recovecos del cuerpo de Amanda a ritmo de esa música, sonó el teléfono. Ávido de noticias de su amante, lo cogió con una sonrisa que se le heló al ver escrito en la pantalla el nombre más inoportuno: Talía. Decepcionado, quitó el volumen y lo dejó que siguiera vibrando en silencio, pero la persistencia de su esposa ganó esa partida y terminó por descolgar con un mal presagio.

El motivo de la llamada era comunicarle que se había caído por la escalera y se había fracturado un tobillo. ¿Lo habría hecho a propósito para hacerle regresar?, pensó él en su desesperación, pero la situación en esos precisos momentos era que Talía estaba a punto de entrar en quirófano y muy enfadada. «Nadie aquí sabe nada de tu congreso. Nadie. ¿Dónde estás, Santiago?, ¡¿dónde demonios estás?!», le increpó entre sollozos y quejidos de dolor.

A menos de una hora de tocar el techo de la felicidad, todo se trastornó. Debía regresar. Era incuestionable.

Se sintió abatido, empapado en sudor frío, con el corazón desbocado y, suponía, con la tensión por las nubes; todo a punto de jugarle una mala pasada. No era posible que volviera a suceder. Como en un enloquecedor *dejà vu*, sus planes se volvían a deshacer a última hora, sin previo aviso, como ocurrió justo el verano pasado debido al accidente del autocar en el que viajaba Amanda cuando iban a reunirse para asistir al Festival de Salzburgo. En aquella ocasión, tras una interminable espera sin que diera señales, Santiago contempló estupefacto en la televisión de una cafetería las imágenes del suceso, ese amasijo de hierro y cristales rotos entreverados de motas o regueros de sangre, y un número de teléfono para recibir información sobre los numerosos heridos y los siete fallecidos contabilizados hasta el momento. Una incontrolable inquietud se apoderó de Santiago al comprender, de manera inequívoca, la razón de su incapacidad de comunicarse con ella. Aturdido ante la posibilidad de que figurara entre las víctimas mortales, le temblaba el pulso mientras marcaba el número de información facilitado para tal fin. Comunicaba. Con la angustia de la espera, comenzó a sentir una opresión torácica que le irradiaba al cuello y le recorría todo el brazo izquierdo. No podía ser otra cosa que un infarto. Tuvo que cambiar ese número de contacto por el de urgencias médicas.

El boca a boca en la ciudad funcionó más rápido que la prensa, pero él tardó veinticuatro desesperadas horas en enterarse por Talía de que la doctora Salgado figuraba entre las víctimas. Y casi otras tantas en saber que solo estaba herida, sin aparente gravedad. Así se las gastaba su mujer para castigarlo. ¿Qué había sido de su dulce Talía? Si no especificó que *esa Amanda* vivía fue para ver cómo reaccionaba su marido ante la noticia de la supuesta muerte de la cardióloga. No se imaginaba que la reacción había sido precisamente ese infarto. Si lo supiera, sería la venganza perfecta; se sentiría aliviada con el resultado, a pesar de constatar que sus sospechas no eran infundadas. Quizá habría sido mejor hablarle claro y darle la prueba definitiva que ella andaba buscando. Es bien sabido que vivir en estado de duda permanente es muy estresante, en cuanto que nos paraliza, nos ata hasta ver cuál es el

desenlace, mientras que una confirmación, incluso en el peor de los casos, nos activa, nos obliga a avanzar, a tomar cartas en el asunto. Entonces, ¿por qué ese miedo a enfrentarla a la verdad? Por el momento, mientras estuvo en el hospital, Santiago estaba convencido de que su mujer le había secuestrado el teléfono, no para que descansase, como le decía con voz melosa, sino para que no llamara a Amanda, de quien tenía bastantes llamadas perdidas y mensajes, aumentando así el estado de ansiedad de ambos. Si esa fue su represalia, bien podía darse por satisfecha.

Cuando logró contactar con ella, Amanda le contó que ya estaba en casa, que había sufrido un traumatismo craneoencefálico que la había mantenido en coma unas horas y del que salió confusa, con amnesia del accidente y dolor de cabeza, por lo que, unido a los hematomas repartidos por todo el cuerpo, estuvo ingresada durante las 48 horas de rigurosa observación preventiva, pero al final todo había ido bien; solo debía guardar reposo.

Cuando ambos se recuperaron, Santiago le hizo una visita relámpago en su casa de Elche, lo cual no fue tarea sencilla, pues tuvo que sortear los recelos de Talía, quien, imaginándose lo que se escondía detrás de ese pretendido viaje a Barcelona, le había espetado:

—Sé que vas a ver a Amanda. No soy tonta, pero no creo que sea una buena idea en tu estado. Podrías al menos esperar a recuperarte del todo.

—Estoy bien. Debo empezar a hacer vida normal.

—Pues si quieres hacer vida normal, empieza a hacerla en tu propia casa, con tu propia familia, con tu propia mujer. A lo mejor tengo que tener yo un accidente para que me prestes atención —concluyó Talía aunando el afilado acero de sus palabras con los carámbanos de su mirada exasperada, agudos como navajas. O al menos así lo percibió él. En ese punto de su relación Santiago ya no sabía decir si él era objetivo en sus apreciaciones o bien las impresiones que le transmitía su esposa eran fruto de sus propios recelos y expectativas.

Sabiendo que negando la mayor no gozaría de credibilidad alguna, el tenso aire que se respiraba mientras hacía los preparativos del viaje fue tan desalentador que a punto estuvo de anularlo. Y a partir de entonces dieron comienzo sus profundas reflexiones sobre el porqué

malgastaba su vida junto al iceberg. Fue Amanda quien, sin proponérselo, la había rebautizado así la víspera del accidente cuando le dijo: «Tienes que tomar una decisión y alejarte de esa vida. El iceberg te está hundiendo. O quizá te ha engullido y ahora eres parte de él. Tu vida, si es que a respirar y a trabajar se le puede llamar así, está ya totalmente congelada». Amanda no pensaba en absoluto en Talía cuando dijo eso, y mucho menos había pretendido llamarla iceberg, dado que no era esa la idea que tenía de ella, más bien al contrario. Se refería a su modo de vida, al todopoderoso trabajo que consumía la mayor parte de su energía. Pero, incluso después de aclarado el malentendido, él siguió pensando en Talía como el iceberg. De esto hacía casi un año, así que su grado de congelación debía de haber alcanzado su cota máxima. El día que fue capaz de decirse a sí mismo: «Amanda tiene razón. Soy un anejo del iceberg» tomó la decisión de aceptar la propuesta de ir a Florencia en mayo.

Era cierto que su vida era un puro trajín, combinando la medicina pública por las mañanas con la consulta privada por las tardes y la presidencia de la Sociedad Regional de Cardiología. Había llegado el momento de cuestionarse a fondo si realmente le merecía la pena desgastarse en resolver asuntos que bien podría haber eludido con un simple: «Lo siento. Gracias, pero no dispongo de tiempo para ese cargo». Por no mencionar su precaria salud. Eso le decía Talía, presionándole para que cediese cortésmente un puesto por el que no cobraba un céntimo, como si por eso él le fuera a prestar más atención o dedicarle más tiempo a ella. «Después de todo, no eres imprescindible, Santiago», había añadido el témpano en su intento por doblegarlo. Pero si el sentido de la responsabilidad no le había dejado planteárselo siquiera, menos todavía la presión de su esposa. Cualquier cosa que lo mantuviese alejado de ella era un aliciente. Al menos evitaba escuchar las consabidas cantinelas de «sabes mejor que nadie que después de lo que te ha pasado, no te conviene el estrés», o «eres tu peor paciente; si no te cuidas tú mismo, que eres el médico, ¿cómo esperas que los demás te hagan caso?» o «andas todo el día agobiado y el corazón ya te ha dado un aviso. ¿Cuántos más necesitas para reducir

tu ritmo? Bueno, igual estás esperando a morirme para descansar de una vez». Por no darle la razón, él contestaba con evasivas del tipo: «tú, querida, siempre tan alentadora» o «no veas cómo me animas. ¡Qué haría yo sin ti!». Pero era cierto: no podía seguir manteniendo ese agotador nivel de estrés.

Sin embargo, eso se iba a terminar. Estaba decidido. El viaje a Florencia iba a ser el punto de inflexión, el primer peldaño adelante y para el que no había retorno posible. Esperaba volver renovado y dispuesto a todo. *Todo* significaba un cambio drástico en su vida, pero necesitaba de la energía positiva que extraería del Jardín de los lirios. O, digámoslo así, de Amanda. Con las pilas cargadas, a su vuelta tenía pensado recorrer paso a paso cada etapa de su renovación. Comenzaría por ceder el testigo de la presidencia de la Sociedad de Cardiología, lo cual no originaba trastorno alguno, pues sería sustituido inmediatamente por el vicepresidente. Después cerraría la consulta privada. Los parroquianos lo echarán de menos algunos meses, pero se buscarían otro médico y seguirían jactándose en la sala de espera de haber sido capaces de sobrevivir a sus respectivos infartos y seguir fumando en contra de las recomendaciones de Don Santiago. No le dolió reconocer que, efectivamente, en el trabajo era prescindible. Más difícil iba a resultar el siguiente peldaño: arreglar su situación personal y empezar de cero con cargas familiares.

La caída de Talía no sólo le había fracturado el peroné a ella; a él le había quebrado el ánimo, y con ello, su intención de cambio a corto plazo. Creía que, si regresaba sin ir a Florencia, sin ver a Amanda, sus propósitos de renovación se vendrían abajo. Recordando su inquietud cuando ella no aparecía por culpa del accidente del autocar en el que viajaba, se imaginó cómo se sentiría Amanda cuando viera que él no llegaba al aeropuerto, que el vuelo se iría sin él, pero la opresión le impedía llamarla. De hecho, se encontraba muy mal. Ya casi no tenía fuerzas y comenzaba otro episodio de dolor torácico y sudoración fría. La sensación de que la vida se le iba sin remedio lo paralizaba.

Se retiró los auriculares de un tirón cuando sonaba el *Concierto de Aranjuez* y, con ello, no solo interrumpía la música de Amanda: todo se detenía. Tenía la tensión arterial en mínimos y se mareaba. Ya no había

duda. Tenía que efectuar la llamada de auxilio, pero se encontraba muy debilitado. Para minimizar el dolor se sentó con las rodillas dobladas, en posición fetal. Entonces fue consciente del fuerte murmullo en el tren, de las manos que lo zarandeaban, de las voces que le preguntaban si se encontraba bien. Mientras uno vociferaba si alguien tenía aspirinas, otro llamaba al 112, la señora de al lado le acariciaba el brazo y los demás pasajeros lo miraban atónitos sin apenas darse cuenta de que estaban presenciando el infarto de ese señor de mediana edad que había ido todo el viaje tranquilamente dormido, o eso parecía.

A pesar del intenso dolor, se mantenía lúcido y pensó en su familia. Todo iría bien. No pasarían penurias, sus hijos podrían continuar sus estudios a cargo del patronato de huérfanos y los seguros sufragarían la hipoteca de la casa en Salou que él se había empeñado en comprar como inversión y apenas utilizaban. Únicamente sus ilusiones habían quedado en «pendiente». Esbozó una sonrisa irónica que quizá solo él advirtió. Todo arreglado menos él. Siendo su segundo infarto, sabía mejor que nadie que no había escapatoria. Se moría sin haber resuelto el sinsentido de su vida.

Y entonces pensó en Amanda. «Tú ganas», masculló a modo de despedida en un hilo de voz. Se moría de camino al Jardín de los lirios. Cerró los ojos y balbució: «*Il giardino dell'iris*». La mujer que lo acariciaba, sin entender qué quería decir, le insistía que no se preocupara, que no hablara, pero cambió de parecer y le preguntó si quería que llamara a alguien en su nombre. Y él musitó sofocadamente: «Amanda».

3

EL GABINETE DE ESTÉTICA Y FANTASÍAS

¿Por qué perseveraba tanto la doctora Soledad Hurtado en ir a la *esthéticienne*? Una visita semanal al Gabinete de Estética Amira se había convertido, más que en una rutina, en casi una obligación. En su empeño por despojarse del lastre de amargura que la atenazaba, buscaba una segunda oportunidad y necesitaba estar preparada físicamente para ello. Quería arrancar de su vida el sinsabor que deja la monotonía y cargarse de nuevas emociones a las que haría frente con serenidad y firmeza, si lograba también alcanzarlas. Necesitaba reconducir sus pasos sorteando los errores de juventud desde la consciencia de sus consecuencias. Ya nunca se embarcaría en una relación de renuncia personal, de aceptación sumisa de otras voluntades por pena o impotencia, de otras maneras que las suyas propias. En suma, no aceptaría ser amada de otra forma que como ella misma. Y no porque pensase que no se podía cambiar. Al contrario; de hecho, lo había experimentado en propia carne y había sido un fracaso total porque toda readaptación a la vida en pareja tiene que ser bidireccional y comprometida, y su marido Enrique no estaba por la labor. Ya hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que sería más feliz siendo ella misma como era antes de su matrimonio y quería ser Soledad Hurtado con sus virtudes y sus defectos, y si las imperfecciones eran

mejorables, intentaría corregirlas, siempre y cuando no supusiera la cesión de algo ya irrenunciable.

Y no sabía cómo se presentaría esta segunda oportunidad, cuáles serían los pasos a seguir o por dónde empezar. Intentar modificar, o simplemente reconducir, la personalidad de su marido era inaceptable como medida. Ya había consumido dieciséis años esperando ese milagro que no se producía porque él sólo podría evolucionar desde dentro, lo cual era impensable, dada su actitud.

—No soy perfecto. Nadie lo es. Tú tampoco. La diferencia es que yo te acepto como eres y no te pido que cambies. Lo que no me gusta de ti, me lo aguanto. Así que lo mejor que podemos hacer es respetarnos tal y como somos.

—Yo creo que estás muy equivocado y que, incluso para aceptarnos como somos, nos falta diálogo. A veces eres una tumba. Cuando algo te preocupa, te encierras en ti mismo. Si yo no soy tu problema, seguro que hablándolo te sentirías mejor. Yo no soy tu enemiga; yo estoy de tu parte.

No, Soledad no era el problema, sino él mismo, y ella no tenía por qué pagarlo ni sufrirlo. Cuando le demostraba que se equivocaba, él presentaba sus errores como parte y forma de su humanidad: todos cometemos errores; hasta los mejores se equivocan, decía. Sin embargo, si ella no sabía qué le pasaba exactamente, no había forma de ayudarlo a resolver sus conflictos. Buscaba siempre un resquicio de debilidad en su marido por donde entrar, donde apoyarse, donde presionar para encontrar cierta esperanza de mutación en él. Pero nada. Los años de intento fallido habían anquilosado toda esperanza; no obstante, ese perseverante mutismo podía con ella. Por encima de todo, Soledad necesitaba comunicación.

— Yo soy como soy, cariño. No te esfuerces ni te enfades —solía decirle Enrique, cortando toda posibilidad de arreglo. Le faltaba añadir «pero sabes que te quiero».

No pudiendo cambiar la personalidad de Enrique, quizá esa segunda oportunidad pasaría por reemplazarlo, por sacarlo definitivamente de su vida como ya lo había hecho de su corazón. Pero, para ello, Soledad necesitaba un aporte extra de fuerza moral. Sentía lástima por él y esto

la lastraba. Era un buen hombre, si bien un mal marido, o dicho de otro modo, un mal compañero de vida, de cama. Ante él, su actitud era básicamente fachada, un disfraz de «aquí no pasa nada» que se ponía y quitaba según el momento. Y las fachadas requieren mantenimiento, unos cuidados constantes que las permitan perdurar lo más inalterables posibles. Y era ahí donde entraba en juego su *esthéticienne*.

El paso del tiempo actuaba en su contra. Se lo decía su espejo, el cual parecía hablarle del *carpe diem*. Que mirase su cara, su pelo, su frente, su vientre... y le mostraba cada mañana, al despertarse, una Soledad que era ella misma y, sin embargo, estaba distinta. Lo que veía que no le gustaba ya no era esa cara de ojeras juveniles tras una noche de fiesta, de resaca, de insomnio, de haber soportado música ensordecedora y humo de un tabaco ajeno que le secaba los ojos, unas facciones que, en definitiva, se recuperaban con unas horas más de sueño, unas gotas de colirio, un baño relajante y un buen descanso. Lo que le revelaba ahora ese espejo puntilloso era un rostro acostumbrado al cansancio que conllevaba soportar tanta monotonía y, sobre todo, un cuerpo de mujer madura. «Ahora o nunca, Soledad», le gritaba su espejo, pero no le marcaba las pautas a seguir. El porqué, el cómo, el dónde y el cuándo estaban solamente en sus manos, y eso la paralizaba. Si fuera Enrique quien diera el paso, si llegara un día y dijera: «Soledad, esto se ha acabado, afrontémoslo», ¡la ayudaría tanto!

El discurrir de los años no la afectaba del mismo modo que otras circunstancias. De hecho, no podría decir en absoluto que había comenzado desmejorada su etapa de madurez. Constantemente le decían que cada día estaba más guapa. Ella lo negaba, no por modestia, sino porque tenía ojos y ese espejo cotilla, a la vez que admitía el cambio físico en su imagen, en su figura, como otra de las fases necesarias en el camino de la vida. Le animaba compararse con sus amigos y comprobar que el deterioro corporal era imparable para todos, pero a distinto ritmo. El suyo se había ralentizado. Algo es algo.

Su rutina diaria comenzaba arreglándose cada mañana para enfrentarse al extenuante trabajo en el hospital. Antes de salir abría al cajón del abracadabra para transformarse con su colección variopinta

de cremas, de sombras y lápices de ojos, de barras de labios, de colorete y perfumes, todos ellos adquiridos en su gabinete de estética y supervisados por su esteticista personal. La encantadora Amira le insistía que, trabajando de cara a un público formado por un amplio abanico de pacientes y colegas, tenía el deber de cuidar su imagen personal, primero, por ella misma, después por los demás. La propia Amira, siempre impecable, era un ejemplo a seguir. Así que la doctora Hurtado recreaba a diario su imagen con tonalidades distintas, a juego con el vestuario que elegía y en consonancia con el ánimo de su matutino despertar. Con el maquillaje, simulaba el cutis joven que ya no tenía y tapaba el cansancio de una noche mal dormida; el colorete le daba un toque saludable; con la sombra de ojos se pintaba diferentes miradas y las barras de labios contorneaban una sonrisa fresca, radical o resuelta, según fuera rosada, carmesí o brillante. También, por qué no, el carmín realzaba su deseo de ser besada, besada por otro hombre que no fuera Enrique. Los besos y caricias de su marido ya no le servían, le resultaban diminutos para cubrir una necesidad que, con los años y como ella misma, había aumentado de talla.

Por las tardes solía leer un buen rato, después salía a dar un paseo por la ciudad de compras o para tomar café con las amigas si no tenía cita con su esteticista, para luego volver a casa a leer otro rato hasta que llegaba Enrique. Había días en que su marido volvía más taciturno de lo habitual, otros, más alegre, pero en ningún caso funcionaba el preguntarle qué sucedía, pues la respuesta era siempre similar, o que todo iba bien, que era sólo cansancio o dolor de cabeza, en el primer caso, o bien que volvía relajado porque había estado tomando una caña. De cualquier modo, sin más explicaciones, tocaba a continuación cenar juntos y ver la televisión, por lo general, una serie. A Enrique le gustaban de todo tipo, ya fuera de policías, de estudiantes, de periodistas, de familias mafiosas o comedias americanas, e incluso se enganchaba a los estúpidos *reality television* porque con ellos se relajaba, decía. Ella, mientras, aprovechaba para hojear el periódico o una revista, sobre todo de viajes, ninguno de los cuales realizaría, al menos ninguno de los realmente interesantes. Enrique padecía aerofobia, un absoluto pánico a volar que les impedía ir a ningún sitio

que implicase coger un avión. A veces, incluso, el pobre tenía pesadillas en las cuales empezaba a subirse a uno y... no, nunca se estrellaba porque no le daba tiempo a saber qué sucedería después, una vez dentro, una vez en el aire, dado que se despertaba sobresaltado y angustiado en cuanto ponía el pie en la escalerilla de acceso. En definitiva, que no salían de España o de Portugal porque la oferta turística abarcaba playas de todo tipo, montañas, desiertos, ciudades monumentales o hermosos pueblitos, las rutas de senderismo, el Camino de Santiago... Aunque quisieran, no les daría tiempo en una vida a conocer a fondo la península. Enrique era muy activo, muy andariego, y no hacía pereza para coger el coche y en un par de horas estaban en un destino o en otro para pasar un fin de semana. El no tener hijos ayudaba, pero el mundo era tan grande, tan exótico, tan increíble... Un día, mientras su marido veía la última temporada de *Gran hermano*, ella, con una revista sobre Nepal en la mano, anunció que se marchaba a leer a la cama porque no aguantaba ese concurso un minuto más.

—¿Son acaso más divertidas todas esas empalagosas novelitas rosas que te tragas todos los días?

—¿Y tú qué sabes cómo son si no lees ninguna?

—Bueno, hay cosas que se saben. No hace falta ser adivino ni superdotado. Incluso las fotos de portada son acarameladas, por no hablar de la propia sinopsis, y, para qué seguir, si el propio género lo delata; si no tuvieran un final de «y vivieron felices para siempre», serían otra cosa. ¿O no?

—Buenas noches, cielo —dijo ella despidiéndose de su marido y de la conversación que no les conducía a ninguna parte.

—*Dulces sueños, amor* —respondió él con su habitual sutil ironía.

Era cierto que era adicta a la literatura romántica y como prueba irrefutable estaban las estanterías repletas con este tipo de obras y la última novela a medio leer sobre la mesita del salón. Pero también le interesaban los libros de todo tipo. La lectura en general constituía su mejor alimento interior y consumía libros como si se tratase de una estricta dieta emocional de información, de imágenes, de paisajes, de aventuras. Pero si sus novelas favoritas eran precisamente las

románticas era porque en ellas la mayoría de los personajes y sus costumbres eran tan normales y cercanos que Soledad podía revivir en propia carne sus vicisitudes amorosas. Lo bueno era que casi siempre triunfaba el amor, lo que no es tan normal en la vida real, y aunque Soledad tenía los pies en la tierra, estos romances le servían de acicate: «A lo mejor, algún día, esto también me sucede a mí. ¡Quién sabe!», pensaba, y es que en esas novelas, como en la vida, casi todo sucede por casualidad. Solo había que estar atenta, saber reconocer la oportunidad y no dejarla pasar. De este modo Soledad vivía en una especie de *impasse*, a la espera de que se le presentase esa oportunidad y lanzarse a por todas.

Lo malo de esta actitud era la pasividad. Su vida, como su cuerpo, cedía al paso del tiempo. Como no esperaba que las horas pasasen de largo por ella, debía desafiarlas para que, cuando llegase el momento, estuviese preparada. Tenía motivos para ello. Solo tenía que conectar con la mujer que era antes de entrar a trabajar en el hospital, antes de casarse. Sus recuerdos eran nítidos, pero verse a sí misma veinte, treinta años atrás era como encontrarse con cualquiera de las protagonistas de las novelas rosas: veía en ella misma a otra persona, otra vida. Sus primeras reminiscencias infantiles le traían voces adultas diciéndole lo preciosa que era Solita. Y la preciosa Solita creció escuchando lo guapa que se había puesto esa jovencita. Ya hacía tiempo que había renunciado a cualquier diminutivo, ahora era simplemente Soledad. A medida que cumplía años iba saboreando la sensación que le daba el saber que no pasaba desapercibida. Se sabía hermosa; sin embargo, ni siquiera en su juventud había sabido sacar provecho de su belleza, ni había recorrido gozosa los caminos que se le abrían a través de ella, como hacen muchas de las protagonistas de las novelas que devoraba. Ni fue ascendiendo peldaños en una escalada de amoríos y decepciones hasta que conociese al deslumbrante hombre de su vida. Simplemente un día apareció Enrique en la cafetería de medicina. No era en absoluto deslumbrante, pero le resultó simpático. Ambos estaban solos, aunque él esperaba ver a una amiga suya, llamada Talía, que salía con un estudiante de medicina y de vez en cuando venía aquí a tomar café. «¡Talía! ¡Vaya nombre más raro! Pero me gusta más que el mío. Yo soy

Soledad», le dijo, y él sonrió. A ella le gustó su manera de sonreír. Talía no apreció y, a cambio, ellos empezaron a hablar, luego a salir y, cuando ella sacó el MIR, se casó con él. Punto. Todo le vino rodado. El primer hombre de su vida y se casa con él. Sin más experiencia. Una historia breve y sencilla que se podía resumir en unas pocas líneas. Sin embargo, fue una situación bastante ideal en aquel momento. No se podía quejar: ella médico, él bancario, los dos más o menos atractivos, más o menos activos... Sin duda, había sido afortunada. Siendo así objetivamente, no parecía tener explicación alguna ese temor de paso en falso que daba al casarse, ese presentimiento de que sus días ya no los controlaría ella, que seguiría los caminos que marcara su marido y no precisamente porque él fuera el dominante de la pareja, sino, al contrario, porque él se quedaba más atrás de donde ella quería ir a parar. La bondad de él la neutralizaba. No quería ir sola, ni dejarlo solo, ni hacerle daño. No. Sus recelos pronto se hicieron realidad, y las puertas que ella había abierto se le cerraban, una tras otra, como a golpes de viento. Ni siquiera tuvo hijos, lo que provocó el adelanto de esa etapa en la que se quemaron sus ilusiones de ser madre y se apagó su vida rebosante de expectativas, abriendo paso a otra donde el brillo de Soledad (nombre de abandono) palidecía.

Con un enorme desencanto se veía cumpliendo años que parecían detenidos, pues su vida avanzaba con pereza, con la desgana propia de quien carece de emociones, sin alicientes por los que luchar. Era una existencia sin fuego, era un volcán que se extinguía en una permanente insatisfacción. Hasta que un día se descubrió contando su edad en función de los años de matrimonio y estos como un lapso de tiempo en absoluto detenido, sino desgastado, sintiéndose impotente, derrotada, creyendo que la vida y las expectativas la avocaban a la nada, porque nada parecía importante, salvo existir. Los años que cumplía los determinaba su carné de identidad y cada uno que añadía a su lista era nuevo en número, no en expectativas. «Por ti no pasa el tiempo», le decían sus amigos con una sinceridad que sentía fresca como una caricia y le prestaba una confianza muy necesitada, la seguridad de que aún no era demasiado tarde.

Buceando en sus recuerdos, en su vida anterior a su matrimonio, la doctora Hurtado también se topó con su adolescencia y recordó que tenía algo especial, indefinible, algo que transcendía la belleza física y, al no cultivarlo, temía que hubiera desaparecido. Por ello, los halagos a los que estaba habituada produjeron, como contrapartida, un exceso de preocupación por su imagen. Se había hecho dependiente de su físico, como si buscara que la belleza actuara de contrapeso a su vacío existencial. Lo increíble era que Soledad mimaba su imagen con un espíritu de rebeldía frente a su marido. Cuanto menos se cuidaba él, más se esforzaba ella por llamar la atención. Frente a su atuendo habitualmente informal, ella respondía buscando ropa exclusiva. Si él descuidaba su peinado, ella pedía a su peluquera que se esmerara. Quería Soledad (nombre de aislamiento) crear distancias entre ambos, abrir brechas, hacerle ver que ya no tenían nada en común, que ella era distinta, independiente y que, sin embargo, se había anulado por amor a él; pero esto iba a acabar. Sobre todo quería demostrarle (o demostrarse) que era especial. En el fondo, la imagen que se creaba en desafío a los gustos y maneras de su marido era un reto, no contra él, sino contra sí misma.

Y este culto a su imagen había pasado por ponerse en manos de su *esthéticienne*. Las sesiones semanales de estética eran momentos de calma si el día había amanecido emocionalmente tormentoso, o de charla relajada, amena o jocosa si se había despertado risueña o exultante. El caso es que Amira le resultaba siempre una sonrisa impactante recibéndola en cada cita y respondía a esas variaciones del estado de ánimo de Soledad adaptándose a sus necesidades hasta convertirse en un nombre propio, una personalidad acogedora. De este modo, poco a poco, Amira se fue convirtiendo en algo más que la joven de la cabina de estética.

Tumbada en la camilla, con los ojos cerrados, Soledad la percibía como una voz cálida que le hablaba mientras realizaba los trabajos menos agradables o como unos oídos atentos escuchando cuando ella quería hablar. O como toda ella silencio si lo que su cliente quería era quietud. En cualquiera de sus actitudes, Amira exhibía el nivel óptimo de discreción tan necesario en su oficio. Y si abría los ojos, Soledad

veía los de la joven esteticista, inmensos, enmarcados en un abanico de pestañas negras, largas, pobladas, mirándola fijamente detrás de la gran lupa. Su forma de maquillarse, pensaba, le daba a la joven un toque exótico adecuado a una persona con un nombre tan lleno de connotaciones. Porque Amira, ella sí, podía lucir, como si se tratase de unos pendientes originales, ese nombre propio con resonancias arábigas. No necesitaba apellido en su tarjeta de presentación: «Amira, *Esthéticienne*». Hasta la profesión le era adecuada. Qué distinto de su caso, «Soledad, Otorrinolaringóloga». O, para ser exactos, «Soledad Hurtado, Especialista en otorrinolaringología y patología cervicofacial». Era evidente que ella se había equivocado de profesión. «Soledad, Editora», debería ser, o mejor aún, «Soledad, Escritora». Sin más añadidos ni apelativos. Pero, ni cambiando de profesión, su tarjeta mejoraría sustancialmente su vida. La soledad persistiría.

Nada parecía adecuado en su vida, marcada ya desde el nacimiento con un nombre equivocado. Nunca entendió lo que motivó a sus padres a ponerla un nombre que designaba el desamparo, el aislamiento. Ninguna razón que esgrimieron le resultó convincente. Y aunque era tarde para librarse de ese estigma en su entorno, llegado el momento, hasta eso podía cambiar si le cambiasen las circunstancias. Una nueva vida requeriría un nuevo nombre. No obstante, todo parecía apropiado en el caso de Amira, cuyos nombre, cara, pelo, peinado, sonrisa, ojos y voz se acoplaban en un todo tan armónico como las suaves pinceladas de un cuadro oriental. Por no mencionar sus manos. Soledad percibía esas manos suaves, a menudo frías, acariciando, presionando, masajeando su cutis aterciopelado (como la esteticista lo describía), mientras le aplicaba los nuevos tratamientos que iban surgiendo en el mercado.

Amira daba muestras de una esmerada profesionalidad, además de un gran interés por todo lo que la rodeaba; asimismo, poseía una enorme sensibilidad, que demostraba en el modo de atenderla, sabiendo que ella, como posiblemente sus otras clientas, buscaban en sus manos algo más que una limpieza de cutis, un tratamiento antiarrugas o anticelulítico, un masaje o una depilación. No menos importante era su

intuición, propia de quien entiende de necesidades no expresadas, como si en sus manos de *esthéticienne* residiese la pócima de la belleza y, con ella, la del amor y la felicidad.

La joven se había ganado su cariño y era una presencia que le apetecía encontrar en sus citas vespertinas. Soledad bromeaba a menudo diciéndole que allí, tumbada en el Gabinete de Estética Amira, se sentía cual paciente de psicóloga, si bien en sesiones más relajadas, más divertidas y con efectos físicos visibles e inmediatos. De alguna manera era cierto: esas sesiones periódicas de tratamientos de belleza a que se sometía (pues «sólo con perseverancia funcionan las técnicas aplicadas», le aseguraba la joven *esthéticienne*) se fueron convirtiendo en espacios de confidencias. A Amira le gustaba el modo en que su clienta lanzaba al vuelo sus típicas frases cínicas, desbaratando ciertos convencionalismos, y, sobre todo, su forma de desternillarse aun consigo misma.

—Los masajes faciales resultan más eficaces si relajas la cara —le decía Amira discretamente, para que se callara o dejase de reír.

—Me pide el cuerpo cotorrear, pero lo voy a intentar —explicaba Soledad—. Y hoy tengo el día gracioso. Lo siento.

—No te disculpes. En cinco minutos termino y entonces ya hablas y te ríes cuanto quieras.

Otras veces sus ironías y chascarrillos se producían en momentos menos agradables, como durante la eliminación de puntos negros o cuando se hacía «el labio superior» o «la línea alba», eufemismos que evitaban hablar expresamente de dolorosas extracciones de espinillas y depilaciones en zonas sensibles, en cuyo caso la cháchara le hacía olvidarse un poco de las molestias.

—A mis años y pasando por este dolor. Y, total, para nada. Mi marido ni siquiera lo nota.

—Seguro que sí, aunque no te lo diga. Pero lo importante es que lo notas tú, y por eso vienes.

—Pero para qué. ¡Qué más da!

—El para qué lo piensas luego relajadamente mientras te aplico la mascarilla.

—No necesito pensarlo. Sé por qué vengo. Lo hago por la magia de tus manos de *esthéticienne*, Amira.

La joven adoraba estas salidas inesperadas de su clienta favorita hasta el punto de ir progresivamente entrando en su juego. Hasta que dejó de ser un juego verbal y lo que se contaban eran sus propias realidades indeseadas que contrastaban frecuentemente con las hermosas historias que Amira se inventaba sobre la marcha. La imaginación de Amira era desbordante; además, la joven resultaba una caja de sorpresas. Un día le contó que era una ávida lectora de novelas románticas, lo cual supuso una inyección de empatía con ella, acostumbrada al desinterés generalizado en su entorno privado y de trabajo, donde las estanterías se llenaban de manuales y libros especializados en enfermedades y remedios. En el caso de Amira, esa afición podía explicar su delicada sensibilidad.

—A ti, Soledad, quien te encantaría, es mi hermana Karen.

—¡Karen! ¡Qué peculiar! Lleva el nombre de una etnia de Birmania. He leído sobre ella...

—No sigas, porque no es eso. En su caso es un nombre japonés que significa flor de loto —Soledad sonrió para sus adentros al escuchar esto—. Son cosas de mi madre.

—Y tuyas, por lo que veo.

Lo que veía era que Amira tenía diseminadas por aquí y por allá diversas reproducciones de esas flores en colores rojo y blanco.

—Sí, es un rasgo familiar. Un poco del ADN de mi madre que corre por mis venas. Pero a lo que te iba, comparada con ella, con Karen, yo leo poco, por falta de tiempo, más que nada, y lo hago solo por pasar el rato, por desconectar de todo esto, pero Karen es distinta. Ella ha estudiado filología inglesa y está dando clase de literatura en la Universidad. Lee muchísimo, demasiado en mi opinión, y yo siempre le digo que tiene que relajarse un poco, salir de sus libros, sobre todo porque todos los que caen en sus manos son grandes clásicos. Yo los llamo grandes *tochos*. Serán muy buenos, no lo dudo, y ¡quién soy yo para juzgarlos!, pero creo que mi hermana necesita un poco menos de literatura seria y mucho más de literatura de entretenimiento a secas.

Con sus clásicos ingleses se vuelve súper filosófica. Ella dice que sus poetas encierran la sabiduría de todos los tiempos, que leerlos nos ayuda a ser mejores personas. Le encanta uno en particular que se llama Shelley.

—No lo he leído.

—Ya me imagino. Ni yo, ni nadie que yo conozca. Pero si su maestro Shelley no logró ser feliz con toda su sabiduría y su maravillosa filosofía, ella tampoco. O sea, no del todo. Yo creo que Karen no ha encontrado todavía su camino, pero lo hará. Estoy segura. Antes o después. Es muy fuerte y tiene las ideas muy claras.

—Todas tenemos nuestras cosas. No se salva nadie. Tantas ilusiones desperdiciadas por todas partes... ¡Qué pena!

En otra ocasión la esteticista le reveló que en sus ratos libres también escribía lo que ella denominó «cuentos para mujeres», lo cual avivó en Soledad un genuino interés por leerlos. Siendo Amira extraordinariamente exótica, sensual y risueña, suponía que sería autora de unos relatos extraños, cálidos y divertidos. Pronto pudo comprobar hasta qué punto se equivocaba.

Un día, en ese ínterin de forzosa espera a que la mascarilla facial hiciera su efecto antes de retirarla, Amira extrajo de uno de los cajones una sencilla carpeta granate adornada con pegatinas de flores de loto blanco.

—¡Cómo no, Amira! ¡Flores de loto! El oriente te llama. Acabarás un día viviendo en Japón, ya lo verás. O de importadora de productos de estética japoneses: Shiseido, Kenzo... ¡Con lo que a ti te gustan!

—Calla, Soledad. Ya sabes que con la mascarilla puesta no debes hablar ni gesticular. Pero sí que puedes escuchar. Así que te aclaro lo del loto para que te quedes a gusto. Verás, los tiros no van por donde tú crees. Es algo más profundo. La flor de loto significa pureza espiritual. El loto blanco simboliza la perfección del espíritu y de la mente, una naturaleza inmaculada. El loto rojo revela la inocencia y la naturaleza original del corazón y cualidades como el amor, la pasión y la compasión.

—Vaya, no sabía que...

—¡Chisss!

Soledad no terminó la frase porque, además de hacerla callar, Amira había sacado de esa carpeta, como un mago de su chistera, algunos de sus relatos y se los puso en las manos.

—Toma, son mis cuentos para mujeres. Para que te entretengas cuando tengas un rato. No valen mucho, pero puede que alguno te interese. Tómalos como un privilegio, una recompensa por tu contagiosa risa, que me ayuda a terminar mejor mi larga jornada cuando vienes. Y también por tus palabras amables de cada día. Gracias.

Soledad los aceptó con la misma sensación con que recibiría el abrazo de un amigo y comenzó a leerlos esa misma tarde. Era una veintena de historias. En unas exploraba sensaciones como el dolor, la crueldad, la impotencia, la alegría, las ansias de superación; otros relatos eran nostálgicos y describían momentos intimistas llenos de presencia y de ausencia en proporción inadecuada; otros eran cuentos ardientes que contradecían su manera pausada de vivir cada día. Pero en todos latía el corazón de su joven autora.

Se podría decir que Soledad devoró esos cuentos para mujeres si no fuera porque los degustó frase a frase como quien saborea un manjar irrepetible, exclusivo. Manjar de amores escondidos, de deseos que se palpan, de caricias que se sienten y besos que descolocan. Manjar de viajes exóticos o pequeños viajes que se programan y fracasan. Manjar de aventuras que surgen inesperadas o planeadas, de acontecimientos que se precipitan alocados, abocados a contener un amor imposible, madurado con lentitud en la distancia y del que sólo queda esperar la nada. Relatos de distancias que desaparecen y amantes que se reencuentran de improviso antes volver a separarse definitivamente. En suma, Amira le proporcionó el deleite de historias que se intuyen muy necesarias de ser vividas. Más que ficción parecían biografías. Sospechaba que tras la máscara de los nombres propios se ocultaban las vidas, los proyectos y las ilusiones de sus clientas vertidos sobre la joven escritora desde la camilla del gabinete. Por descontado que, para la siguiente sesión, ya se los había terminado de leer.

—¿Nunca has intentado publicarlos, Amira?

—¿Para qué? ¿Crees que a la gente le interesarían las fantasías de una esteticista?

—Dicho así, quizá no. Lo que debes decir es: «las fantasías de Amira, *esthéticienne*». Yo creo que tus cuentos podrían interesar a muchas personas. A muchas mujeres. Y no solo a las que frecuentamos tu gabinete de estética y fantasías. ¿Qué opinan tus otras clientas?

—Nadie los ha leído, salvo tú.

—¿Y tu hermana?

—Karen los toma como un mero pasatiempo.

—En el fondo lo son. ¿Y qué tiene eso de malo?

—Ya te he dicho que ella se toma la literatura muy en serio. Los considera cuentos para marujas, para amas de casa que no tienen otra cosa con qué entretenerse.

—¡Y qué más da! Como si ellas no tuvieran derecho.

—Me llamaba con tono despectivo Barbara Cartland, que fue una de las escritoras románticas inglesas más famosas y prolíficas.

—La conozco perfectamente.

—Piensa que soy igual de ñoña, excepto que yo no estoy en contra de la infidelidad, el divorcio ni las relaciones prematrimoniales, pero, aparte de eso, Karen dice que solo me falta decorar la cabina de rosa y vestirme de rosa, como ella.

—El color rosa no tiene nada de malo ni Barbara Cartland tampoco. Yo he leído solo tres o cuatro de sus centenares de novelas. Y si tuvieras la suerte de ser como ella, nadarías en la abundancia y no estarías encerrada en esta cabina. Pero te diré que mi marido también se ríe cuando me ve leyendo ese tipo de cosas. Y tu novio, ¿te lee?

—Él no lee. Y menos, «chorradas».

—¿Por qué dices eso?

—Me ha salido sin pensar.

—O sea, que sí que los ha leído, pero tampoco a él le han gustado.

—Leyó algunos, al principio.

—Seguro que opina que pierdes el tiempo escribiendo «chorradas» sobre mujeres que recorren caminos ribereños, o descansan en playas casi desérticas o pasean por ciudades de la mano de un amante que no es él.

—Eso suponiendo que fuera yo la protagonista. Y no lo soy. Pero tienes razón en algo. Él no está para perder el tiempo con esas cursiladas.

—¡Ah! ¿Para qué cursiladas concretamente, las de leer tus relatos o las de pasear de la mano con una amante?

—Veo que me entiendes.

—¡¿Cómo no voy a entenderte?! Si yo..., si yo, Soledad Hurtado, vivo sin amor, sin amante, sin aventuras, sin desenlace, si llevo una vida monótona, de todo menos de cuento. Eso sí, a cambio, tengo la suerte de la imaginación, de la empatía, y puedo revivir las hermosas historias que os inventáis las demás.

—Soledad, ¿qué es para ti una vida de cuento? ¿La de una mujer que conoce a un príncipe azul? Hasta esas mujeres, esas princesas, se aburren, se desilusionan, se desesperan. Son mujeres como tú y como yo. Yo nunca escribiría sobre ellas si no las bajase al mundo real en el que tú y yo habitamos. Tu vida es tan de cuento como la de cualquier otra persona.

Quizá Amira tenía razón. Si su tarjeta de presentación llevara escrito «Soledad Hurtado, Escritora», escribiría como Amira. Cada vez que lo había intentado, desesperadamente, desesperanzadamente, sólo le salían historias de hospital, de batas blancas atravesando pasillos, de médicos oyendo historias de pacientes que no querían morir o desoyendo las de los que, a veces, sí querían morir. Y sin embargo, allí estaba Amira *Esthéticienne*, con veintiséis años y encarcelada en su gabinete, un cubículo de unos ocho metros cuadrados, escuchando las historias repetitivas de mujeres que se niegan a envejecer, que esperan más de la vida o que quieren mejorar su aspecto porque van a tener una cita, un viaje o un acontecimiento especial. Y cuando las mujeres reales y sus historias personales pasaban por sus manos, manos de poeta *esthéticienne*, se transmutaban, idealizándose. En suma, al igual que hacía en la vida real, Amira también maquillaba sus historias.

La joven lo tenía fácil. Por su gabinete pasaban mujeres con ansias de vivir de otra manera, ávidas de contar en la vida de los demás, de rejuvenecer vitalmente, mujeres deseosas de volver a ponerse en sus

manos. Pero ella... ¿qué historias fantásticas podría arrancar una otorrinolaringóloga a sus pacientes con patologías tiroideas, de las amígdalas, con vegetaciones, otitis, sordera, vértigo, ronquidos y apneas obstructivas? ¿Qué le podían contar esos pacientes suyos que no hablaban, no oían! O incluso los demás enfermos del hospital, inmóviles, anestesiados, adormecidos, moribundos, deseando partir para no regresar. ¿Tenía ella, acaso, tiempo de pararse a escuchar historias durante horas, como hacía su *esthéticienne*?

Sus mañanas en el hospital comenzaban en un quirófano, seguido de un paso apresurado por las habitaciones, sin tiempo para la charla, menos aún para la charla animada, hasta finalizar en su consulta. Incluso el café junto a sus colegas formaba parte de ese horario inamovible, de esa rutina que apenas se rompía porque en la cafetería se hablaba de trabajo, de los pacientes, de pequeños proyectos de fin de semana; y de esas conversaciones con sabor a café podían sólo emerger, como mucho, pequeñas anécdotas, nunca grandes vidas. ¿Podía ella, acaso, trabar amistad con los pacientes ocasionales que se ponían en sus manos de cirujana? Y ¿había belleza, poesía, en esas manos de cirujana?

No era eso. Amira gozaba de una aguda sensibilidad para capturar grandes historias en vidas pequeñas y Soledad sentía celos de la imaginación de una jovencita cuya vida paradójicamente no envidiaba. Ninguno de los cuentos que había leído narraba hechos vividos por ninguna de las dos. Si Amira escribiera un cuento sobre sí misma, hablaría de la insípida existencia de una joven con un novio insensible, que trabajaba encerrada ocho horas en su pequeña cabina y que se dedicaba a escribir relatos sobre otras formas de vida a fin de evadirse. ¿Y a quién interesaría eso? Y si hablase sobre la doctora Hurtado, sería la historia de una Soledad como la de tantas otras Soledades, tantas mujeres salidas de abandonos, mujeres olvidadas. Pero sus manos de aprendiz de poeta —como se autodefinía la joven— acariciarían ese nombre tan rico en connotaciones nostálgicas y conferirían una nueva dimensión a una vida desperdiciada. «Soledad camina de la mano» titularía Amira posiblemente ese relato, o «Soledad y el abrazo», abriendo siempre senderos a la esperanza. ¿De verdad que no había una historia de Soledad escondida en esa carpeta del color de la granada?

¡Qué contradictorio! Si supiera hacerlo, Soledad escribiría un cuento de evasión que devanase la historia de una mujer con nombre oriental y manos mágicas que, a base de tacto, transformaban las realidades en ilusiones y las ilusiones en realidades. La historia que narraría, si pudiera escribirla, si supiera escribirla, se titularía «El gabinete de las ilusiones». Podrían ser ilusiones perdidas o ilusiones halladas, posiblemente fueran ambas. O podría llamarse «El tacto de Amira» –o de Salima o de Laila, por cambiar– y sólo ese título, pensaba, sólo ese nombre oriental, conjuraría la soledad evocando seducciones.

Soledad Hurtado, de mediana edad, doctora, especialista en tratamiento de gargantas rotas, enmudecidas, y de oídos dañados, ensordecidos, envidiaba la imaginación de su joven esteticista. Sentía que esa carpeta granate donde se guardaban esos retazos de vidas imaginarias era el cofre de un tesoro y se vislumbraba abriéndolo de par en par y esparciendo por su mesa, como monedas de oro recién encontradas, las fantasías que leía con la misma avidez con la que correría a vivirlas.

Sí. Si pudiera, Soledad viviría cualquiera de las historias atesoradas inútilmente en la carpeta que Amira cerraba con un simple cordón de goma a modo de candado y protegidas por el espíritu del loto blanco. Los relatos allí escondidos encerraban las ilusiones perdidas y ansiadas de Soledad (nombre con mucha nostalgia), ávida de sacarlas todas, lanzarlas al viento, gritarlas, desenmascararlas... Pero ella no se sentía loto blanco, era loto rojo.

Cambiaría su nombre y con ello su vida. Se llamaría Gloria, o Leticia, o Paz, o Luz, o Clara, o Marina o Karen, o sea, Loto, ¿por qué no? Se llamaría cualquier nombre con otras evocaciones y elegiría otra tierra, otro trabajo, otra residencia, otro marido.

Si pudiera, Soledad elegiría otra vida. Mientras tanto...

«Mientras tanto, mientras esperas que te llegue como por arte de magia esa otra vida que tanto anhelas, sé bienvenida, querida amiga, a mi “Gabinete de Estética y Fantasías”», se dijo Amira, rubricando y archivando, junto a los demás, este último relato de Soledad.

4

DOS PALABRAS ENCENDIDAS

Por más entusiasmo que ponía, el ambiente en sus clases de poesía inglesa era glacial, como si nada cálido fluyera por las venas de sus timoratos alumnos, futuros profesores de inglés. ¿No saben amar? ¿No saben odiar? ¿No se indignan por nada? O si lo hacen, ¿por qué no se inmutan? ¿Es que no esperan nada? Después de la apatía con que recibieron los hermosos especímenes de *Amoretti*, esa colección de sonetos italianizantes del gran Edmund Spenser, y de la relativa indiferencia que mostraron hacia los sonetos que el casi divino Shakespeare dedicó a su joven y bello amado, de quien tan solo conocemos las iniciales Mr W.H., esta vez Karen quería hacer revivir (más bien, resucitar) a ese mocerío que tenía a su cargo. Esa mañana el letargo de la clase le pesaba más que de costumbre. «Están amodorrados», pensó, como si la poesía no fuera con ellos, mucho menos, la del Renacimiento isabelino. Al mirarlos, recordó de pronto

los versos de Andrew Marvell en «A su amante recatada»: «Ante nosotros yacen por todas partes desiertos de vasta eternidad». Y se le avivó el ánimo, que por entonces atravesaba por un momento crítico. Decidió saltarse el guion establecido. Quizá surtiera efecto un cambio de autor y de tema. Comprobaría su reacción ante algo más sugerente que las elocuentes alabanzas de un amado.

—«Si tuviéramos bastante mundo y tiempo... Sentados pensaríamos hacia dónde marcharnos». Andrew Marvell. «*To his Coy Mistress*» —les dijo.

Ellos sonrieron y murmuraron, quizá compadeciéndola, porque, después de todo, ¿a qué venía eso? Tenía la sensación de que esas sonrisas suyas significaban lo que pensaban de ella, es decir, que a la pobre se le iba la olla con tanta poesía. Y es que, a menudo, esa incomprendida profesora, quizá ella misma poeta frustrada, empleaba de pronto citas que parecían no venir a cuento, como si estuviera en otro mundo y de pronto aterrizara sin previo aviso.

—Está bien. Es evidente que Shakespeare no os motiva. Probemos a leer «A su amante recatada». Buscadlo en Internet y mañana me contáis qué os dice Marvell. Me lo traéis por escrito, y tomadlo en serio porque cuenta para el examen final.

Se oyeron protestas por tener que hacer algo que no estaba estipulado de antemano. Este giro fue un repente, pero no una casualidad. No pecaba de ingenua. Sabía que no era muy factible que un poeta inglés del siglo XVII de los llamados metafísicos, para complicar más las cosas, les llegara directamente. Iba a ser un experimento. Pretendía que el poema fuera un revulsivo. Ellos veían la poesía en inglés como un enigma tan difícil de desentrañar como un jeroglífico, entre otras razones porque su nivel cultural era inadecuado, y no solo en lo relativo a la lengua y la literatura. Los poemas no surgen aisladamente. Independientemente de la originalidad y novedad del autor, todos, por así decirlo, son productos y frutos de una tradición determinada y de un contexto histórico que no se pueden pasar por alto. No obstante, Karen cargaba sobre sus hombros la responsabilidad de superar ese escollo a costa de traducir los poemas, de explicarlos, de desmenuzarlos hasta desvestirlos del lirismo con que habían sido concebidos. Pero, al menos,

acababan comprendiendo su significado, que es como decir su filosofía, su sabiduría ancestral, la de todos los tiempos, olvidada u obviada, pero no muerta, y para lo cual tienen que venir ellos, los poetas, a recordarnos quiénes somos, para qué estamos aquí, qué nos preocupa, cómo enfrentarnos al aquí y al ahora, como mejorar nuestras actitudes y, sobre todo, cómo ser más felices. Sí, sacrificaba la elegancia y especificidad del género poético, eso que hace único e irrepetible a cada poema, con tal de llegar al fondo, pues tenía muy claro que, en el caso de la traducción de poesía, era más fácil serle fiel al contenido que a la forma, esa amante hermosísima, musical, poderosa, que, cuando se cae en sus brazos, nos hechiza con su dulzura.

No tenía constancia de que alguno de sus alumnos hubiera sucumbido alguna vez a esa magia irresistible de la forma poética. La prueba del nueve literario era los exámenes que cada año corregía con mayor desánimo. Todo era un desatino. Sus chicos no se interesaban por otra cosa que no fuera aprobar la asignatura como mejor podían y se limitaban a memorizar los comentarios que ella hacía, alguno de ellos *verbatim*, o sea, palabra a palabra, como si le entregara para corregir una fotocopia de sus apuntes o un registro de sus propias palabras. Pero en lo tocante a la pregunta personal del tipo «relaciónalo con otro poema o libro que hayas leído o una vivencia personal tuya», ahí se perdían. Era evidente que no entendían lo que escribían y, sobre todo, que no leían otra cosa que lo obligatorio de la asignatura de cada año.

Karen no se hacía ilusiones ni se engañaba. Sabía que el problema no estaba solo en la lengua inglesa, dado que ellos estaban allí para ser profesores de inglés, sino en que ninguno leía poesía. Por eso ella, conociendo sus limitaciones, elegía cuidadosamente los poemas por su mensaje, especialmente aquel que podía venir más al caso a sus estudiantes veinteañeros. ¡Y los poetas tienen tanto que contarnos, tanto que enseñarnos! Eso es, siempre y cuando se los sepa entender, lo que significa saber descifrar el código que nos permita leerlos entre líneas.

La edad media de sus alumnos de cuarto curso de literatura era 22. Hermosa edad, y más teniendo en cuenta que, junto con el 11 y el 33 (su edad, precisamente), forma la triada de los números maestros, algo

que a esos muchachos les resultaba totalmente desconocido; es más, de saber qué son los números maestros, les parecería fantasías de unos cuantos locos *esotéricos* (esto es, suponiendo que conozcan el significado de dicha palabra, algo que sería fácil de comprobar con solo pedirles que la definieran). La madre de Karen, por cierto, era bastante esotérica, tanto en el sentido primario de la palabra, o sea, que lo que contaba y creía era impenetrable para la mente, como en el secundario, quien transmite una doctrina oralmente a un corto número de iniciados, en este caso sus dos únicas discípulas, sus hijas Karen y Amira.

Como era de esperar, no se iba a producir el prodigio de la iluminación que transformase las mentes veinteañeras de la noche a la mañana, así que no hubo sorpresas. La retórica de Marvell encerraba el misterio de un oráculo delfico y debía de tener el mismo encanto que la composición alimenticia de unas galletas para perros y, seguramente, idéntico poder nutritivo para el inapetente espíritu de esos jóvenes acostumbrados al minimalismo del lenguaje que manejaban habitualmente. Tras una primera toma de contacto parafraseando el poema, tocaba profundizar.

—Ahora decidme cuál es el mensaje, a dónde quiere llegar el autor.

—Quiere convencer a la recatada amante de que se acueste con él —aventuró uno.

—¿Con qué argumento?

—Que hay que ir al grano, que no tenemos todo el tiempo del mundo para esperar el lugar, el momento y el modo más adecuado. Que cuanto antes mejor.

—Un modo prosaico de decirlo, pero muy bien. «Mejor es que devoremos nuestro tiempo / que languidecer entre sus fauces». *Carpe diem*.

La contundencia de esas dos palabras parecía poner punto final a la cuestión, y para sacar a sus alumnos del embotamiento, Karen se giró hacia el encerado y escribió: «Mañana todos estaréis muertos, sin embargo, hoy no estáis vivos».

—No son frases de un poema. Son mías. Es lo que pienso. ¿Cómo se llama esa figura poética?

Esta vez sí que se oyeron los murmullos que delataban que pensaban que «esta tía está chiflada».

–Paradoja.

–Perfecto. Muertos. Todos. Y no es una amenaza. Es un hecho. Metafóricamente expresado, por supuesto. Porque el mañana es abstracto y hay muchas formas de no estar vivos. Y esa es la paradoja. ¿Cómo se puede morir si antes no se está vivo? –Silencio en el aula–. ¿Por qué pensáis que estáis vivos? ¿Porque respiráis? –Murmillos–. Sí, esa es la forma más frecuente de vivir. Respirando. Pero hay otras formas.

Cambio de tercio. Buscó en google «*We live in deeds, not years; in thoughts, not breaths*», de James Bailey, y en la pantalla se desplegó ese poema que decía básicamente que vivimos en los hechos, no en los años; en los pensamientos, no en las respiraciones; en los sentimientos, no en las cifras de un dial; y, por lo tanto, vive más quién más piensa, quien posee sentimientos más nobles y actúa mejor.

–Es a esto a lo que me refiero: a que tenéis que vivir intensamente, pero noblemente. Y poetas como Andrew Marvell o Robert Herrick nos animan a aprovechar al máximo el tiempo, a coger las rosas mientras nos sea posible, porque la flor que hoy admiramos, mañana se habrá marchitado. Esta manida metáfora del Renacimiento sigue siendo válida hoy en día. En su aspecto más básico, estas flores tienen una connotación sensual, pero podemos ir más lejos y considerarlas como nuestros sueños, nuestros anhelos, nuestros ideales de justicia, de igualdad, de ética. Si supiéramos que vamos a morir mañana, ¿qué rosa cogeríais? O, dicho de otro modo, ¿qué haríais hoy mismo, ahora mismo? ¿Qué os arrepentiríais de no haber hecho? –Silencio–. A ver, escribidlo en un trozo de papel y me lo entregáis de forma anónima.

Karen tenía la crítica edad de 33 años, la misma a la que supuestamente murió Jesús, le decía su esotérica madre, decoradora de profesión, amante en su vida privada de los símbolos y del ocultismo, experta en numerología y masonería. Tenía la casa decorada con objetos altamente alusivos, como flores de loto (‘Karen’, en japonés, de donde se deduce que el nombre que puso a su hija no fue una casualidad) y

todo lo que representa números, triángulos, círculos... Según ella, el número 33 es el número maestro cuya verdadera esencia constituye la última etapa en la evolución espiritual, es decir, el maestro de maestros, y, por lo tanto, nos acerca al equilibrio de las cualidades espirituales, equilibrio que Karen estaba lejos de poseer.

—Nena —a Karen siempre la llamaba así, a pesar de ser su hija mayor—, estás en el momento mejor de tu vida, la edad que te confiere la capacidad de atraer hacia ti vibraciones cósmicas que inspiran a otras personas. Lo quieras o no, como profesora eres líder espiritual de tus alumnos y vas a influir en ellos sólo por estar cerca de ellos. Así que no te desanimes. Guíalos en pos de sus sueños e ideales, pero ten siempre presente que existe un límite para el sacrificio por las personas que te siguen y te rodean. No te entregues a ellos, a tu trabajo, hasta el punto de olvidarte de ti misma.

Mientras reflexionaba sobre estas palabras de su madre, Karen iba recogiendo los trozos de papel doblados en los que los muchachos habían realizado su tarea y, una vez entregados todos, comenzó a leerlos en voz alta:

—«No he ido a Venecia. Pero veo difícil hacerlo hoy mismo» —decía el primero—. «Me gustaría tocar la batería. Imposible solucionarlo incluso a largo plazo. A cambio, ahora me conformaría con estar con mis amigos escuchando música y tomando unas birras» —decía el segundo. «Les diría a mi familia y algunos amigos que los quiero» —decía el tercero.

—Esto lo ha escrito una chica —dijo Alberto, el alumno habitualmente más osado y menos perspicaz.

—Tonterías. Sigamos: «Yo soy virgen, aunque no recatada, por lo tanto, no es culpa mía. ¿Cómo lo soluciono hoy mismo, ahora mismo? *That is the question*, que dijo Hamlet».

Se oyeron murmullos.

—Me ofrezco voluntario a resolver ese asunto antes de que muera, sea quien sea. Por compañerismo, claro —dijo Alberto, provocando risas y recibiendo palmadas de sus compañeros más cercanos.

Karen hizo caso omiso del comentario y continuó leyendo: —«Me gustaría ser juez por un día y meter entre rejas a toda esa pandilla de

corruptos que nos gobierna. Y que se paguen ellos sus gastos en la cárcel. Pero como no tengo varita mágica, sería feliz lanzando huevos a algunos de nuestros políticos más cercanos. Es solo un deseo». – Aplausos–. «No me he declarado a Yolanda» –decía otro papel, lo que provocó murmullos y algunas miradas se posaron en Yolanda–. «Me gustaría participar como voluntaria en una ONG en África». «Como algo inmediato, me gustaría acostarme con Orlando Bloom. ¿Es mucho pedir?». «Si fuera a morir mañana y tuviera una metralleta, como tantos americanos, acabaría con unos cuantos políticos corruptos». –El murmullo revivió con agitación. La clase se sumaba a la propuesta.

–Bueno, chicos. Creo que con esto es suficiente. Aparte de lo que está fuera de nuestro alcance, la cuestión es qué os impide cumplir ciertos deseos «mientras vuestra dispuesta alma transpira instantáneas llamas por todos los poros», parafraseando a Marvell.

De pronto, posiblemente porque se acababan de poner de acuerdo, varios alumnos sacaron sus teléfonos móviles y comenzaron a escribir sobre sus pantallas. Sonó un pitido de entrada de un SMS o *WhatsApp* y Karen esbozó una sonrisa. Alguien se ha declarado a Yolanda, pensó. En ese momento Javier se levantó y dijo:

–Lo siento, pero tengo que marcharme a la Plaza de Santa Cruz para invadir el Rectorado con todos los que se sumen. Acabo de poner en marcha las redes sociales para protestar contra la injusta y desorbitada subida de las tasas y las matrículas universitarias, aunque antes tenemos que hacer acopio de armas. Ahora o nunca. *Carpe diem*, chicos.

–*Carpe diem* –respondieron a coro muchos de sus compañeros y comenzaron a ponerse en pie, con gran ruido de sillas y mesas que se desplazaban a la vez.

–¿Armas? –dijo Karen alarmada–. ¿Qué tipo de armas? No hablas en serio, ¿verdad?

–Totalmente. No necesariamente subfusiles. Hay muchas formas de armarse. Hasta ahora yo estaba armado de paciencia. Ahora me acabo de armar de valor. Y espero que armemos la marimorena. –Karen se tranquilizó, pero por poco tiempo–. ¡Ah! También he propuesto

armarnos de huevos, tomates y similares. Gracias, Karen, y a quien ha sugerido lo de lanzar huevos.

—¿Gracias? ¡No, chicos! ¿Qué hacéis? Yo no me refería a eso. ¡Parad! —Pero ya eran imparables.

Comenzaron a mover más ruidosamente las mesas y sillas para llamar la atención de las clases colindantes y las puertas de todas las aulas se fueron abriendo para ver qué sucedía y los pasillos se llenaron de estudiantes que se sumaban a la consigna «Ahora o nunca. Todos al Palacio de Santa Cruz». Karen se asustó. Sus palabras habían surtido un efecto no deseado. Solo pretendía que revivieran en clase, no que armasen la de san Quintín. Se asomó por la ventana y observó, atónita, cómo la incipiente marea universitaria se iba convirtiendo en un maremoto que arrasaría el Rectorado. ¿Y ahora qué? El miedo la invadió. ¿Qué va a ser de ella? ¿Le abrirán un expediente? ¿Pero en qué estaba pensando? Estando en ese estado de estupor, entraron dos colegas.

—¿Qué ha sucedido? Dicen que esto ha empezado en tu clase. ¿Qué les has dicho?

Karen titubeó: —Yo solo estaba comentando un poema inglés sobre *carpe diem*. Solo eso.

—Pues has encendido la mecha de una dinamita que ha explotado. Eres genial, Karen. Lo que no han conseguido los mítines estudiantiles, lo han conseguido tus poesías. ¿Qué dicen?

—Solo hablan de amor —dijo Karen, todavía estupefacta—. De sentimientos, con frases como: «Si parar no podemos nuestro sol, al menos obliguémoslo a correr». Es una invitación a gozar intensamente de la sexualidad, pero todo el argumento es metafórico y no sé qué han entendido, porque juega mucho con los dobles sentidos.

—Así que les has dado poemas incendiarios que les han incitado a actuar —respondió su colega.

—Yo, o sea, el poema, solo les ha incitado a ser ellos mismos, a no reprimir sus sentimientos.

—¿Te parece poco? Ya era hora de que algo o alguien los moviera de verdad.

—Las palabras no son dinamita —respondió Karen, pero comenzó a dudar viendo por la ventana la marabunta de estudiantes vociferantes armados con la fuerza de dos palabras que ni siquiera estaba segura de que supieran interpretar: *carpe diem*. Se volvió a sus colegas y dijo—: Me voy con ellos. Ya no me puedo quedar atrás. Diré como Quevedo: «A los suspiros di la voz del canto, / la confusión inunda l'alma mía: / mi corazón es reino del espanto».

5

LA MEDIDA DE LA TRAGEDIA

¿A quién podría interesar la *Operación Bucarest* habiendo final de fútbol esa tarde?, parecían decir, por omisión, todos los medios de comunicación las horas previas al encuentro. Y resultó ser cierto. Millones de telespectadores vieron en directo el reñido partido entre el Real Madrid y el Manchester United y, por consiguiente, el desplome de una amplia sección de las gradas del abarrotado estadio cuando, al finalizar, una parte de la afición de ambos equipos se agolpó, sin amistosa intención, en uno de sus lados. Y podría pensarse que este accidente fue providencial para el gobierno, algunos de cuyos altos cargos afincados en la Costa del Sol estaban siendo investigados por su relación con la mafia rumana en nuestro país. La recalificación ilegal del suelo en los entornos de la capital rumana seguía punto por punto las pautas que dictaban ciertos peces gordos valencianos que se habían ya enriquecido con la recalificación del suelo costero español y la consecuente escalada de costosas edificaciones ilícitas. Ahora tocaba blanquear el dinero y resultaba muy fácil hacerlo en ciertos países en vías de pleno desarrollo. La *Operación Bucarest*, como se la conocía, se esfumó de golpe cuando la opinión pública comenzó a ser bombardeada con noticias que intentaban mostrar en directo y sopesar la magnitud de la tragedia del estadio.

Fue la crónica de un desastre anunciado. La avalancha de miles de aficionados británicos, que se habían pasado el día en los alrededores del estadio consumiendo cerveza y observados muy de cerca por centenares de hinchas del equipo local, había sido la imagen del día, unido al anuncio de la movilización de docenas de miembros de las fuerzas del orden público ante la previsión (que sonaba a certeza) de desorden tras finalizar el partido. Desde el primer momento, los responsables de la comunicación, siempre al pie de la noticia allá donde se produzca, pusieron todos sus dispositivos en marcha para ir cubriendo, en todas las franjas horarias, los detalles de un suceso que mantenía a la gente pegada a las pantallas de los televisores y otros medios audiovisuales cuando las diferentes sintonías anunciaban el comienzo del noticiario.

Para Pablo Martínez, profesor de matemáticas, las noticias que le llegaban se reducían a meras cifras que cuantificaban el número de muertos, heridos y afectados psicológicamente por el desastre. Un *espectáculo dantesco*, decían todos los informativos, sin atreverse a buscar otra palabra menos manida que describiera la procesión de camillas corriendo en un desorden controlado por los implicados en el rescate y salvamento, el revoltijo de hierros colgantes, las butacas esparcidas por el suelo, los destrozos en los muros, el descanso inmerecido de los numerosos muertos y heridos tumbados desordenadamente, cubiertos de sangre, de polvo, de escombros, a la espera de que alguien se ocupase de llevarlos al lugar de retiro donde los equipos de emergencia o sus familiares se harían cargo de cuidarlos y llorarlos. Con el transcurrir de las horas, la información puntual se centraba en el cambio producido en el baremo de víctimas que pasaban a engrosar el listado de heridos al de muertos o el de hospitalizados al de dados de alta.

La prensa más sensacionalista, las cadenas de televisión más oportunistas, agotadas las morbosas imágenes de los primeros instantes del accidente y del llanto y dolor de supervivientes y allegados, buscaban subir sus cifras de audiencia deleitándose en ofrecer las declaraciones oficiales y oficiosas de los políticos de uno y otro lado, bien a título personal o en nombre del partido que representaban, y que,

con sus explicaciones, no lograban sino confundir a unos telespectadores y lectores que veían en sus posturas, no sólo contradicciones, sino una enmascarada falta de acuerdo y voluntad a la hora de buscar responsabilidades y presentar soluciones a corto, medio y largo plazo. Esto le sacaba de quicio a Pablo, que lo sufría desazonado mientras trataba de despejarse un poco junto a su esposa Diana en la cafetería del hospital, a la espera de un nuevo informe sobre la evolución de su hijo Adrián, en estado de coma a causa del derrumbe.

—He aquí, querida —le dijo—, la prueba irrefutable de los mecanismos del denominado cuarto poder: falta de objetividad, nula sensibilidad y la impunidad más absoluta de unos medios que ofrecen las noticias que satisfagan al mejor postor.

Y esto se había convertido para él, de primera mano, en la cara oculta de la catástrofe, pues, si algo conseguía, era desalentar, inquietar, enfrentar y alarmar a propios y extraños, simpatizantes y opositores.

A raíz de este suceso, Pablo no hojeaba los periódicos como solía hacer: los devoraba, atragantándose en el intento de deglutir lo que le era absolutamente imposible de masticar, y vomitaba su rabia hasta el borde de las lágrimas. Las supuestas noticias en la televisión o en la radio penetraban en sus tímpanos como cuchillos de mentiras. A pesar de lo que dejaban entrever, era evidente que no todos los afectados españoles, entre los que se encontraba su hijo, pertenecían a la violenta Ultra Sur ni eran simpatizantes. Y, por otro lado, ¿eran acaso *hooligans* todas las víctimas inglesas?

—Siempre igual. El caso es estar ahí, en primer plano. Sobre cada desastre de elevada mortandad y sangría planea un ejército de cuervos dispuestos a darse un festín mientras estén aún frescos los restos de los numerosos cadáveres —dijo en voz alta, mientras escuchaba, junto a los demás clientes, las últimas observaciones del reportero televisivo de turno encargado de cubrir la evolución del suceso.

—Calla, por favor, te están oyendo —respondió Diana en voz muy baja.

—¿Y qué si me oyen? ¿Es acaso mentira? —Y volviéndose hacia las dos personas que estaban sentadas en la mesa de al lado, añadió—: ¿Es mentira lo que estoy diciendo?

Estas personas, que seguramente habían escuchado sus palabras anteriores, debieron de tomarlo por loco, porque bajaron la cabeza para evitar tanto su mirada como darle una respuesta adecuada. Diana sintió bochorno y se quedó también cabizbaja.

—¡Qué apuro! ¡Cállate, Pablo! —dijo en casi un susurro.

—¿Pero es que no te das cuenta? Y lo peor de todo: acechando cada hecatombe están las manadas de hienas y demás carroñeros dispuestos a quedarse con los despojos que los cuervos van dejando atrás. O a disputárselos entre sí, y la carnicería se extiende roja e imparable.

—Calla, Pablo, por favor, calla, te digo. Con esas cosas te pones en ridículo.

—¿Yo? ¿No son ellos los que se ponen en ridículo? ¿Por qué no puedo decir lo que pienso? Después de todo tengo un hijo cuya vida pende de un hilo y ninguno de esos a quienes tanto les gusta hablar y aparecer por televisión está haciendo nada por él.

—¿Y qué pueden hacer los reporteros o los políticos? Nuestro hijo está siendo atendido como corresponde y por quien corresponde, el servicio médico de este hospital. Y *los otros* no están diciendo nada de él. Están respetando nuestro dolor, a pesar de que es precisamente eso lo que la gente quiere ver y escuchar. Calla y mira a tu alrededor —le pidió Diana anhelante señalándole con una mirada espía a los allí presentes, silenciosos cual estatuas ante el televisor.

—No me callo. Ya es hora de que alguien hable y diga la verdad. Vemos y escuchamos *sólo* lo que los magnates de los medios quieren que veamos y escuchemos. Mandan sobre nosotros. Dirigen nuestros pensamientos, nuestras opiniones. Nos han hipnotizado. Míralos a todos.

Efectivamente, los allí presentes parecían ausentes: nadie aparentaba oírle, a pesar de su elevado tono.

—No a ti, por lo que veo —respondió Diana, cada vez más abrumada—. Tú eres la única persona no hipnotizada. Lo que no

entiendo es por qué, si piensas eso, te martirizas y pierdes el tiempo leyendo tantos periódicos que sólo hablan de lo mismo.

—Hablan de lo mismo, sobre lo mismo, pero no lo cuentan igual. Si los leyeras te darías cuenta de que hasta lo que parecen hechos objetivos resultan diferentes según la firma que lleven. Imagínate lo que supone el análisis subjetivo de esos datos en bocas y manos de personas de ideologías opuestas. —Pablo había perdido la calma, raro en él, pero no la compostura, y en vez de dar puñetazos a la mesa, por ejemplo, pagó su ira con el aire, al que volteó varias veces con las manos antes de añadir—: Les dan una página para rellenar y escriben lo que les sale de los *co...*

—¡Pablo, por Dios!

—¡Es cierto! ¡Maldita sea! Le hacen a uno hablar mal. No saben leer ni escribir, ni tampoco hablar; si no, escúchalos con atención.

—Venga, tranquilízate. Yo te entiendo, pero esto no lo puedes decir así, ni aquí, ni ahora.

Como si no la hubiese oído, él añadió esta vez más para sí que para el público de alrededor:

—Y lo peor todavía es que no saben pensar. He ahí la raíz de todo. ¡Qué trabajo tan desperdiciado!

No era una casualidad que pronunciase esa última frase en estos momentos de dolor y rabia. «¡Qué trabajo tan desperdiciado!» se había convertido en una de sus frases insignia, la bandera de su posición ante el estado actual de la educación. La repetía hasta la saciedad en familia, en el instituto donde trabajaba, allá donde surgiese. Su familia entendía sin ambigüedad alguna que el referido desperdicio era su labor como profesor de matemáticas, tirado por tierra. «Enseñar matemáticas —decía— no es enseñar a sumar y demás operaciones. Eso lo hacen mejor y más rápido las calculadoras. Se trata de que desarrollen su capacidad de pensar, de razonar, de argumentar, de extraer conclusiones, de comunicar...». Ahora Pablo necesitaba más que nunca encontrar credibilidad e imparcialidad en los medios de información, los cuales se afanaban en recopilar datos con los que ir detallando puntualmente las dimensiones reales de una tragedia de la que Diana y Pablo habían

pasado a ser víctimas indirectas. Integraban el colectivo que los medios calificaban con punzante imprecisión como “daños colaterales” o “familiares de los afectados”. En tanto progenitores de una de las víctimas, ambos se sentían afectados y víctimas muy directas de ese grupo para el que el noticiario pretendidamente imparcial carecía de cifras de valoración. Porque no había forma de medir el peso y la extensión del dolor de un grupo de personas cuyo número aumentaba alarmantemente cada hora a medida que se iban conociendo los nombres de los damnificados que abarrotaban las salas de espera de hospitales y tanatorios, conjugando gritos, llanto y silencio, incompreensión y espanto. Porque, para Pablo, la verdadera tragedia no se contabiliza, ni se ve, ni se toca, ni se lava, ni se desinfecta, ni se cose ni se venda. Va por dentro y deja una herida enquistada tan profunda que no hay bisturí que la alcance ni cirujano que logre extirparla.

Pablo estaba harto de las repetitivas imágenes, palabras y cifras que en nada ayudaban a comprender mejor el porqué de la catástrofe que había golpeado a su familia. No fue sólo el horror de las pantallas, de los titulares, de las fotografías que mostraban el lado morboso de la tragedia. Bastante horror veía mientras deambulaba por los pasillos del hospital. Bastaba con mirar las heridas sangrantes e internas del cuerpo inmóvil de su hijo Adrián. Era la frialdad con que se precisaban los datos lo que le había irritado. Los periodistas o políticos podían sumar o restar, o podían alzar la voz, o modular su timbre o su tono hacia el abatimiento o el horror o podían poner cara de circunstancia. Pero no le convencían. Además, le habría gustado verlos conmoverse, como lo hicieron los bomberos y enfermeras, o llorar, como lloraron algunos testigos y voluntarios de la Cruz Roja.

En ese momento, Pablo sintió que había tocado fondo y tomó la decisión irrevocable de desconectarse de la máquina parlante. Se levantó, cogió una silla, la situó debajo de la televisión, se subió a ella y apretó el botón que la apagaba. La negrura de la pantalla provocó un estallido de protestas y miradas de desconcierto.

—¡Pero qué hace este tío! —protestó uno. Otro preguntó—: ¿Se ha vuelto loco?

—¡No aguanto más! —dijo Diana—. ¿Te parece poco con lo que tenemos?

—¡Despertad! —gritó Pablo, sobre la silla, como si estuviera dando una arenga—: ¡Despertad, borregos, y observaos! Estáis todos hipnotizados.

Como no podía ser de otro modo, su voz cayó en oídos sordos, rostros estupefactos y mentes airadas.

6

EL SILENCIO DE LAS PIEDRAS

*A Francesco,
Musa, para sorpresa mía*

El momento no podría ser más relajante. Sentada junto a su marido en una mesa iluminada con la tenue luz de una vela en una de las terrazas que se extienden en hilera ininterrumpida a lo largo y ancho de la calle Apostolou Pavlou, en Atenas, Diana llevaba cerca de un cuarto de hora en silencio. Andaba dándole vueltas a lo mismo: segunda luna de miel, bodas de plata, veinticinco años de casada, veinticinco años de hastío... ¡No!, estaba siendo injusta, muy injusta, pues los primeros diez años habían estado repletos..., bien, quizá no de felicidad, pero sí de momentos agradables y fructíferos, incluso frenéticos, dado que en esa década nacieron sus dos hijos, aprobó las oposiciones y fue capaz de realizar su tesis doctoral sobre la influencia de la comedia nueva ateniense de Menandro, Dífilo y Filemón en la comedia latina de Plauto. «¡Nada menos!», le dijo en su día Pablo, su marido, cuando le comentó el tema. Traducida, esa sarcástica exclamación significaba exactamente: «¿Y quién demonios conoce, aparte de ti, a esos cuatro? ¿Y hay alguien que los lea hoy en día? ¿Y se siguen representando sus obras? Y si no, ¿para qué sirve esa tesis?». Como no se lo formuló de esta forma, es decir, a modo de preguntas, Pablo no obtuvo respuestas, ni siquiera a la última, cuya réplica elemental hubiera sido: «mi tesis me servirá *a mí* para ser doctora». El pensamiento metódico de su

marido a veces la dejaba perpleja. A fin de equilibrar la balanza en el modo de discernir de ambos, un matemático y una doctora en filología clásica, sería necesario añadirle a su marido una pizca de inteligencia emocional para contrarrestar el efecto demoledor de la lógica aplastante de sus habituales afirmaciones y de su sutil ironía.

Los primeros años no fueron fáciles para Diana, pero tenía un horario tan repleto de actividades que no tenía ni tiempo para pensar en la felicidad; tampoco para cuestionarla, porque ¿qué madre no es feliz con sus hijos y una profesión que le satisface? Aunque tenía todas sus horas completas y mucha autodisciplina para poder estar a la altura de lo que se esperaba de ella, sentía tranquilidad, dado que su mayor preocupación era hacer felices a los tres hombres de la casa y lo había conseguido, si bien a cambio de renunciar a satisfacerse a sí misma.

Pablo, su paciente y cabal marido, no estaba de acuerdo con este modo de ver las cosas y su razonamiento práctico parecía irrefutable de puro realista: pudiendo simplemente oponer para ser profesora de instituto, nadie le mandaba a Diana *entretenerse* (forma eufemística de «perder el tiempo») haciendo una tesis interminable sobre un tema inútil, o sea, que si lo hacía, era porque le daba la real gana. «Para ser exactos, Pablo, la hago *motu proprio*», matizó ella con uno de sus consabidos latinajos como zanjando la cuestión, la cual siguió abierta hasta que Pablo formuló la conclusión: «¿Y hacer algo a tu libre albedrío no te da satisfacción suficiente?». Pregunta retorcida donde las haya, sí señor, y para la cual cabían ambas respuestas, sí y no, según se mirase, pues, aun siendo una opción personal y aunque a ella le gustaba lo que hacía, qué sabía Pablo para hablar así. Solo quien ha realizado una tesis, de cualquier tipo, de cualquier área de conocimiento, comprende el desgaste físico e intelectual que supone sacarla adelante y reconoce que detrás de ese tremendo esfuerzo hay mucha menos devoción que obligación. Si hay que dedicarle como mínimo cinco años de nuestra vida, de nuestra juventud, ¿quién hace realmente una tesis por placer? Diana no conocía a nadie que la hubiera hecho por puro amor al arte, por así decirlo. Por placer se viaja, por ejemplo. Pero una tesis... Siempre hay un fin que justifica ese medio, y el que perseguía Diana con esa «inacabable investigación» sobre teatro clásico griego y

latino fue una manera inteligente de buscarse una salida laboral ante unos estudios tan en franca decadencia como las culturas a las que hacía referencia.

Tal y como se estaban poniendo las cosas, con la enseñanza del latín y el griego reducida a su mínima expresión en los centros de educación secundaria, e incluso en la universidad, ¿qué quedará de los estudios clásicos en la siguiente generación? Los departamentos, los profesores y los libros serán la nueva Acrópolis de las humanidades: un decrepito monumento a lo que en otros tiempos fue esta próspera y brillante área artística y de pensamiento. Ese presentimiento nunca se lo contó a Pablo, por supuesto; ella se conformaba con poner su granito de arena para preservar del olvido aquella maravillosa cultura aún no extinta.

Y su tenacidad dio fruto, a cambio de renunciar a cosas menores, como sus pequeños pinitos en el teatro, o de gran calado, como las personas que habían sido importantes antes de su matrimonio. Sus padres, sus hermanos, sus amigos, sus anteriores relaciones habían ido desapareciendo en un progresivo *exeunt* de las sucesivas escenas que componían la insípida comedia de su vida social. Y cuando ya parecía que los había borrado del mapa, por falta de tiempo y dedicación, ni Pablo ni los niños fueron suficientes para hacer que la acción avanzase en ese escenario despoblado y desprovisto de todo *attrezzo* interesante. Había llegado el momento de crearse una nueva obra alternando algunos viejos personajes con otros nuevos y añadiendo acción donde solo había, como mucho, diálogo.

«Teatrería, que eres una teatrería», solía decirle Piedad, su madre, también amante de las tablas, cuando su histriónica hija se expresaba con semejantes términos; y se lo decía con orgullo, pues Piedad sí que la entendía, y cómo no, si había sido precisamente ella quien la había aupado al carro de la farándula. Pero no solo eso. Su influencia se dejaba sentir por todos los lados. Cuando Diana era pequeña, su madre la hizo caer primero en los amorosos brazos del latín a través de los cánticos eclesiásticos, ya fueran cantos gregorianos u otros más agradables para la niña, dado que Piedad, que poseía una hermosa voz de mezzosoprano, pertenecía al coro de la iglesia, actuando a menudo

de solista, y la niña se los aprendía de memoria a fuerza de escucharla practicando en casa. A Diana le gustaba en especial el *Ave María* de Gounod, y su madre se la cantaba a menudo antes de dormir. Diana, que no tenía voz para esta pieza, intentaba acompañarla de todos modos, como hacía con todas las demás. «Niña, que no cantas como tu madre», le dijo un día su padre con palmaditas de condolencia en el hombro al escucharlas a ambas, lo cual no hizo desistir a la niña, más bien al contrario, y la frase se convirtió en uno de esos lemas de familia cuando Diana se empeñaba en cantar por encima de sus posibilidades.

Pero si la niña no podía cantar como su madre porque no alcanzaba la tesitura de mezzosoprano, sí al menos la de contralto, lo que suponía que tenía voz suficiente para entonar el *Salve Regina* o el *Veni Creator Spiritu*, dos de las canciones que madre e hija interpretaron a dúo en las solemnes misas de Pentecostés. ¡Y qué orgullosa se sentía Piedad! Así, a través de la música, su hija se aficionó al latín, lo que constituiría el paso número uno, por así decirlo, en la formación de Diana.

El paso número dos, el teatro, fue igualmente inevitable, pues su madre también se lo sirvió en bandeja. Cuando Piedad, que pertenecía a un grupo de teatro de aficionados, ensayaba en casa, la niña ejercía de apuntadora o le daba la réplica en los diálogos, y de ahí a subirse ella misma a los escenarios cuando la obra requería de la presencia de una niña, de una adolescente y, más tarde, de una jovencita, fue un acto previsible en el devenir de los acontecimientos, al igual que lo fue el siguiente paso, el de estudiar Filología Clásica. Finalmente, al cuarto escalón, consistente en fusionar el latín y el griego con el teatro para la realización de su tesis, fue un resultado lógico, si bien impremeditado, en la evolución personal de Diana. Y luego, todo le vino rodado hasta estar allí sentada, en Atenas, contemplando en silencio, llena de melancolía, la Acrópolis iluminada.

—¿No te cansas de estar aquí? ¿No has visto suficientes piedras por hoy? —le dijo Pablo, perturbando el discurrir de sus pensamientos. Hasta ese momento, la presencia de su marido le había pasado desapercibida desde que el camarero les llevase las cervezas, las cuales se bebieron en silencio. El modo en que Pablo rompió su mutismo se hizo inquietante.

Locuaz, lo que se dice locuaz, nunca lo había sido, pero se había vuelto absolutamente taciturno desde que su hijo mayor, Adrián, sufriera un grave accidente al derrumbarse las gradas donde estaba él durante un partido de fútbol. Lo compensaba ejercitando la comunicación no verbal, y con su lenguaje gestual se estaba mostrando expectante, anunciando que aguardaba pacientemente el momento en que ella dijera «¿Nos vamos?». La paciencia era otra de las señas de identidad de su marido, pero esta vez Diana iba a ponerla a prueba.

—Son solo las once y media —le respondió—. ¿Qué prisa tienes? Mañana no tenemos que madrugar. Estamos de vacaciones románticas, o ¿qué es para ti, si no, una segunda luna de miel?

Él no contestó. El concepto de romanticismo le era tan extraño, tan inabordable, como la carta de un restaurante griego escrita en alfabeto griego. Pero la manera en que ella lo miraba esa noche le resultaba insondable, y esto lo puso sobre aviso.

—No empieces, que te veo venir —dijo Pablo con firmeza—. Si vas a comenzar con la cantinela de que no te entiendo, de que si no soy cariñoso...

—Tranquilo, cielo, no pienso empezar nada. De hecho, ni siquiera tengo ganas de hablar. Me basta con estar de nuevo aquí contigo, veinticinco años después, tomándome una cerveza mientras contemplo los restos de la Acrópolis como suspendida en el cielo. ¿Quién quiere hacer otra cosa estando en este lugar mágico?

—Yo. Desde luego. No sé dónde ves tú esa magia. A mí me interesa más la gente, pero no precisamente las parejas que tenemos enfrente. Será muy romántico tomar una copa a la luz de las velas, pero ellos están bajo un toldo y de espaldas a tus maravillosas vistas. Ni siquiera ven las estrellas.

—Muy observador, querido, como siempre. Yo he pensado lo mismo, o parecido. Pero es porque ellos no buscan otra cosa. Disfrutan de la semipenumbra, estando todo acarameladitos..., o bien charlando animados. Como nosotros no hacemos ni lo uno ni lo otro, a mí me compensa la panorámica del conjunto de esa ciudad iluminada allá en lo alto. Es tan emocionante como contemplar el fulgor de una galaxia.

Así deben de sentirse los astrónomos mirándolas por telescopio: esa apabullante sensación de observar la inmensidad de lo infinito, de lo que fue...

No pudo, o no quiso, terminar esa frase. La expresión involuntaria de su marido la contrarió. Pablo nunca se reía en alto, nunca, lo cual le honraba, a diferencia de ella, que en momentos dichosos soltaba una sonora carcajada, a menudo incontrolable (y deplorable, según él, cuando sucedía en público). Pablo, sin duda, era el prototipo de la corrección. Y esto viene a propósito de la carcajada que se le hubiera escapado a cualquier otra persona que pensase lo mismo que él en estos precisos momentos, o sea, que su mujer estaba como una cabra. Siendo parco en palabras y expresiones, se limitó a esbozar un gesto de ironía e incompreensión que devolvió a Diana a su propia reflexión de que él no captaba —ni tenía intención de hacerlo— el impacto emocional que ella estaba intentando canalizar ante la constatación, utilizando su misma metáfora, de que el mundo interior de cada uno vagaba por diferentes galaxias sin posibilidad de encuentro, al menos a corto plazo. Bien pensado, dado el desgaste de su relación, era mejor que así fuera, porque si un día esas dos galaxias llegaran a reencontrarse (lo que parecía difícil después de tantos años expandiéndose, alejándose entre sí), o bien una se tragaba a la otra como si fuera un agujero negro, o bien se produciría tal impacto que haría saltar sus respectivos universos por los aires... De hecho, debido al estado de ánimo de Diana, algún tipo de choque era inminente.

—¡Ay, Diana! ¡Qué bobadas se te ocurren! ¡Y qué exagerada eres! —dijo él mientras le acariciaba la mano con golpecitos como si fuera una niña pequeña. Era lo más lejos que llegaba su expresión corporal de cariño—. Comparar la Acrópolis con las galaxias.... Pero dejando esto aparte, llamas ciudad a un montón de piedras iluminadas para atraer a los turistas. Algunos incluso pican y babean, como tú, y ahora estamos aquí pagando cuatro euros por una simple caña porque tú estás viendo la Acrópolis iluminada.

—¿De veras, Pablo, que no te dicen nada esas «piedras»? ¿No te conmueven?

—No son más que las ruinas de una ciudad fantasma y a mí me interesa la vida. Y esta sucesión de parejas amuermadas que nos rodean me parece de todo menos conmovedor.

—¡Ya! —dijo ella—. Ya quisiera estar yo tan *amuermada* como los que tienes a tu derecha. Tú no los ves, pero se están comiendo con los ojos, con las manos, con la sonrisa, con los labios. Se acarician con las palabras. Bueno, en cualquier caso, tampoco los entenderías. Son italianos y me muero de envidia escuchándolos. Ni te imaginas las cosas que se están diciendo.

—Y tú, ¿te has fijado en que acaba de pasar una moto con dos policías y sin casco? —Negativo, parecía decir la expresión marcial de ella, o su falta de respuesta—. ¿Y has visto a esos dos que se acaban de bajar del taxi?

—No.

—Un vejete y una palomita rubia. Seguro que van a entrar en ese hotel... —dijo señalando el hotel Phidias—. ¡Lo sabía! —exclamó con satisfacción, como si hubiera cantado bingo, o más bien, completado línea, pues no era tan expresivo como para eso. Realmente, él se lo estaría pasando mucho mejor si estuvieran en un casino.

—Perdona, Pablo, pero ¿qué tiene eso de especial? No le veo la gracia, ni el interés, de ver a una pareja entrando en un hotel.

—Es la rubia que vimos en ese cruce... Esa que te dije que era una palomita buscando palomo y tú decías que yo siempre pensando mal...

—Ya, la del cruce de Propileos con Dionissiou Aeropagitou.

—Como se llamen las calles. Lo importante es que sabes quién te digo. Y es que tú, de tanto mirar al pasado, o al suelo, o a lo lejos... o al más allá, ya no ves lo que tienes enfrente.

—Tampoco puedo decir que me interese mucho ver pasar en una moto a dos policías griegos, de los cuales, solo el de atrás iba sin casco, que sí que lo he visto. Y mucho menos me interesa la información de que en ese hotel un cliente se lleva a una prostituta...

—Así te va la vida —dijo él, por salir del paso.

—¿Cómo describirías tú cómo me va la vida? Es algo que me interesa muchísimo.

—Es una manera de hablar, no empieces.

«No empieces». Desde hacía mucho tiempo esa expresión, codificada con el uso, para ella significaba, en román paladino: «Diana, corta el rollo, deja de dramatizar con tus sentimientos, que no estás en un teatro». A pesar de los años que llevaba escuchándolo, o quizá por eso, porque eran muchos años escuchándolo sin poner remedio, a Diana esa frase la dejaba fuera de combate, en suspenso. Él, consciente del desconcierto causado, intentó mitigarlo:

—Ya sabes que cada vez que sacas ese tema a colación nos enredamos en una discusión que no nos lleva a ninguna parte.

—*Hacia ninguna parte*. Bien podría ser ese el título de una obra, una tragicomedia —le respondió—. O si no, mejor, *Pasos en falso*. Como tantos que damos en nuestra vida.

—Sigues siendo igual de teatrera. Los años no te hacen *cambiar* —dijo él prudentemente para evitar la palabra «madurar».

El momento exacto en que su relación matrimonial dejó de ser una relación sentimental se había perdido en el albor de sus recuerdos. Pero esa frase ponía siempre punto final a las conversaciones, motivo por el cual también se acabó la de esa noche, así que, lo que podría haber sido una romántica velada ateniense para el recuerdo, quedará marcada en su pequeña historia personal como una de tantas, sin interés alguno. No está demostrado que un esporádico cambio de paisaje cambie a las personas, así que era pueril dar por sentado que podría ser de otro modo. Ambos se comportaban igual en un sitio que en otro. ¿Y por qué iba a ser diferente? ¿Porque estaban allí celebrando sus bodas de plata? ¡Tonterías! A cambio, sí merecía un esfuerzo el hecho de que, de paso, celebraban que Adrián había salido del coma sin secuelas. Y brindar porque ambos estaban vivos, mientras que su cuñado Santiago, por ejemplo, había fallecido de un infarto en un tren. Pero no hacía falta volver a la Acrópolis para eso.

Cuando él sugirió ir a algún sitio especial para festejar sus veinticinco años de matrimonio, algo que había que celebrar a lo grande, pues ya era raro sobrevivir tanto tiempo casados y, además, sin crisis, era evidente que no estaba pensando en repetir la experiencia en un lugar cuyo mayor atractivo eran las ruinas de gloriosos tiempos

pasados, aunque él no había sugerido otro (nunca lo hacía), por lo tanto, como siempre, fue ella la que lo organizó todo. Y porque muchas cosas se escapaban a nuestro control, como cambios imprevistos en el horario del transporte público, él se encargaba de aconsejarle, ya a toro pasado, lo que tenía que haber hecho, y qué duda cabe, siempre con ánimo de evitar errores en el futuro; ahora bien, si la decepcionada era Diana porque algo no era como se esperaba, ella se quejaba vehementemente, como si le fuera la vida en ello: «¡Vaya *mierda* de habitación que nos han colado con vistas al patio interior! Esto no es lo que habíamos contratado. Mañana mismo nos vamos si no nos dan otra». Él, por supuesto, no perdía la calma, nunca lo hacía, y le respondía: «¡Vaya con la señorita tiquismiquis! ¿La habitación no es del agrado de su alteza?... Total, qué más te dan las vistas si ni te asomas, si no tienes tiempo. Si duermes como un lirón».

Señorita tiquismiquis, teatrera, inmadura, dormilona... Si a él no le gusta cómo ella hace las cosas, si quiere que se conforme con las situaciones que le desagradan, que no dramatice, que madure. ¿Por qué no toma él las decisiones? ¿Por qué no dice exactamente «vamos aquí», o «vamos allá» o «no te preocupes de nada que ya me encargo yo»? Llegado a ese punto, Diana había vuelto a tocar fondo en esa velada griega. ¡Maldita sea! ¡Siempre igual!

—¡*Uee, è forte!*—dijo con una entonación rara, incomprensible. Y de pronto todo cambió: le había venido de improviso, como siempre le llegaba, el recuerdo de Carlo Salvatore. Antes de que su marido preguntase a qué venía ese exabrupto, ella se apresuró a inventar una aclaración plausible, si bien ridícula—: Perdona, dirás que a santo de qué viene eso. Se me ha escapado. Es que se lo he oído antes a esos dos italianos de al lado. Ella se reía contando una historia y él dijo eso, o sea, «¡Eh, qué fuerte!», con un marcado acento milanés. Se lo he oído decir a Adriano Celentano en la tele.

Porque sí, porque todo lo que le estaba sucediendo era muy *fuerte* y esa velada se le estaba yendo de las manos, Diana dio por concluidas sus esperanzas. Sin duda alguna, y más que nunca, ella no quería ni tenía intención de cambiar. Ni de madurar, si con ello Pablo quería decir

que renunciase a recibir ternura del hombre impávido con el que compartía casa, cama, hijos, gastos, viajes... pero no lo esencial. La vida no es una operación básica con una solución sencilla y exacta, una suma de dos más dos son cuatro o una resta de tengo seis y tú me quitas tres, total me quedan otros tres. Él, mejor que nadie, tenía que comprender la complejidad de las matemáticas de la vida, donde las circunstancias de cada uno crean ecuaciones de alto nivel en las que se requiere maestría para lograr despejar la incógnita 'x'. Diana sentía que a ella le sería más fácil tallar una roca de granito a golpe de cincel y martillo que modelar a su capricho (o a imagen y semejanza de sus necesidades afectivas) la imperturbable actitud de su marido.

—En serio, Pablo, no voy a empezar con nada. De hecho, si te soy sincera, más bien creo que lo que debo hacer es terminar.

—Pues venga, termina y vámonos. Yo ya estoy aburrido de estar aquí.

Ella no se refería a su bebida, sino a resolver su problema personal, a poner punto final a la pantomima que llevaba representando durante más de quince años, tras el sobresalto que hizo tambalear los cimientos del bienestar de su vida blanda, sin aristas.

—Dame unos diez minutos. No hace falta que hables. Como a ti tanto te gusta decir, calladito estás más guapo. Así que hazme el favor de ponerte *guapo*, cielo; en este momento lo necesito. Ni una palabra.

El habitual silencio de su marido, a menudo devastador, en ese entorno era menos perturbador que sus palabras. Y año tras año sucedía lo mismo. Con cada viaje, Diana, lejos de evadirse, volvía al mismo punto: *il divino* Carlo. Y llegado a ese estado, la vida se le deshacía.

Lo conoció en su décimo aniversario de boda. Ese año, además, Diana había aprobado la oposición a instituto de Educación Secundaria con la mejor nota, lo que le permitió elegir su plaza definitiva de profesora de latín y griego en su provincia. Pablo nunca dejó de asombrarse de que su mujer se hubiese especializado en dos lenguas muertas. Para más inri, después le dio por aprender italiano, que solo se habla en Italia, estando tomando tanta fuerza el inglés en todos los demás países. ¡Qué manera la suya de cerrarse puertas! No era de extrañar, lógicamente, que a ella también le interesase más la penosa ágora antigua ateniense (cuatro piedras a ras del suelo) que los

impresionantes rascacielos de Shanghái, o el Coliseo, antes que la Torre Eiffel, o bien las sepulturas micénicas, antes que el parque temático *Futuroscope* de Poitiers. Menos mal que estaban sus hijos. Gracias a ellos visitaban lugares modernos, activos, vivos. En suma, le resultaba inexplicable los gustos de Diana por los restos desoladores de un «pasado que fue mejor» (un comentario cuestionable, pero, como él decía, le resultaba más fácil creerlo que averiguarlo). Para él, esas desvencijadas viejas glorias no tenían parangón con el desfile de nutridos monumentos andantes que pululaban por las calles, plazas y mercados de las ciudades italianas o el espectáculo de las rancias mujeres de negro que caminaban, compraban o vendían en las zonas menos concurridas de las ciudades menos turísticas de Grecia.

Por eso, cuando Pablo se hizo un esguince de rodilla un mes antes de su décimo aniversario de boda, cuando a la vez celebrarían su recién estrenado puesto de funcionaria, ninguno de los dos tuvo el más mínimo problema en que él se quedase en casa con los niños y ella se fuera sola a visitar Pompeya. Por un lado, después de los intensos años de estudio para aprobar la oposición, a Diana no le vendría mal unos días sola, relajada, sin cargas familiares, y, por otro, Pablo lo prefirió así; total, ¿qué se le había perdido a él en Pompeya? Ese viaje iba a ser más de lo mismo, piedras y más piedras... Pero para Diana no lo fue, o sea, más de lo mismo. Al contrario. En Pompeya conoció a Carlo Salvatore, pediatra, soltero, treinta años, cinco menos que ella, moreno de piel y de cabello, ojos oscuros, no muy esbelto, pero con un cuerpo bien formado y una sonrisa rompedora de la que emanaba gran parte de su colosal encanto. Fue un flechazo que conllevó un agudo sentido de algo inevitable, sin escapatoria posible.

Sucedió al día siguiente de su llegada a Italia, a Nápoles. Coincidieron en la cola de los billetes de entrada para visitar los restos desenterrados de la ciudad que pereció bajo las cenizas del Vesubio y ella le preguntó si sabía dónde se podía comprar agua; él contestó afirmativamente, pero, vista la larga fila que se había formado también ante la máquina del agua, le preguntó si era muy urgente su necesidad de beber. Lo era, pues hacía un calor insoportable, así que él sacó de su

mochila una botella recién comprada y se la ofreció. Ese primer trago fue la primera gota de frescura de una serie de hechos en cadena, porque ya no se separarían ni una hora de los quince días que Diana se había reservado para visitar esas y otras ruinas romanas.

La suerte hizo que *Carlo il Milanese*, como le gustaba llamarse a sí mismo con mucha guasa, pues vivía en Milán, no fuera en realidad milanés, sino fieselano, o sea, de un pueblo toscano situado en lo alto de una montaña desde la que se obtiene una fantástica panorámica de la ciudad de Florencia. Fiesole no estaba en los planes de ninguno, pues hacía mucho calor para estar allí, pero cuando él le explicó los encantos de este pueblo a ella se le volvió irresistible, porque, decía él, lo mejor de Fiesole era que ha logrado preservar la memoria de los diferentes periodos del devenir de su historia; sin desdeñar sus edificios medievales y sus numerosos palacios renacentistas con vistas a Florencia, para los amantes del pasado más remoto, no solo quedan restos de muros etruscos, sino también una necrópolis y termas romanas, así como uno de los mejores teatros que se conservan. Daba la casualidad de que en dicho teatro romano tenía lugar todos los veranos una célebre temporada teatral y musical, llamada *Estate Fiesolana*, o ‘Verano fieselano’, y en esos momentos estaba en pleno apogeo. Por ello, como no podía ser de otro modo, Diana rehízo absolutamente todos sus planes, y el siguiente paso, tras los cuatro maravillosos días en Nápoles junto a él visitando los lugares imprescindibles, como Herculano, los museos de la ciudad (toda Nápoles es un museo en sí misma), Sorrento o la isla de Capri, se encaminaron a la temporada teatral y musical fiesolana.

De este modo, el destino dispuso que Diana matase dos pájaros de un tiro uniendo en un mismo espacio las maravillosas «piedras» del teatro romano con representaciones y conciertos de música actuales, si bien, en su caso, fueron varios pájaros los que cayeron, pues su joven italiano entraba en el lote de sus pasiones. Se alojó en su casa con vistas a Florencia y por la noche, cuando se sentaban en la terraza y observaban la ciudad florentina allá abajo, con las espléndidas siluetas iluminadas de la cúpula de la Catedral, del Palacio Viejo y de otros edificios destacados, reconocía el doble privilegio de estar hospedada

en una moderna acrópolis, o sea, en el hogar de los dioses en lo alto de la colina, y junto a una divinidad de finales del siglo XX. Porque para ella Carlo Salvatore no era ni más ni menos que el mismísimo Apolo redivivo, el hermoso dios de la medicina, pero también de las artes, la música y las profecías delficas. Todo lo bello y lo bueno confluía en él. Y como no podía ser menos, la puesta en escena, el decorado y la utilería estaban a la altura del templo del dios: la mesa de su terraza iluminada con velas; de fondo, música italiana: si unas veces sonaban las voces de Claudio Baglioni, Amedeo Minghi o Francesco de Gregori, otras, diversas arias y duetos de Rossini, Verdi, Puccini, Donizetti.... La cena, fundamentalmente pasta y ensalada, fáciles de cocinar. Todo muy romántico, muy paradisíaco, y, sin embargo, esto para ella no era más que el attrezzo, el decorado del fantástico romance que vivió junto al joven italiano. Era y representaba todo lo que le faltaba a Diana, aquello que añoraba; él iba allá donde Pablo ni osaba acercarse. Con él no solo descubrió la Toscana, sino otra vida, otra forma de amar, de expresarse. Cada uno buceaba por el interior del otro como en un mismo y único río donde todo confluía. Pero sabían que esos días tan solo serían un oasis que estaban abocados a abandonar. Aunque ella lo viera como un Apolo, no hacía falta invocar al oráculo delfico para conocer su destino. Ambos sabían que el río de la vida de cada uno los arrastraba a mares diferentes. Dado que su vínculo nació marcado con una breve fecha de caducidad, cada instante que pasaban juntos lo vivieron intensamente, pues se negaban a escuchar los ecos y lamentos de los coros trágicos que anunciaban la proximidad de su desenlace, el final de ese viaje sin retorno.

La historia de Carlo era, por decirlo de un modo suave, peculiar. También había obtenido hacía unos meses su plaza definitiva en el hospital de Milán, y para celebrarlo había planeado con la que era su novia una visita a Pompeya, pero ella, Elisabetta, había conocido a otra persona y, sin otras señales ni previo aviso, rompió de súbito la relación. Él, despechado, decidió que haría el viaje previsto consigo mismo como única compañía, aun estando convencido de que era una cabezonería que solo serviría para alimentar más su rencor e intensificar sus heridas.

Comenzó el periplo sin planes concretos, marchando simplemente en su coche como si fuera un éxodo o una peregrinación hacia una nueva fase de la vida. Y resultó que el «*pellegrino in macchina*» (‘el peregrino en coche’, como también se autodefinió cuando le contaba su historia a Diana), durante los tres días que invirtió en el trayecto hasta Pompeya, abandonando las carreteras nacionales, adentrándose en algunas maltrechas vías locales, perdiéndose por pueblos y aldeas, descubrió que era feliz, feliz, y que había necesitado, sin saberlo, que Elisabetta lo abandonase. Diana no se explicaba cómo una mujer podía haber estado con Carlo Salvatore y abandonarlo por otro. ¡Caray!, ella se moría por dejarlo todo para estar con él. ¡Ojalá pudiera! Todo en esta vida tiene un porqué; las cosas no son siempre como nos esperamos, como creemos, le explicó a Diana, y quizá él mismo había contribuido indirectamente a su situación, al concentrarse en su trabajo; Elisabetta se sentía un poco abandonada, de hecho, se lo había sugerido, aunque él nunca lo tomó en serio; después de todo, ¿qué quería Lisa? Le dedicaba todo el tiempo libre de que disponía, aunque a lo mejor no fue el suficiente; sí, quizá él le abrió la puerta y la empujó a marchar. O fue el destino quien movió los hilos para que ellos dos se conocieran, porque era muy evidente que este mundo no crea de forma fortuita a dos personas tan afines para nada. Tenía que haber un propósito en ese encuentro, que para Diana fue evidente desde el segundo día: enseñarles que existe el paraíso para luego arrojarlos de él, como a Adán y Eva. Si vivir en perpetua nostalgia iba a ser su destino, tocaba primero disfrutar plenamente del huerto del Edén mientras estuvieran allí. Ahora tocaba eso de «teatrera, que eres una teatrera», pero, afortunadamente, Carlo Salvatore estaba fuera de esa onda. En cualquier caso, de alguna manera esa premonición resultó cierta y ya nada fue igual en sus respectivas vidas.

De vuelta a la realidad de esa velada en Atenas con su marido quince años después, pasado el rato de incómodo silencio en el que Pablo estaba allí presente, apocado y preocupado, y ella, ausente, vagando entre los restos vulcanizados de Pompeya y los recuerdos de la vida que eclosionó en Fiesole, Pablo abrió fuego a discreción:

—Diana... No te entiendo, créeme. No sé qué te pasa, en serio. Dime algo. Perdona, a veces, ya sabes..., a veces...

—¿Qué sé? Vamos, Pablo, arranca. Por una vez. Exprésate.

—Estás siendo cruel conmigo.

—¿Cruel? ¿En serio? Y ¿no te parece suficiente crueldad llevar veinticinco años viviendo al lado de un hombre que me falla cuando más lo necesito? Quiero decir, Pablo, entiéndeme, quiero decir... No siempre me fallas, eres un hombre buenísimo, pero...

—¡Suficiente, Diana! Déjalo.

—No, nunca es suficiente cuando hablamos de mis sentimientos. Me va la vida en ello.

Ya estaba dicho. Y «vuelta con la burra al trigo» pensó Pablo, pues esto era lo que sucedía habitualmente, el momento que él tanto temía. Ahora tocaba su «Diana, no empieces», pero esta vez no se lo dijo, pues parecía más tensa de lo habitual. A cambio le dejó que hablara.

—Diana, soy todo oídos.

Ella ya no quería sus oídos. Buscaba tocarle corazón.

—Pablo, para ti las piedras son trozos de rocas tiradas por los suelos, o algunas, puestas en pie. A mí las piedras me hablan... Y lo que me cuentan no es tanto su historia como la mía. Me hablan de lo que soy, de lo que me gustaría ser, de lo que me gustaría hacer, de dónde me gustaría estar... De con *quién* me gustaría estar.

—Pero si estás donde tú has elegido estar. No hay quien te entienda. Siempre hemos hecho lo que tú has querido, siempre has sido tú quien ha elegido los lugares a los que ir, cuándo ir, por cuánto tiempo. Nunca te he puesto trabas, a pesar de que yo preferiría ir a cualquier otro sitio.

—Pablo, tú nunca has propuesto ningún sitio. Te subes al carro que yo conduzco, y a veces, muchas veces, me ralentizas la marcha; otras, me nublas el camino. Ahora, por ejemplo, estás aquí como un *convidado de piedra*.

Efectivamente, Diana sentía que la única piedra muda en su vida era él.

Esta vez él no esbozó la típica sonrisa irónica que se le escapaba cada vez que su mujer hablaba con alusiones teatrales porque unas lágrimas

de origen incomprensible e inconfesable empezaban a brillar en los ojos de Diana. Sería cuestión de segundos que empezasen a discurrir silenciosas.

–Diana, no sé qué te pasa. No hay quien te entienda.

–¿Realmente lo intentas?

–Diana, no empieces... Mejor no empieces.

–No quiero empezar nada, de verdad. Solo quiero terminar con esto.

–¿Con qué exactamente?

–Con todo esto. Con el bloqueo de mi vida. Con... –dijo señalándolo a él– con el silencio de la única piedra que no me habla.

7

PASOS A NINGUNA PARTE

La pediatría nunca fue la pasión de Carlo Salvatore, sino su medio de vida. Lo fue, sin embargo, la arqueología desde aquellas excursiones escolares en que su maestra favorita les explicaba el origen de los restos de aquellos tiempos remotos como si contuvieran el espíritu de sus antiguos pobladores, como si las piedras que perduraban le estuvieran contando su propia historia a través de sí mismas, cual médium entre los espíritus del pasado y del presente. Apuntando estas maneras desde niño, todo indicaba que estaba abocado a estudiar arqueología o historia del arte. Pero los hilos de la vida se tejen de tal forma que a veces se enredan unos con otros, nos acorralan, nos arrastran o empujan hacia un camino insospechado. Esto le sucedió a Carlo Salvatore, que, envuelto en su primera aventura amorosa, se vio arrastrado fuera de la Facultad de Filosofía y Letras e impelido a la de Medicina, y todo porque se enamoró perdidamente de Alessandra, una estudiante de medicina que lo socorrió y lo alivió de los indeseables efectos secundarios de su primera borrachera durante su fiesta de fin de estudios del instituto. Con esta primera gran resolución daba comienzo su mayoría de edad y su toma de decisiones que le marcaría de por vida. De todos modos, dadas las diferencias entre ellos, y no solo en edad, él, recién cumplidos los dieciocho, ella, los veintidós, la relación apenas duró unos meses, pero decidió el rumbo de su vida. No obstante, el repentino cambio a la hora de escoger una carrera no sorprendió a ninguno. Parecía seguir un

orden natural, pues se decía que Carlo llevaba la medicina en los genes al proceder de una arraigada familia de médicos cuya historia se perdía en el origen de los tiempos. Elegir pediatría como especialidad sí fue algo personal, dado que atender a bebés y niños prácticamente sanos o de escasa gravedad a los que solo había que controlar el crecimiento, la nutrición, la vacunación y prescribir recetas para catarros, gripes y anginas, dentro de lo malo (se dijo) era lo menos malo. Y llegado a este punto, una vez que Carlo aceptó el determinismo genético de su profesión, asumió que se vive como se puede, no como se quiere, y la consiguiente sensación de que meramente se sobrevive llega a ser paralizante.

Carlo había alcanzado este nivel de parálisis hacía mucho tiempo. Nada tenía sentido para él, ni su éxito profesional ni su aparentemente estable vida personal. Después de su primer fracaso sentimental con Elisabetta, algo que todos en su entorno, menos él, esperaban, ahora lo consideraban un hombre afortunado. Él, en cambio, se sentía insatisfecho. Nada tenía sentido. Cada paso que daba adelante era como un palo de ciego, cuando él pretendía que fuera una vuelta de tuerca que le llevase a algún sitio definitivo donde instalarse a placer, pero debido al esfuerzo exigido volvía a acomodarse en el desencanto, dando marcha atrás. El quid de la cuestión era saber cuánta presión puede soportar una persona antes de romper definitivamente los moldes que le oprimen. Lo que Carlo tenía que resolver era saber dónde estaba el límite y qué tenía que suceder para que fuera capaz de dar ese salto a un vacío que lo obligara a liberarse del estancamiento y comenzar de nuevo.

Evitaba hablar sobre su vida personal, o sea, de su esposa, como si su silencio fuera un exorcismo contra la errónea decisión de casarse. Cuando conoció a Fiorella, su esposa, hablaba de ella con una gran consideración y alta estima, si bien no afecto genuino, pues en la consulta era de agradecer su recato, su sencillez, su sentido del deber y del respeto, su franqueza, aunque lo que más apreciaba de ella era lo servicial que le resultaba, la diligencia con la que se desenvolvía en el hospital, su buen trato al paciente, su buena disposición, su impasible dedicación. En señal de reconocimiento a estas inestimables cualidades como enfermera, un día le dijo: «Mi querida Florence Nightingale, ¡qué haría yo sin ti!». Su reacción fue inesperada. Lejos de sonreír, ella lo miró de soslayo y se

sonrojó de tal modo que Carlo confirmó sus sospechas de que estaba enamorada de él. Ya se había acostumbrado a esa típica mirada suya cada vez que él intentaba hablarle mirándola a los ojos. Y es que Fiorella era modesta hasta en la expresión de sus sentimientos.

Ser comparada con Florence Nightingale fue todo un cumplido, por supuesto, y ella lo recibió sin llegar a entender el alcance del mismo, lo que originó la primera decepción del pediatra ante lo poco que su enfermera sabía de quien debiera ser su paradigma profesional y humano. El doctor Salvatore entendía que la ignorancia de Fiorella sobre esta cuestión no tenía excusa, pero no era un caso perdido, así que decidió remediarlo personalmente y el Día Internacional de la Enfermería, que se celebra precisamente el que fuera el cumpleaños de Florence Nightingale, la llevó a visitar el monumento dedicado a ella que se encuentra en la Basílica de la Santa Cruz de Florencia, ciudad que la vio nacer. Para completar su educación le regaló, además, su biografía.

—Tenlo como libro de cabecera. Es muy instructivo —le dijo—. No solo por los detalles de su propia vida, sino por la minuciosa descripción de la penosa situación en la que se encontraba la práctica de la enfermería, para la que apenas se requería conocimientos, y ella hizo que todo esto cambiara. Fue una mujer admirable y un modelo de vocación llevada a la entrega sin límites.

—Yo diría que todas las enfermeras, al menos yo, estamos muy entregadas a nuestra profesión.

—Tú, sí, por eso me recuerdas a ella. Ya verás cómo te gusta su biografía. Es conmovedora.

No existía un axioma que garantizara que lo que a él le conmovía tuviera que conmovérle a ella necesariamente. Bastaba con que simplemente Fiorella admirase a su precursora por sus esfuerzos ímprobos y sus logros admirables.

—Verás que fue una mujer extraordinaria en todos los sentidos. Una luchadora nata —le explicó—. Procedía de una familia acomodada que nunca vio con buenos ojos que la joven malgastara su vida en una durísima profesión sin prestigio alguno. Por eso, su contumaz persistencia constituyó un desafío a las convenciones sociales de la época victoriana que

consideraba que la mujer había nacido para desempeñar la noble misión de ser esposa y madre.

—Supongo que te refieres a que las mujeres han nacido *solamente* para desempeñar la misión de ser esposa y madre, porque yo creo que, entre otras cosas, sí que hemos nacido para eso.

En ese momento a Carlo debieron de pitarle los oídos en señal de alarma, pero él hizo oídos sordos.

—Así que —continuó como si no hubiera habido interrupción alguna, como si lo que escuchó fuera el zumbido de una mosca tras la oreja—, para perseguir su llamada interior, la joven tuvo que sacrificarse y renunciar al matrimonio y a la maternidad, los dos pilares de la esfera social femenina, pues consideraba que ambos estados interferirían con su decisión de consagrarse a la enfermería.

—Desafortunadamente, eran otros tiempos. Ahora no tenemos que renunciar a nada. O a poco.

—Eso no es cierto, Fiorella. Yo creo que, sea en la generación que sea, en algún momento de nuestras vidas nos vemos obligados a fabricarnos nuestro propio listado de prioridades y a tomar decisiones de acuerdo con ellas, lo que nos lleva a renunciar a cosas que en otras circunstancias consideraríamos sagradas.

—Quizá sí. Tienes razón. ¿Tú a qué has renunciado hasta ahora?

—Esa pregunta requeriría horas de reflexión. No es el momento de respondértela.

Lo que Carlo quería decirle es que quizá no fuera ella la persona adecuada a la que él abriría tan de par en par su corazón, a la que respondería sus cuestiones existenciales.

—La cuestión ahora no soy yo, sino Florence Nightingale. Para eso estamos aquí.

—Sí, claro, perdona.

—Nada que perdonar. Pues, como te decía, su determinación la llevó a desplazarse hasta Crimea, donde alcanzó fama mundial por sus trabajos pioneros en la asistencia a los heridos de la guerra entre el imperio ruso de los Romanov contra el Reino Unido, Francia y el Imperio Otomano. Las bajas, como siempre en estos casos, fueron enormes, pero ella contribuyó a mejorar la calidad de los servicios sanitarios en campaña, a aliviar la

situación del herido y, en última instancia, a reducir la mortandad. A su regreso, tenía un sueño por el que luchar, y se afanó por implantar un nuevo concepto y un modelo profesional para la enfermería, lo cual consiguió creando una escuela de enfermería en Londres, que actualmente lleva su nombre.

Este resumen de la apasionada vida y los logros de una mujer victoriana ponía en evidencia que el doctor Salvatore admiraba a las personas con fuerte personalidad, determinación, desafiantes, que tienen sueños que cumplir y luchan por cumplirlos. Por ello, casarse con Fiorella, su enfermera, no fue su mejor decisión, ni siquiera una decisión adecuada. O puede que nunca lo decidiera y que este matrimonio fuera su segundo acto predeterminado en su familia, heredado de su abuelo y de su padre, ambos doctores que se habían casado con sus respectivas enfermeras, al igual que su hermana enfermera se había casado con un médico, así que todo parecía tan dispuesto genéticamente para él que Carlo se limitó a seguir el patrón familiar como un autómatas.

Después de varios años se había autoconvencido de que él no eligió, sino que fue el elegido por una mujer que, sin ser precisamente indecisa, no daba muestras de tener nada importante sobre qué optar. Ese matrimonio fue el gran logro de Fiorella. Por la forma en que ella se había llevado el gato al agua, llevándolo a su terreno a la chita callando, se veía víctima de la sutileza femenina que le distorsionó su percepción de la realidad hasta que fue demasiado tarde. Veía su matrimonio como un ejemplo de la tiranía del débil cuando el fuerte le cede el mando. La complaciente Fiorella lo había encapsulado y le había absorbido su abundante energía, la cual usaba a discreción, en vez de compartirla tan generosamente como la había recibido. También era posible que Carlo Salvatore estuviera echando balones fuera por su incapacidad de agarrar al toro por los cuernos para hacer que su vida fuera lo que él quería que fuese, siempre y cuando él supiera exactamente lo que quería. No se podía descartar que estuviera siendo injusto con su mujer para no tener que asumir su propio fracaso, su propia impotencia.

De hecho, antes de casarse, un día le escribió a su gran amiga Diana (una especialista española en el mundo clásico con la que compartía su

pasión arqueológica): «Pitia, me caso con Florence Nightingale», y ella le contestó: «Espero, Apolo, que tu enfermera sepa curar tus viejas heridas. Será, no lo dudo, una cataplasma para tu corazón». Diana lo llamaba Apolo porque para ella representaba las virtudes de este dios griego con toda su belleza y su capacidad de curar (incluso un corazón roto), y él, recogiendo el testigo, la llamaba Pitia por sus dotes iluminativas, por analogía con la sacerdotisa oracular del templo de Apolo de Delfos que se llamaba así. Le gustaba de ella su capacidad de percatación y de dar en el blanco, y entendió que con esa respuesta Diana-Pitia había adivinado lo que él se negaba a reconocer, que a pesar de todos los elogios con que había intentado adornar a su prometida, a esa pitonisa no se la engañaba fácilmente. Aunque se lo rebatiese a ella, no se engañaba a sí mismo: esta unión con su enfermera era tan solo un sinapismo, no tanto en su sentido físico de cataplasma para alivio de las heridas, como en el sentido figurado, la persona que exaspera, porque, incluso, durante el noviazgo, Fiorella ya le resultaba exasperante por su actitud tibia, su incapacidad de discutir, de proponer, de enfadarse, pero, sobre todo, por su modo acomodaticio que no daba lugar a la sorpresa, ni, en consecuencia, a la decepción. Tirar de ella para un lado o para otro era sencillísimo, y al principio le resultó muy cómodo no tener que discutir o acordar cada paso que dieran, por lo que su relación parecía ir sobre ruedas: él hacía todo lo que le gustaba y ella lo acompañaba y se amoldaba sin dificultad alguna. Resultó que al final el molde no lo ponía él, sino ella. Quien tiene inquietudes en la vida no se conforma con lo fácil, con los límites que se pone uno mismo, quiere algo más y necesita a alguien que le abra nuevas vías, nuevas posibilidades, que le ponga nuevos retos, y Fiorella distaba de ser esa pionera. Si acaso, una exploradora de nuevos caminos sería la auténtica Florence Nightingale. Fiorella le proporcionó dos nuevas experiencias, el matrimonio y la paternidad, la primera de las cuales muy poco enriquecedora. O, dicho de otro modo, fue él quien le aportó a su esposa las dos condiciones que le faltaron a la original Florence Nightingale: el matrimonio y la maternidad. Por consiguiente, Fiorella, teniendo todo lo que necesitaba (trabajo, hogar y familia) estaba completamente satisfecha con su vida.

Salvo por el hecho insignificante de que no era una belleza, Fiorella aparentaba ser la esposa perfecta. Y para comprobar hasta qué punto puede

llegar a crispar la perfección le bastaron sus cinco primeros años de casados. Se entregaba a él siguiendo las pautas de la devoción marital, de la obligación conyugal, con la misma disposición que a su trabajo: con estricta profesionalidad. Uno de esos días en que a él le pesaba especialmente la falta de pasión de su compañera de cama, sin que pudiera decir que a ella le flaqueara el ánimo, él le dijo: «Fiorella, entiendo que pienses que, ya que hay que hacerlo, hagámoslo. Pero para mí “hacerlo” significa otra cosa. Significa una actitud diferente a la tuya». Ese comentario la dejó atónita. Ella no entendió el porqué de ese desaliento y ese reproche mientras hacían el amor. ¿Tenía acaso queja de su entrega sexual, de su actitud receptiva sin paliativos? Estaba a su entera disposición...

Paliativos. El mundo de su esposa, su vocabulario, era cada día más estrecho, no iba más allá de la medicina. Igual en casa que en la consulta. La sexualidad para ella no era un apetito personal, era una respuesta a una necesidad de su marido. Ni aun así lograba mitigar su insatisfacción. Pero si cumplía sin tacha con su papel de esposa, a pesar de sus limitaciones afectivas, igualmente lo hacía con el de madre de sus dos hijas. Definitivamente, Fiorella representaba la irritante perfección de la profesionalidad desapasionada aplicada a todos los ámbitos de su vida, sin llegar por ello a ser estimulante.

Florence. La llamó así en privado durante años sin saber hasta qué punto había errado el blanco. Al final se dio cuenta de que ese apelativo cariñoso tenía la culpa de todo y comenzó a llamarla de nuevo Fiorella. Ella nunca hizo el más mínimo comentario sobre el cambio, simplemente lo dejó estar, como todo. Si no se hubiera tomado la confianza de llamárselo, Carlo no se habría visto envuelto en una relación que lo enclaustraba y envolvía, como si fuera un juguete dentro de su caja, las veinticuatro horas del día.

Todo cambió a raíz de que acudiera a unas jornadas sobre enfermedades raras en la infancia y se interesara por el devastador síndrome de Dravet, o epilepsia mioclónica, una encefalopatía que cursa con frecuentes convulsiones a partir del primer año de vida y genera un progresivo retraso cognitivo en el paciente. Se asoció a la Fundación Síndrome de Dravet, se entregó con devoción a su estudio y consiguió una

beca en Carolina del Norte para integrarse en el grupo de investigación de dicha enfermedad. Tras el paréntesis de un año en los Estados Unidos, algunas cosas mejoraron considerablemente su vida a su regreso a Milán. Para empezar, su esposa ya no era una de las enfermeras de su equipo de pediatría, sino que había pasado a otra planta, pero lo mejor fue que un colega del prestigioso Hospital Infantil Meyer de Florencia, que tenía como paciente a Mario, un niño de tres años que sufría el síndrome, le invitó a impartir una conferencia sobre los últimos avances en la investigación de la enfermedad y le presentó a la madre del niño, Nicoletta Fabri. Tras una larga conversación con ella, aceptó tratar a su hijo.

Mario se convirtió en su paciente estrella, como si todos sus pasos profesionales confluyeran en ese punto de encuentro vital entre su motivación profesional, su paciente, su crisis matrimonial y un nuevo foco de interés: Nicoletta Fabri. Recibía al niño y a la madre (ambos inseparables y necesarios en el proceso) de forma altruista los viernes por la tarde, dedicándoles todo el tiempo que se necesitaba para completar las pruebas genéticas y realizar un completo diagnóstico clínico diferenciado que incluía la historia de todas las crisis, los tipos de convulsión, la evolución del síndrome, la revisión periódica de la medicación, el análisis de los resultados de pruebas realizadas, así como sus posibles causas: el estudio del potencial factor genético, los antecedentes familiares, hasta que, pasado un año, comenzaron a remitir considerablemente los episodios de convulsiones.

Aunque el paciente comenzó a estabilizarse, quedaban por afrontar los efectos ligados a la comorbilidad de ese trastorno, que en este caso fue un grave retraso en las funciones cognitivas y comunicativas de Mario. Cuando llegó el niño a su consulta por primera vez apenas hablaba, pero en los últimos meses había alcanzado un alto grado de interacción con él, y el pediatra sentía este progreso como su mayor logro profesional. Sin embargo, suspendido en el aire como un cuervo ante su víctima moribunda estaba la incertidumbre de su futuro, dadas la lentitud con la que el niño progresaba y el elevado índice de mortalidad en estos pacientes.

Las sesiones semanales a lo largo de todo un año nunca constituyeron un sacrificio para ninguno; al contrario, eran una motivación para los tres y concluían siempre con un juguete educativo para Mario por medio del cual el doctor observaba la evolución, las reacciones y las

estrategias cognitivas del niño. A continuación, iban a darle la merienda mientras ellos dos tomaban un agradable café, al principio en la cafetería del hospital, con el tiempo, en diversas cafeterías de Milán, y esos cafés cada vez se alargaban más, hasta que al final ya nada tenían que ver con la enfermedad del muchacho.

La mejoría de Mario provocó la ruptura de esa nueva rutina a la que el pediatra se había habituado, dado que la frecuencia de las visitas había disminuido considerablemente. Carlo las echaba de menos tan terriblemente que comprendió hasta qué punto necesitaba ver a Nicoletta. No le resultó difícil organizar el proceso inverso, es decir, que él se trasladase a Florencia todos los viernes por la tarde con la excusa de visitar el hospital infantil y a su paciente. Le decía a su esposa que se quedaba a dormir en la casa de Fiesole y así, de paso, la mantenía en buen estado. Inició así una doble vida a la que se entregó con la pasión de un amante primerizo. No podía ser de otro modo en quien se entrega con ardor a cada nueva experiencia.

Dadas las circunstancias, encontrar un equilibrio en su modo de comportarse cuando estaban juntos era difícil, y no podría decirse ni que se comportasen de un modo concienzudamente discreto ni que, por el contrario, exhibiesen su relación furtiva cuando paseaban por las calles florentinas. De todos modos, Nicoletta no tenía motivos para ocultar sus sentimientos; acababa de romper con su pareja y, lejos de caer en la depresión, vivía con furor su libertad y la mejoría de su hijo. A lo largo del año, y de sus charlas tomando café, el doctor Salvatore había sido su confidente en todo el proceso de separación, que se produjo porque estaba cansada de estar con una pareja con la que no contaba, que no estaba cuando se le necesitaba y que ponía su trabajo, o lo que fuera que hiciese, por encima de su familia, sobre todo por delante de ese hijo tan necesitado de un padre. No soportaba en él la incongruencia entre su letargo paternal y su delicada sensibilidad artística.

Lo conoció en la concurrida plaza Navona cuando Nicoletta estaba fotografiando el ambiente para una exposición que estaba preparando sobre artistas callejeros en Roma como antesala del libro *La vida detrás del pincel*, el cual publicaría en colaboración con un periodista. Se fijó

especialmente en un joven pintor que para ella tenía inconfundibles rasgos de la Europa del Este. Era alto, rubio, delgado, más bien desgarrado, y tenía unos hermosos ojos ámbar que la observaban con una mirada que, más que acogedora, era subyugante. Estaba rodeado de cuadros que reproducían paisajes y escenas de la vida cotidiana rusa, y en su conjunto componía una insólita y atractiva estampa en medio de una hilera de pintores que realizaban sus manidos retratos y caricaturas a los turistas o reproducían, con mayor o menor maestría, estilo y técnicas variadas, los rincones más señeros y visitados de la capital italiana. Se acercó para ver de cerca qué estaba pintando ese muchacho tan diligentemente y él le hizo un gesto para que se detuviera. Ella lo obedeció como si no pudiera hacer otra cosa ante esa penetrante mirada de color ámbar.

—Solo un momento —le dijo con marcado acento del este y un lenguaje gestual muy histriónico. Pasados unos instantes en que ella, cual estatua o modelo, no movió un músculo, él se señaló a sí mismo y añadió—: Soy Sergei Poliakov. Ven, acércate ya.

Sus ademanes eran estilizados, como los de un actor de opereta, y ella se vio atraída, más bien impelida, hacia él. Sergei Poliakov le mostró la obra que tenía entre manos. Esta vez no era una ninguna escena rusa. Era ella.

—Esto es una excepción. No retrato turistas.

—Estás de suerte. No soy turista.

De algún modo, ese cuadro no solo era una excepción en cuanto a la temática, lo era además en su composición y ejecución. El joven estaba rodeado de olios y acuarelas de amplio colorido y gran atención a los detalles, pero ese lo había realizado a grandes trazos y con ceras de dos colores:

—Un bonito boceto. Me gusta —le comentó ella.

—No es boceto. Está terminado. No necesita más. Solo dos colores: naranja piel para tu piel —dijo, mientras le mostraba la pintura de cera de dicho color—, y ésta, marrón Siena, para tus ojos, tus cabellos, tu vestido y tu mochila. No necesito más colores que los tuyos.

Efectivamente, su vestido era de una gama del marrón, pero ella nunca lo hubiera llamado Siena (ni siquiera sabía que existía ese nombre), sino color tierra, pero se parecía al color de la pintura de cera que sostenía

en la mano derecha. El dibujo recogía el instante en que ella, cámara en mano, acababa de captar una imagen de su interés y la miraba fijamente, posiblemente estudiando la luz, la composición, el ángulo más adecuado para sacar la foto. Lo que más le sorprendió fue verse reflejada en un gesto típico que hacía, mordiéndose el labio inferior, cuando se quedaba absorta por unos instantes. Como punto de partida, algo tenían en común un pintor y una fotógrafa, pensó, la forma de enfocar y acentuar un detalle aparentemente irrelevante.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome?

—Toda la vida. Solo esperaba el momento de tu llegada. Y ha sido hoy.

—¿Por cuánto me vendes el cuadro, Sergei?

—No puedo vendértelo. Es tuyo. Toma.

—¡Gracias! ¡Qué amable! Me encanta. Me llamo Nicoletta —le tendió la mano y él se la estrechó—. Soy reportera gráfica. Te invito a un café, o algo más fuerte, si lo prefieres.

—Gracias; espera que vea quién puede vigilarme los cuadros. Como verás, no puedo moverme con ellos al hombro.

Al final, le invitó a mucho más que a una bebida: le proporcionó un hogar, el suyo propio. Vivir al lado de Nicoletta no le resultó nada fácil. De hecho, Sergei se quejaba de que sólo vivía en su casa, no con ella. Ser fotógrafa *freelancer* la obligaba a moverse, a viajar continuamente, a no tener horarios, a retrasarse en las citas, a que no se la pueda esperar a comer, a veces tampoco a dormir. Era la vida que ella había elegido y la que disfrutaba, y se aferraba a esa independencia aunque fuera incompatible con una relación estable. Ella nunca se hubiera imaginado que el joven artista al que sacó de la calle fuera un hombre convencional que aspiraba precisamente a una familia estable, a una casa propia, cálida, cómoda, cansado como estaba de la soledad de la calle, de dormir en bancos de parques en época estival o en albergues y pensiones baratas cuando hacía frío.

Salvo para evadirse, Sergei apenas pisaba la calle y mucho menos para exponer sus cuadros; ya no era el vendedor ambulante de antes, lo que chocaba con el espíritu bohemio que creía Nicoletta que tenía el artista que

la sedujo pintando en la plaza. Resultó que la calle fue una necesidad impuesta y la pintura un talento, no su vocación. En consecuencia, esa «vida tras el pincel» que le contó a Nicoletta para que lo incluyera en su libro fue solo una bella falsificación.

Tampoco era sencillo para Sergei ser el mayordomo de Nicoletta, como se definía para humillarla. No obstante, dadas sus frecuentes ausencias, a Nicoletta no le resultó demasiado problemático tener instalado al joven pintor ruso en su casa, en su vida, a pesar de que tampoco él era un hombre fácil. Su sensibilidad, pensaba ella, le creaba una sucesión de altibajos en cordillera como los Montes Urales de su tierra natal, Orsk. Resultó que no eran los vaivenes emocionales que se generan como consecuencia de la discordancia entre los periodos de creatividad frenética y los de ausencia de la misma. Sergei Poliakov era simplemente así: inestable, voluble, irresponsable, poco digno de confianza, pero, cuando pintaba, a Nicoletta se le olvidaba todo. Y daba la casualidad de que siempre pintaba después de una pelea encendida entre ambos y, curiosamente, en esos momentos elegía alguna de las fotografías de Nicoletta y la recreaba sobre lienzo con una sensibilidad exquisita, siendo luego esos los cuadros que mejor vendía, sobre todo a los amigos de ella. Nicoletta llegó a pensar que Sergei reproducía sus propias fotografías tras una pelea como una manera sutilísima de humillarla, una forma de decirle que su técnica fotográfica era mejorable y él podía superarla. En el fondo, ¿qué más daba el motivo! Lo esencial era que él pintase, pues en sus cuadros sacaba lo mejor de sí.

Pero si le estaba agradecido a la mujer que le había acogido e impulsado su talento, tenía una manera poco digna de agradecerse. Debido a la dificultad de expresarse correctamente en italiano, cuando se enfadaba, se bloqueaba y recurría a su lengua natal. Si el italiano era la lengua de la mera comunicación, el ruso era la expresión de sus ataques de mal humor. No importaba el significado de sus palabras, Nicoletta entendía el mensaje. El hecho de que detrás de sus muchas peleas estuviera casi siempre una cuestión de tema económico, como un pequeño préstamo que ella debía hacerle para que se comprase ropa o materiales, le hizo suponer a Nicoletta que el origen de la irritabilidad de su pareja era la dependencia que tenía de ella, su sensación de inferioridad.

Nicoletta solo se dio cuenta de la magnitud de su insensibilidad cuando le diagnosticaron a Mario, el hijo de ambos, una rara variedad de epilepsia. La reiterada necesidad de urgencias hospitalarias e ingreso los llevó a instalarse en Florencia para estar cerca del Hospital Infantil Meyer, altamente especializado en medicina y cirugía infantil. En la medida en que la enfermedad del pequeño progresaba, así lo hacía el desapego del padre y el desgarró emocional de la madre, que se vio obligada a relegar su carrera profesional, salvo en la medida en que necesitaban dinero para su sustento. Sergei Poliakov, además, se había colocado en una galería de arte, por lo que argumentaba que no podía faltar a su trabajo, o acabaría perdiéndolo, cada vez que el niño sufriera una crisis, lo cual sucedía con cierta regularidad. Ella, en cambio, decía él, no tenía ataduras, ni horario, ni jefes..., lo cual no era exacto; simplemente era otra clase de ataduras, otro tipo de horario y de jefes.

Conocer al doctor Salvatore encendió la mecha de la pólvora que Nicoletta había ido acumulando día a día desde que nació Mario. Su necesidad emocional era un campo abonado para captar y hacer crecer la más mínima señal afectiva, y el doctor Salvatore resultó ser un manantial de signos cordiales sensibles de ser considerados afectuosos, tanto por su implicación profesional como por el trato paternal que dispensaba a su hijo. Las semillas del afecto fueron plantadas, solo se necesitaba tiempo para dejarlas crecer. Y crecieron. Un día Mario, que llamaba Sergei a su propio padre, llamó papá al doctor Salvatore, y Nicoletta y doctor se miraron, se sonrieron y ninguno lo desmintió. Desde entonces Mario lo llamó papá.

Pero el peor pronóstico se cumplió y el niño murió. Tenía tan solo cinco años. Ocurrió súbitamente durante una crisis mientras Nicoletta estaba al teléfono en su cuarto y se distrajo durante casi una hora concretando detalles e intentando cerrar el acuerdo para hacer el reportaje de los eventos de la inminente nueva temporada del Verano Fioselano. Cuando fue al dormitorio del niño, Mario estaba en el suelo en estado de shock. Demasiado tiempo. Demasiado tarde.

Podría decirse que, tras el incidente, Nicoletta también entró en shock. Durante unos meses apenas comió, apenas durmió, apenas salió de casa, apenas recibió visitas, a duras penas sobrevivió con ayuda de

ansiolíticos. Se sentía tan culpable que tampoco mostraba deseo de ver a Carlo, menos aún de hablar con él del tema, a pesar de que era su único consuelo. Sentía que les había fallado a los dos, al hijo y al doctor, y eso la hundió. Descendió a los infiernos del dolor y de la culpa. Solo tenía que tocar fondo y lo hizo.

Un día recibió un mensaje de Carlo diciéndole que viera un programa a una hora dada. Tumbada en el sofá frente al televisor con la mente ausente por efecto de los tranquilizantes, observó el anagrama de la Fundación Síndrome de Dravet y a continuación vio en pantalla al doctor Salvatore que estaba siendo entrevistado y hablaba de Mario, sin dar el nombre, con una implicación altamente personal a la vez que explicaba minuciosamente las causas naturales del fallecimiento del niño. Causas naturales, insistía, sin responsabilidades ajenas. Sintió que el corazón le latía sin control, como si esto no fuera posible teniéndolo roto desde hacía tiempo. Cuando Carlo pasó a hablar de la abnegación e impotencia de las familias, sobre todo las madres, que hacen todo lo humanamente posible, pero, al final, el resultado no está en sus manos, Nicoletta sintió que se le partía de nuevo el corazón. Eso fue bueno: significaba que estaba viva, y comenzó a llorar a raudales.

Estaba segura de que Carlo no estaba en televisión solo para informar sobre la temible enfermedad, sino para hablarle a ella directamente, dado que no encontraba otro modo de comunicarse con ella cara a cara, pues no se lo permitía. Le transmitía la tranquilidad de que ella había hecho por su hijo todo lo que estaba en sus manos. Había renunciado a todo lo renunciable por él, habría dado la vida por él, si eso lo salvara. Pero eso no era posible, y al igual que perder su vida no hubiera salvado a Mario, tampoco perderla ahora iba a devolvérsela. No podía pedirle más.

Aislada entre los muros de su casa y de su vacío interior, Nicoletta recibió nítidamente el mensaje que Carlo Salvatore le enviaba vía telemática y, cuando él dejó de hablar, cuando ella logró calmarse, lo llamó y se lo agradeció sinceramente.

El doctor Salvatore acababa de realizar un milagro. No había sido capaz de salvar a su hijo, pero a ella sí. Fue su Orfeo particular, que, desesperado, había descendido al inframundo para rescatarla y la había ayudado a regresar a la vida real desde el infierno en que se había

aposentado. En este momento de lucidez, de autoconsciencia, Nicoletta sintió que necesitaba una ducha. Después de sobrevivir drogada, quería sentir algo físico. Permaneció largo rato bajo el calmante chorro de agua templada que iba arrastrando todos los pensamientos antihigiénicos que se habían incrustado bajo su piel desde la muerte de su hijo. Así, limpia, vacía y relajada, estaba lista para reabrirle las puertas.

Lo recibió en su casa esa misma noche.

Al estar de nuevo en sus brazos, el golpe de cariño le hizo ver todo claro. Carlo Salvatore había sido su salvación, pero no su solución. Por primera vez descubrió que necesitaba estabilidad física y emocional y él estaba únicamente de paso en su vida y, si no podía compartirla con él abiertamente, libremente, debía rehacerla empezando de cero. El punto cero estaba en Roma, su ciudad natal. Ya no había nada ni nadie que la atase a Florencia.

—Estoy yo —le dijo él, envolviéndola.

—No, Carlo. Tú no has venido a quedarte conmigo. Estás aquí de visita, y, lo que es peor, eres tú quien decide cuando puedes venir y cuando no.

—No es cierto. Hoy me has llamado y he venido. Últimamente no me has dejado estar contigo. Te has aislado tú sola.

—Lo he hecho precisamente porque tú no estabas disponible en los momentos en que más te necesitaba. Solo me atendías al teléfono y yo me sentía tan sola, tan en el abismo, que necesitaba tu presencia, tu contacto, no solo tus palabras. Pero no venías porque no vives aquí y porque siempre tenías otras necesidades más *urgentes* que atender. Si no era el cumpleaños de tu mujer o tus hijos, era una cena con tus amigos a la cual yo no estaba invitada porque para ellos no existo, o sea, más que como la madre de un paciente que...

No pudo terminar la frase por la emoción. Él tampoco supo cómo continuar la conversación ni mucho menos cómo rebatirla. Únicamente podía abrazarla, besarla, y tanto por su propia necesidad como por la de ella. En estos momentos de su vida, Carlo vislumbró claramente lo que le faltaba, lo que necesitaba: ternura. Y Nicoletta se la daba a raudales.

Hacía quince años, cuando le dejó Lisa, vivió su primer pico de ternura junto a Diana, la mujer española que conoció en Pompeya, pero entonces no supo entender lo que realmente ocurrió entre ellos. Siempre lo consideró (ambos lo hicieron) un simple romance de verano y, como tal, lo vivieron con la única intención de pasarlo bien, olvidar las preocupaciones y experimentar cosas nuevas. Habiendo sido abandonado recientemente por su novia, se hallaba con la autoestima bajo mínimos, y Diana fue, más que una inyección de juventud, una bomba de adrenalina que le hizo vivir intensamente el momento disfrutando cada instante. Pero, como todo amor de verano, el de ellos tampoco tenía proyección de futuro, menos todavía teniendo en cuenta que vivían en países diferentes y que ella estaba casada, dos poderosísimos enemigos imposibles de derrotar. Desde entonces, cada vez que pensaba en ella, en su Pitia, como la llamaba, recordaba el cariño por encima de todo. Lo otro, siendo maravilloso, le resultaba secundario. Ahora, en los brazos de Nicoletta, esa situación se repetía: lo que le importaba realmente era la ternura. Lo demás volvía a estar en un segundo plano.

—Tu sitio está en Milán —dijo Nicoletta, rompiendo la magia de un silencio que le acababa de hablar a voces—. Has tenido tiempo de cambiar las cosas, de venirte a mi lado cuando más te necesitaba, y no lo has hecho.

—No he podido. No me has dado tiempo suficiente.

—Sólo tenías que haber dado un paso decisivo para ambos y no lo diste. Eso es lo que cuenta. Me has visto al borde del abismo, te has asomado y has sentido miedo. No te culpo por ello; ¡cómo podría hacerlo! Venir a mí era como lanzarte al vacío. Has reulado y tu marcha atrás nos impide ir juntos hacia delante.

Dada la debilidad y apatía de Nicoletta durante los últimos meses de depresión, él no se podía imaginar la firmeza de su decisión ni de dónde sacó fuerzas para, unos días después, desmontar su casa florentina, desplegar velas y regresar a Roma. Sola y libre. *Avanti tutta!*

Carlo Salvatore se quedaba atrás, destrozado, atacado por otro episodio de shock que le incapacitaba para reaccionar. Como siempre, sentía que los demás decidían por él, y esta vez Nicoletta había optado por dejarlo atrás, secuestrado en su propia casa, en su propio matrimonio, en su propia vida de insatisfacción. Ambos habían visto de golpe la luz, pero

mientras ella hacía todo para seguirla, él se quedó esperando en la oscuridad. Había dado otro palo de ciego, otro paso en falso, otro paso a ninguna parte.